

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV  
Nº I I  
DICIEMBRE 2011



**NUESTRA PORTADA:**

***RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE***

*Capilla de la Asunción o de los Argiz. Retablo de Mateo de Prado, siglo XVII con la Asunción de la Virgen o Nuestra Señora de los Ángeles. En la parte superior, visión de San Francisco. Escudos heráldicos de la familia Argiz, patronos de la capilla.*

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXIV

Diciembre 2011

Nº 11

## SUMARIO

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

#### NUEVO OBISPO

- El sacerdote José Leonardo Lemos Montanet ha sido nombrado Obispo de Ourense ..... 1097
- Palabras de D. Leonardo a la Diócesis de Ourense ..... 1098
- Entrevista con el nuevo Obispo electo, D. J. Leonardo Lemos Montanet ..... 1102
- Nota sobre la ordenación y toma de posesión ..... 1105
- Preparativos para la Ordenación y toma de posesión del Nuevo Obispo ..... 1106
- Defunciones ..... 1108

Vicaría de Pastoral

- Nota de la Delegación Diocesana de Patrimonio ante la oleada de robos sufridos en las Iglesias y capillas de la Diócesis ..... 1109

### IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

- Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones con motivo del Día de las Migraciones 2012..... 1113
- Nota de los obispos de la Subcomisión sobre la Jornada de la Familia 2011 ..... 1118

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

- Angelus ..... 1125
- Audiencias..... 1129
- Discursos..... 1140
- Homilías ..... 1168
- Mensajes ..... 1182

### CRÓNICA DIOCESANA

- Diciembre ..... 1195

- SUMARIO DEL AÑO **2011** ..... 1199



IGLESIA DIOCESANA

---

---



## SECRETARÍA GENERAL

### NUEVO OBISPO

#### **El sacerdote José Leonardo Lemos Montanet ha sido nombrado Obispo de Orense**

Viernes, 16 de Diciembre de 2011

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española que la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo de la diócesis de Orense al sacerdote **José Leonardo Lemos Montanet**, en la actualidad Canónigo Secretario de la Catedral de Santiago de Compostela y Director de Estudios del Seminario Menor diocesano.

La diócesis de Orense se encontraba vacante desde el traslado de Mons. D. Luis Quinteiro Fiuza a la sede de Tui-Vigo, de la que tomó posesión el 24 de abril de 2010. Desde entonces ha estado al frente de la diócesis como Administrador Apostólico.

Director de Estudios del Seminario Menor desde el año 2001

José Leonardo Lemos Montanet nació en Barallobre (A Coruña), Archidiócesis de Santiago de Compostela, el 31 de mayo de 1953. Cursó estudios en el Seminario Mayor de Santiago de Compostela y es Licenciado en Estudios Eclesiásticos por la Universidad Pontificia de Salamanca (1978). Fue ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1979.

También es Licenciado en Filosofía Teorética por la Universidad Gregoriana de Roma (1984); Diplomado en Arqueología Sagrada por el Pontificio Instituto de Arqueología de Roma (1984) y en Archivística (1985) y Biblioteconomía (1985) en las respectivas Escuelas Vaticanas. Además, en 1987, obtuvo el Doctorado en Filosofía por la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino (Angelicum) de Roma.

Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado en la Archidiócesis de Santiago de Compostela. Comenzó como formador en el Seminario Menor en Belvís y colaborador los fines de semana en la Parroquia “Ntra. Sra. De la Merced” de Conxo

(A coruña), de 1978 a 1982. Después se trasladó a Roma para ampliar estudios. A su regreso, fue nombrado Capellán de la Residencia Universitaria Cristo Rey (1986-1988) y formador en el Seminario Mayor de Santiago de Compostela (1988-2001).

Desde 2001 es Director Técnico de Estudios del Seminario Menor-Colegio Diocesano. Además es Canónigo, desde 2003, y Secretario Capitular, desde 2005, de la Catedral Compostelana. En el Instituto Teológico Compostelano es profesor encargado de Cátedra, desde el año 1985; Director de la Biblioteca de Estudios Teológicos, desde 1992, y Vicedirector desde 2007. También, desde el año 2006, es Director del Instituto Superior Compostelano de Ciencias Religiosas y es colaborador pastoral en la Parroquia “San Fernando” en Santiago. Es autor de varios libros y numerosos artículos.

### **Palabras de D. Leonardo a la Diócesis de Ourense**

*(En castellano)*

Queridos hermanos y amigos:

Por providencia de Dios, y a través de la llamada que hizo sobre mi persona el Santo Padre, Benedicto XVI, me han encomendado el ejercicio del Ministerio Episcopal en la Iglesia de Ourense.

Deseo que mis primeras palabras, que brotan espontáneas de mi corazón, lleguen a todos y a cada uno de los hermanos y hermanas que, a lo largo de este tiempo -caminando en serena espera -, habéis rezado por un obispo que hoy se hace presente en mi persona... Pido a Dios Nuestro señor que me ayudéis a ser un Buen Pastor para poder servirlos como la Iglesia quiere y espera que lo haga.

Permitidme que me dirija, especialmente, a los sacerdotes. Mis queridos amigos, vosotros sois los principales colaboradores del Obispo, es mi deseo que mi casa sea Casa de la Iglesia, abierta a todos y a cada uno de vosotros para compartir vuestras preocupaciones y alegrías. Sé de vuestra probada esperanza que la habéis manifestado a lo largo de este tiempo ayudando al Obispo-Administrador Apostólico, Mons. Quinteiro y, además, habéis sostenido la fe de esta querida Iglesia ourensana que, con “serna espera”, ha crecido en comunión, ha profundizado en su identidad eclesial promoviendo ese encuentro existencial con la Palabra de



---

Dios, viviendo con autenticidad los Sacramentos y abriéndose al servicio de la Caridad. Habéis hecho realidad en lo cotidiano que la esperanza es la alegría de la Fe.

En este momento, vuelvo la mirada de mi corazón, y saludo con especial afecto, a los sacerdotes ancianos y enfermos, amigos míos, confío mi ministerio episcopal a vuestras oraciones y dolores. Con vuestro estilo de vida, sois muy importantes para la Diócesis. Quisiera dirigirme a los seminaristas, vosotros sois el futuro de la Iglesia diocesana. Procuraré estar cerca de vosotros y de vuestros formadores y profesores. Necesitamos impulsar con un dinamismo nuevo la pastoral vocacional.

A los que se han consagrado al Señor en la vida monástica, a los religiosos y religiosas, así como a los miembros de los institutos de vida consagrada, os suplico que me acompañéis en esta tarea eclesial que debo realizar en medio de vosotros.

A todos los fieles laicos, y de manera especial a los que vivís vuestra vocación en el matrimonio, os quiero hacer llegar todo mi afecto. Todos juntos debemos proteger y hacer que la familia se convierta en esa realidad fecunda de la sociedad y de la Iglesia.

Desde que me han comunicado mi nombramiento como Obispo de Ourense, el temor a no servirlos como Dios quiere y la preocupación por las dificultades de la tarea pastoral se tornaron, muy pronto, en una paz serena; si Dios me ha llamado para esta tarea, Él me ayudará a llevarla a cabo. La contemplación de la Palabra del Señor me sirvió, como siempre, de apoyo para vivir aceptando e identificándome con un camino que yo no había buscado y que estaba muy lejos de mis proyectos humanos; el Señor me pide que ponga toda mi vida en sus manos para vuestro servicio. Meditando esta Palabra fui encontrando diferentes ecos del querer de Dios y uno de ellos se hizo especialmente intenso, era aquel texto paulino que dice: Todas vuestras cosas se hagan en caridad (*I Cor.* 16, 14). De ese versículo, sintetizándolo, he querido escoger el lema de mi ministerio episcopal: ***Omnia in Caritate.***

Somos conscientes de que estamos viviendo momentos muy difíciles para todos, de manera especial para aquellos que han perdido su trabajo, o lo buscan y no lo encuentran, este es el momento del compromiso auténtico, porque la caridad tiene rostro, el de Cristo, y ese Cristo se transfigura en la realidad viva de los más necesitados.

Con la ayuda del Señor y de su Santísima Madre, contando con la intercesión de San Martín, patrono de nuestra diócesis, me encomiendo a todos vosotros y me pongo en las manos de Dios y en las vuestras para poder ser testigo alegre del Evangelio de la Esperanza.

¡Hasta pronto!

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*(En galego)*

Benqueridos irmáns e amigos:

Por providencia de Deus, e a través da chamada que fixo sobre a miña persoa o Santo Pai, Bieito XVI, encomendáronme o exercicio do Ministerio Episcopal na Igrexa de Ourense.

Desexo que as miñas primeiras palabras, que xermolan espontáneas do meu corazón, cheguen a todos e a cada un dos irmáns e irmás que, ao longo deste tempo -camiñando en serena espera, - rezastes por un bispo que hoxe faise presente na miña persoa. Pido a Deus Noso Señor que me axudedes a ser un Bo Pastor para poder servirvos como a Igrexa quere e espera que o faga.

Permitídemme que me dirixa, especialmente, aos sacerdotes. Meus benqueridos amigos, vós sodes os principais colaboradores do Bispo, é o meu desexo que a miña casa sexa Casa da Igrexa, aberta a todos e a cada un de vós para compartir as vosas preocupacións e alegrías. Sei da vosa probada esperanza, que a manifestastes ao longo deste tempo axudando ao Bispo-Administrador Apostólico, Mons. Quinteiro. Proba diso é que sostivestes a fe desta querida Igrexa ourensá que, con “serena espera”, creceu en comunión, afondou na súa identidade eclesial promovendo ese encontro existencial coa Palabra de Deus, vivindo con autenticidade os Sacramentos e abríndose ao servizo da Caridade. Fixestes realidade no cotián que a esperanza é a alegría da Fe.

Neste momento, volvo a mirada do meu corazón, e saúdo con especial afecto, aos sacerdotes anciáns e enfermos. Amigos meus, confío o meu ministerio epis-

copal ás vosas oracións e dores. Co voso estilo de vida sodes moi importantes para a Diocese. Quixera dirixirme aos seminaristas, vós sodes o futuro da Igrexa diocesana. Procurarei estar preto de vós e dos vosos formadores e profesores. Necesitamos impulsar cun dinamismo novo a pastoral vocacional.

Aos que se consagraron ao Señor na vida monástica, aos relixiosos e relixiosas, así como aos membros dos institutos de vida consagrada, vos suplico que me acompañedes nesta tarefa eclesial que debo realizar no medio de vós.

A todos os fieis laicos, e de xeito especial aos que vivides a vosa vocación no matrimonio, quérovos facer chegar todo o meu afecto. Todos xuntos debemos protexer e facer que a familia se converta nesa realidade fecunda da sociedade e da Igrexa.

Dende que me comunicaron o meu nomeamento como Bispo de Ourense, o temor a non vos servir como Deus quere e a preocupación polas dificultades da tarefa pastoral tornáronse, moi pronto, nunha paz serena; se Deus me chamou para esta tarefa, El axudárame a levala a cabo. A contemplación da Palabra do Señor servíume, como sempre, de apoio para vivir aceptando e identificándome cun camiño que eu non buscara e que estaba moi lonxe dos meus proxectos humanos; o Señor pídemme que poña toda a miña vida nas súas mans para o voso servizo. Meditando esta Palabra fun encontrando diferentes ecos do querer de Deus e un deles fíxose especialmente intenso, era aquel texto paulino que di: Todas as vosas cousas se fagan en caridade (*I Cor.* 16, 14). Dese versículo, sintetizándoo, quixen escoller o lema do meu ministerio episcopal: ***Omnia in Caritate.***

Somos conscientes de que estamos a vivir momentos moi difíciles para todos, de xeito especial para aqueles que perderon o seu traballo, ou o buscan e non o encontran, este é o momento do compromiso auténtico, porque a caridade ten rostro, o de Cristo, e ese Cristo transfigúrase na realidade viva dos máis necesitados.

Coa axuda do Señor e da súa Santa Nai, contando coa intercesión de San Martiño, patrón da nosa diocese, encoméndome a todos eles e pónome nas mans de Deus e nas vosas para poder ser testemuña alegre do Evanxeo da Esperanza.

Ata pronto!

*J. Leonardo Lemos Montanet*

## Entrevista con el nuevo Obispo electo, D. J. Leonardo Lemos Montanet

El viernes 16 de diciembre de 2011 la Santa Sede hacía público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado Obispo de la diócesis de Ourense al sacerdote D. Leonardo Lemos Montanet, en la actualidad Canónigo Secretario de la Catedral de Santiago de Compostela y Vicedirector y profesor del Instituto Teológico Compostelano.

*Cuando el Nuncio de Su Santidad le presentó el deseo del Papa de que se hiciera cargo de esta Diócesis, ¿cuáles fueron sus primeros sentimientos?*

Los sentimientos son de una profunda emoción y de un gran agradecimiento a Dios nuestro Señor y a tanta gente como me está acompañando con su oración. En estos últimos días, desde que sé la noticia de que el Santo Padre había pensado en mí para ser Obispo de Ourense, he pensado muchas veces en tanta gente que ha rezado por la llegada de su Obispo. Pues ese obispo que se hace ahora carne viva en esta persona que soy yo y que necesito quizás mucho más las oraciones y la ayuda de la gente.

He pensado mucho también en los sacerdotes. He trabajado estos años aquí en Santiago en la tarea de formación permanente de los sacerdotes. De forma especial, los sacerdotes ourensanos van a ser mis primeros colaboradores, y a ellos quisiera decirles que mi casa en Ourense me gustaría que fuera la casa de la Iglesia, la casa de todos, donde ellos encontrasen un hermano, un amigo dispuesto y atento para escucharles las penas, los problemas y las alegrías. Y tengo en mi corazón, y pienso de manera especial en los sacerdotes ancianos y en los que están enfermos. Muchas veces estos sacerdotes piensan que ya no prestan servicio, y es todo lo contrario: son muy fecundos en la tarea de la Iglesia: de la Iglesia universal y de manera especial de la Iglesia en Ourense. En sus manos, en sus oraciones, en sus dolores quisiera dejar estos inicios y toda mi vida, todo mi ministerio episcopal. Las vocaciones sacerdotales, la vida religiosa, los matrimonios... todo ello pasa por mi cabeza en estos momentos en que se ha hecho público mi nombramiento como Obispo de Ourense.

*Precisamente, ¿cómo vive este día en que se hace público su nombramiento?*

Yo pensé que iba a estar más nervioso, más tenso, más preocupado. No es así. Estaba más preocupado desde el día 30 de noviembre que el señor Nuncio Apostólico me llamó para comunicarme la noticia. Y estos días, que fue casi medio mes, fueron para mí de mayor tensión y preocupación, porque no podía mani-

festar a nadie lo que llevaba en mi corazón, hasta que se comunica oficialmente la noticia. Lo estoy viviendo muy bien, y con mucha serenidad. Así como antes estuve preocupado, tenso, con cierto temor, ya que hay que pensar que mi vida va a cambiar mucho: me estoy dedicando en los últimos años a tareas pastorales, atendiendo una parroquia, ayudando a un sacerdote anciano en la tarea parroquial, pero prioritariamente me dedico a tareas administrativas y de dirección de un colegio de secundaria y bachillerato y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas así como el Instituto Teológico Compostelano, más las clases. Ahora veo que esta perspectiva cambia y el Señor me pide que ponga todo mi corazón en las tareas pastorales, aunque es cierto que nunca he dejado de tener el corazón de un Pastor, porque la vocación sacerdotal me ha enamorado desde siempre, desde que el Señor me la concedió a los 19 años.

*Un día, sin duda, de muchas felicitaciones...*

He recibido muchas felicitaciones, durante estos días me será difícil corresponder a tantas muestras de cariño. Sin duda alguna, las más hermosas, las más sentidas son aquellas que he recibido de los sacerdotes y religiosos de Ourense, esta Diócesis tan querida para mí, desde este momento mi Iglesia, mi casa, en la que me tendréis todos a vuestra disposición como he hecho a lo largo de mi vida, desde la mañana hasta la noche.

*Una Diócesis en serena espera, era el lema elegido en la última programación de nuestra Diócesis, una espera que hoy culmina en la alegría de saber que usted será nuestro nuevo Obispo.*

Ha sido providencial ese lema en la iglesia diocesana. Yo creo que en serena espera debe estar la Iglesia siempre, es un lema que no ha concluido con mi nombramiento, al contrario. La esperanza es la alegría de la fe, esa esperanza tenemos que renovarla constantemente, cotidianamente. Y una Iglesia siempre tiene que estar esperando, ser más, darse más, sobre todo ahora en estos tiempos tan difíciles, por eso el lema que he escogido como leitmotiv de mi ministerio episcopal son dos palabras, unidas por una preposición, y es un lema que está recogido en un pensamiento del apóstol Pablo en la *Carta Primera a los Corintios*: ese mismo lema lo recogió otro gran ourensano que fue cardenal arzobispo de Santiago de Compostela, D. Fernando Quiroga Palacios: “Omnia in Caritate”. Todo en Caridad. Y he querido darle un sentido mayúsculo a la Caridad. No se refiere a la virtud teologal de la caridad, sino que se refiere a Aquél que es Caridad, que es Dios. Si todo lo hacemos en y por Dios, él nos ayudará a descubrir su rostro en el rostro de los más necesitados, y los más necesitados a veces los tenemos muy

cerca de nosotros, por eso este lema para mí tiene que ser motivo de ilusión y de esperanza y espero que para mis hermanos y amigos de Ourense también o sea.

*Al dirigirse a la Diócesis en su saludo, usted ha querido tener presentes a tantas personas que sufren hoy día la dolorosa realidad del desempleo, que encuentran en Cáritas y en otras instituciones de la Iglesia un bálsamo para su situación, ¿qué les diría a estas personas que forman parte de nuestra Iglesia materializando nuestro compromiso con los más necesitados?*

Yo estimularía a la Cáritas diocesana de Ourense y a las Cáritas parroquiales. Que piensen que todo lo que puedan hacer en este sentido lo están haciendo por la causa de Dios, por la causa del Reino, y todo lo que podamos hacer por uno de estos pequeños lo estamos haciendo precisamente por el Señor, y si lo hacemos llevando a cabo ese lema, Omnia in Caritate, seguro que no perderemos la esperanza.

*Aunque todavía es pronto para hablar de iniciativas pastorales concretas en la Diócesis, hoy que hablamos de ilusión y esperanza, sí cabe señalar que la JMJ ha sido un revulsivo, una fuente de esperanza para el pueblo católico.*

Sin duda, la JMJ ha dejado un poso muy importante en todas las diócesis. Estos primeros días me pondré en contacto con los sacerdotes, vicarios, miembros del Consejo de Consultores, el Cabildo, profesores y formadores del Instituto Teológico y el Seminario Menor y Mayor, y ellos me ayudarán seguro, como han ayudado a D. Luis, el administrador apostólico en estos últimos meses. Pero sin duda alguna podemos decir que la JMJ en España y en el mundo y Dios quiera que también, en Ourense, marque un punto de inflexión positiva. Necesitamos preocuparnos mucho más de nuestros niños y de nuestros jóvenes, tanto desde el punto de vista académico y educativo como de una formación auténtica en el ámbito de la vida religiosa. Lo necesitan nuestros jóvenes.

*¿Qué mensaje quiere dejar hoy a los ourensanos?*

Quisiera decirles a todos los ourensanos, todos, incluso aquellos que no son de nuestra comunidad católica, hombres y mujeres de buena voluntad, que yo tengo que ser Obispo de todos y ayudarles a cumplir la voluntad del Señor. Vengo a servirles como la Iglesia quiere que les sirva, esa es mi misión y ese es mi gran proyecto.

Yo utilizaría ese lema de la Iglesia en Ourense: tenemos que seguir caminando en esperanza. Pero una esperanza serena, intentando buscar la solución más o menos inmediata a los problemas pero buscando siempre la solución desde esa

gran perspectiva que nos da Dios, que es el amor, que es la caridad. Mi mensaje por tanto sería que todo lo que hagamos hagámoslo siempre con serena espera, con serena esperanza, fiándonos de Aquél que es para nosotros todo amor, que es Caridad.

### **Nota sobre la ordenación y toma de posesión**

El 11 de febrero, D. Leonardo Lemos será ordenado Obispo y tomará posesión de la Diócesis de Ourense.

El sábado 11 de febrero a las 16:00 horas, se celebrará en la S.I. Catedral de Ourense la ordenación episcopal de D. Leonardo Lemos Montanet y su toma de posesión de la sede auriense, tal y como se ha determinado tras la reunión mantenida esta mañana entre el Obispo electo de Ourense y el consejo episcopal de la Diócesis.

La última ordenación episcopal celebrada en la Catedral de Ourense se celebró hace 15 años: fue la de Monseñor Carlos Osoro Sierra, el 22 de febrero del año 1997. Su sucesor, el actual administrador apostólico, Monseñor Luis Quintero, era ya obispo auxiliar de Santiago cuando tomó posesión de la Diócesis el 22 de septiembre del año 2002.

El obispo que presidirá la celebración de la ordenación episcopal será Monseñor Julián Barrio, Arzobispo de Santiago, Diócesis a la que pertenece D. Leonardo Lemos. Concelebrarán con él el Nuncio de su Santidad, Monseñor Renzo Fratini y numerosos obispos procedentes de diversas diócesis españolas.

La toma de posesión se realiza simbólicamente sentándose en la cátedra o sede episcopal, silla desde la que el obispo preside la Iglesia en Ourense y que ya llevará su escudo.

El lema de su ministerio episcopal será: “Omnia in Caritate” (Todo en Caridad), recogido en un pensamiento del apóstol San Pablo en la *Carta Primera a los Corintios*, y que fue el lema también del cardenal arzobispo de Santiago de Compostela, Monseñor Fernando Quiroga Palacios. Nuestro Obispo electo ha querido darle un sentido mayúsculo a la caridad: no se refiere a la virtud teológica de la caridad, sino que se refiere a Aquél que es Caridad, que es Dios: se trata de hacerlo todo en y por Él.

A partir de ahora las distintas comisiones comenzarán a trabajar en la preparación de este evento eclesial.

## **Preparativos para la Ordenación y toma de posesión del Nuevo Obispo**

*Acta de la Reunión del 26 - XII - 2011, en el Obispado de Ourense.*

### EN SERENA ESPERA DEL NUEVO OBISPO

#### *Comisión General:*

- Sr. Administrador Apostólico: D. Luis Quintero Fiuza..
- Colegio de Consultores.
- Sr. Vicario General y demás Vicarios.
- Presidente del Cabildo Catedral de la S. I. Catedral.
- Rectores de ambos Seminarios.
- Presidentes de las instituciones civiles:
- Sr. Alcalde del Excmo. Concello de Ourense:
- Recibimiento en calle Cruz Roja y entrega de las llaves de la ciudad
- Sr. Presidente de la Excm. Diputación de Ourense:
- Recibimiento: en a Corna y, por la tarde, en calle Cruz Roja.
- Sr. Alcalde de Piñor de Cea, recibimiento en la Corna.
- Sr. Presidente del Liceo de Ourense.

#### **OBJETIVO DE ESTA COMISIÓN: RECIBIMIENTO DEL NUEVO SR. OBISPO DE LA DIÓCESIS DE OURENSE:**

- Entrada en la diócesis por la parroquia de la Corna.
- Recibimiento en la calle Cruz Roja.
- Ordenación episcopal y toma de posesión en la S. I. Catedral Basílica de San Martiño en Ourense.

#### **FECHAS Y LUGARES A TENER EN CUENTA:**

- El Sr. Obispo electo entra en la diócesis por la parroquia de Santa María del Desierto, a Corna. Allí se tendrá una celebración mariana. Será a las 12:00 horas.
- El SR. Obispo electo comerá con su comitiva en el Real Monasterio de Santa María de Oseira.



- A las 15:15 hará su entrada en la ciudad por la calle Cruz Roja y Lamas Carvajal hasta la iglesia de Santa Eufemia. La Real Banda de Gaitas de la Excma. Diputación acompañará la comitiva.
- Allí se revestirá con todos los obispos y sacerdotes para iniciar la procesión hacia la S. I Catedral.
- Alas 16:00: procesión hacia la S. I. Catedral e inicio de la solemne celebración de ordenación y toma de posesión del nuevo Obispo de Ourense. La Real Banda de Gaitas hará pasillo a los concelebrantes en procesión hacia la S. I. Catedral.
- Después de la celebración se invitará a todos los asistentes a un vino en el Liceo de Ourense.

## SECRETARÍA GENERAL

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **El Rvdo. Sr. D. Luis Emilio García Gil**, de 78 años de edad, sacerdote jubilado, O.C.S.H.A. en Estados Unidos de América. Falleció el 4 de diciembre de 2011. El funeral y entierro tuvo lugar en la parroquia de Santa Baia de Anfeoz. Había nacido en Anfeoz el 26 de marzo de 1933. Ordenado sacerdote en Ourense el 24 de junio de 1957. Antes de incorporarse a la O.C.S.H.A. en 1958, estuvo destinado durante un año en San Martín de Valongo.

+ **El Rvdo. Sr. D. José Nóvoa Regueira**, de 83 años de edad, sacerdote jubilado, ex párroco de San Verísimo de Pontedevea, San Pelagio de Trado y Santa María de Condado, falleció el 25 de diciembre de 2011. El funeral y entierro tuvo lugar el día 26, en la parroquia de San Martín de Vilarrubín, A Peroxa.

Breve reseña biográfica: D. José había nacido en La Habana (Cuba) el 16 de enero de 1928, fue ordenado sacerdote el 31 de mayo de 1952, en Barcelona durante el Congreso Eucarístico Internacional. Comenzó su labor pastoral en Santa María de Castrelo de Cima, pasando en 1953 a San Pedro de Gabín, donde estuvo hasta 1956, del 56 al 59 fue nombrado Ecónomo de Santa María de Perrelos, año en el que volvió a San Pedro de Gabín. En 1963 fue nombrado párroco de San Lorenzo de Nocelo da Pena y administrador de Santa María de Perrelos y Santiago de Freixo. El 25 de septiembre de 1981 fue destinado a San Verísimo de Puentedevea, primero como Ecónomo y más tarde nombrado párroco, donde permaneció hasta su jubilación el año 2008 y encargándose, en distintos momentos, de varias parroquia limítrofes: Quintela de Leirado, Remoiños, Xacebáns, Trado y Condado.

---

## VICARÍA DE PASTORAL

### DELEGACIÓN DIOCESANA DE PATRIMONIO

#### **Nota ante la oleada de robos sufridos en las Iglesias y capillas de la Diócesis**

LA DELEGACION DE PATRIMONIO DEL OBISPADO DE OURENSE A LOS SACERDOTES Y FIELES RESPONSABLES DE IGLESIAS DEL MUNDO RURAL.

Ante un preocupante repunte de robos y allanamiento de iglesias, sobre todo las alejadas de núcleos de población, que ha supuesto la pérdida de alguna obra importantes de orfebrería, objetos que son al parecer los que interesan a los ladrones, esta Delegación además de manifestar su dolor por lo que significa de agresión a los sentimientos religiosos de los creyentes, a la sensibilidad de los pueblos y a la pérdida de valores patrimoniales, recuerda insistentemente normas y consejos dados para prevenir los robos tanto de la Vicaría General del Obispado como de esta misma Delegación.

1º. En las iglesias que los files no frecuenten cotidianamente, NO SE TENGA EL SANTISIMO RESERVADO, para evitar de este modo dolorosas profanaciones.

2º. Retírense a lugar seguro todas las obras de orfebrería de valor artístico y sólo llévense en el momento en que se utilicen (fiestas u otras celebraciones) Para el culto ordinario deben usarse obras dignas pero carentes de valor patrimonial. La reserva del Santísimo puede hacerse en vasos cerámicos adecuados cuando hay peligro de robo.

Lo mismo se ha indicado para tallas de capillas y ermitas alejadas de población y de control.

3º. Retírense de las imágenes, cadenas y otros objetos de oro y plata que los fieles ofrecen para evitar el robo de los mismos y el deterioro que causan en las imágenes al sustraerlos.

4º. Refuércense las cerraduras y asegúrese el acceso a los templos con los medios proporcionados posibles. Donde sea posible instalar y mantener alarmas dispónganse del modo más eficaz y conveniente.

5°. Ante la presencia de algún vehículo o actividad sospechosa avísese inmediatamente a la

Guardia Civil por los vecinos que la detecten.

6°. Se ruega también a los responsables de Seguridad del Estado y de la Comunidad autónoma a quienes compete este derecho de protección a los ciudadanos y sus bienes y de intentar detener a los ladrones, doten convenientemente a los cuerpos de seguridad del medio rural para que eficazmente puedan proteger el patrimonio y perseguir a los delincuentes.

Todas las precauciones que tomemos son poca y en caso de detectar algún templo allanado, dañada alguna de sus partes o sustraído alguna obra del valor que sea, presenten denuncia ante la Guardia Civil y comuniquen el hecho al Obispado.

*Miguel Ángel González García*  
*Delegado Diocesano de Patrimonio*



# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### **CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

#### **Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones Día de las Migraciones 2012**

Queridos hermanos y hermanas: la acogida a los emigrantes y refugiados no es solo cuestión de solidaridad y de compartir, es «una oportunidad providencial para renovar el anuncio del Evangelio en el mundo contemporáneo». Lo escribe el Papa en el mensaje para la Jornada mundial del Emigrante y del Refugiado, que se celebrará el próximo 15 de enero de 2012, sobre el tema «*Migraciones y nueva evangelización*».

#### *1. La Nueva Evangelización, respuesta pastoral al desafío de las migraciones.*

La tarea y la misión evangelizadora se hacen cada vez más urgentes, debido a los cambios amplios y profundos de la sociedad actual (cf. EN 14). Han sido estos cambios y esta urgencia los que han dado lugar a que, primero el beato Juan Pablo II y, luego, Benedicto XVI, hayan impulsado con tanto empeño la Nueva Evangelización.

Entre esos cambios, uno de los más significativos es, en efecto, el originado por el fenómeno migratorio. La desaparición de fronteras y los pro-

cesos de globalización en que nuestro mundo está inmerso, y en el que tanto tienen que ver el desarrollo de los medios de comunicación y las facilidades para los desplazamientos, están dando lugar al encuentro entre personas y pueblos diferentes. Sociedades que eran, hasta hace poco, homogéneas, se están convirtiendo, por obra de los flujos migratorios, en sociedades pluriculturales y plurirreligiosas. En España, lo estamos experimentando con singular fuerza y rapidez. En unos pocos años ha cambiado sensiblemente la fisonomía de los habitantes de nuestro país.

Detrás de esos desplazamientos en busca de mejores condiciones de vida hay, casi siempre, causas que no debemos ignorar. El Papa enumera algunas: la amenaza de persecuciones, las guerras, la violencia, el hambre y las catástrofes naturales. Todo ello origina problemas nuevos «no solo desde el punto de vista humano, sino también ético, religioso y espiritual».

El paso de estas personas de una sociedad muchas veces rural y de fuertes carencias materiales, pero de relaciones

muy personalizadas, a una sociedad altamente desarrollada y consumista, en que se valora por encima de todo la libertad individual, la independencia personal y la racionalidad científico-técnica, está suponiendo para muchos inmigrantes un choque cultural traumático. La instalación en contextos urbanos anónimos, con un proceso de secularización agresivo, acaba frecuentemente repercutiendo también de manera negativa en su fe o en su vivencia religiosa.

No pocos de los inmigrantes que llegan a nuestro país proceden de pueblos marcados por la fe cristiana. Muchos llegan con una fe fresca y viva, capaz de enriquecer nuestras comunidades; otros, tal vez con la fe adormecida, ¿encontrarán en nosotros «comunidades acogedoras» que les ayuden a despertar o a mantener firme su fe, promoviendo incluso estrategias pastorales, métodos y lenguajes para una acogida siempre viva de la Palabra de Dios», como nos dice el Papa? ¿Qué sería de su fe si solo encontraran un cristianismo que por falta de convicciones personales y de confesión comunitaria hubiera quedado reducido a un mero hecho cultural? Es este uno de los grandes desafíos que Benedicto XVI nos marca en su mensaje.

También llegan hasta nosotros «hombres y mujeres provenientes de diversas regiones de la tierra que aún no han encontrado a Jesucristo o lo conocen solamente de modo parcial». Es

una «oportunidad providencial» para realizar la misión ad gentes sin tener que salir a regiones lejanas.

El diálogo respetuoso, el testimonio de la solidaridad, además de abrir horizontes de paz, han de contribuir al conocimiento mutuo, a mostrar que el Dios en quien creemos es el Dios del amor, de la justicia, de la ternura y de la misericordia. El documento-marco de la Conferencia Episcopal Española «La Iglesia y los inmigrantes», de noviembre de 2007, señalaba que la presencia migratoria podía considerarse como «una oportunidad y una gracia», entre otros aspectos, para vivir la catolicidad, para el fortalecimiento de nuestras comunidades, para la acción caritativa y social de la Iglesia.

## *2. Con el silencio y con la palabra*

«La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio» (EN 21). Todos los cristianos están llamados a este testimonio, también los inmigrantes católicos, que han de ser los primeros evangelizadores de sus hermanos. Pero «el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado —lo que Pedro llamaba dar «razón de vuestra esperanza»—, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús» (EN 22).

Lo anterior no está reñido con lo que nos decía Benedicto XVI en su



primera carta apostólica: «La caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable solo el amor» (CIV 31c).

El testimonio silencioso, coherente, y el anuncio explícito de Jesucristo, lejos de ser excluyentes se exigen mutuamente. El primer modo manifiesta, desde la humildad, la bondad y el amor, la fuerza vivificadora del Evangelio, le hace amable por la calidad de la vida del testigo, por la seriedad del compromiso. La amabilidad se traduce en acogida y hospitalidad. El segundo modo responde de manera directa al encargo de Cristo: «Id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). Este modo conlleva la invitación a formar parte de la comunión eclesial. Esto, traducido a la acción pastoral con los inmigrantes, en muchos casos persona alejadas de la fe, supone un trabajo que tiene como horizontes tanto la integración social como la comunión eclesial.

### *3. Salgamos al encuentro, abramos puertas*

Los Lineamenta (las líneas generales) para la próxima Asamblea general del Sínodo de los Obispos señalan una serie de escenarios en los que ha de confrontarse y jugarse la Nueva Evangelización. Entre ellos, como venimos diciendo, se apunta el de las migraciones. Ello nos demanda no permanecer cerrados en los recintos de nuestras comunidades, atrevernos a transitar por nuevos caminos abriendo puertas y suscitando encuentros, leyendo en el rostro de los inmigrantes sus dolores y esperanzas, traduciendo la esperanza del Evangelio en respuestas prácticas para adultos, jóvenes y niños. En la evangelización –como en la relación migratoria– no hay uno que da y otro que recibe. Los dos dan y reciben.

En medio de la crisis económica, social, cultural, política y religiosa, se nos pide una nueva imaginación pastoral, para ser testigos y servidores «del Evangelio de la esperanza y de la solidaridad». Estamos llamados a emprender un itinerario de comunión que tiene que llevar a la aceptación de la diversidad desde el encuentro y desde la apertura de corazones. «El diálogo fraterno y el respeto recíproco son la primera e indispensable forma de evangelización».

La Comisión Episcopal de Migraciones viene ofreciendo propuestas operativas para ir pasando de la acogida a la

comuni3n, que es el nombre cristiano de la integraci3n; para que nuestras Iglesias se renueven, a fin de responder al inmenso desaf3o que tanto para la Iglesia como para la sociedad supone el fen3meno migratorio. Salir al encuentro y abrir las puertas en nuestras Iglesias supone:

- Seguir insistiendo en crear espacios y comunidades promotoras de solidaridad, acogida, di3logo y comuni3n fraterna trabajando en una pastoral espec3fica –¡aun cuando los inmigrantes hablen espa3ol!–, unida a la pastoral general para lograr la mejor armon3a.

- Fortalecer el acompa3amiento de personas y grupos. La acci3n pastoral debe acompa3ar a la persona en su totalidad. Es importante fomentar el valor de la familia como elemento imprescindible de cohesi3n social. Las intervenciones en el campo de las migraciones han tenido casi como 3nica mirada al individuo y su integraci3n socio-laboral. Sin embargo, trabajar con las familias, y especialmente en el 3mbito educativo, tiene efectos multiplicadores en lo referente a la integraci3n, como se ha confirmado en la labor realizada en nuestras Misiones en Europa, por medio de sus capellanes y de las asociaciones promovidas al respecto.

- Dentro de los grupos que hay que acompa3ar, no podemos dejar de seguir teniendo en cuenta el n3mero notable de los espa3oles que, actual-

mente en raz3n de la situaci3n por la que atraviesa nuestro pa3s actualmente, est3n saliendo fuera por razones de trabajo, intercambio o estudio. Ellos pueden descubrir las puertas abiertas de nuestras Misiones cat3licas de habla hispana, que precisan de m3s sacerdotes y agentes de pastoral.

- Colaboraci3n por parte de todos para el establecimiento de unas leyes y una opini3n p3blica favorable a los inmigrantes desde una antropolog3a basada en el respeto a la dignidad de la persona humana. Trabajar por unas leyes justas en el pa3s de acogida ha de ir unido al empe3o de que se promuevan pol3ticas de desarrollo en los pa3ses de origen. El compromiso por la verdad exige tambi3n desenmascarar las mafias que abusan de los trabajadores inmigrantes (transportes hacia Espa3a, contratos abusivos, trata y explotaci3n de personas con fines de explotaci3n sexual, etc.). La denuncia ha de extenderse tambi3n a todos aquellos que pretenden sacar rentabilidad social y pol3tica del sufrimiento de los inmigrantes.

- El Papa nos invita a que «las comunidades cristianas presten una atenci3n particular a los trabajadores inmigrantes y a sus familias, a trav3s del acompa3amiento de la oraci3n, de la solidaridad y de la caridad cristiana; la valoraci3n de lo que enriquece reci3procamente, as3 como la promoci3n de nuevos programas pol3ticos, econ3micos y sociales, que favorezcan el respeto

de la dignidad de toda persona humana, la tutela de la familia y el acceso a una vivienda digna, al trabajo y a la asistencia»<sup>1</sup>. Inspirados por el mensaje del Papa, deseamos que los marcos normativos para las regulaciones de las migraciones sean fruto de un consenso lo más amplio posible; recordamos y pedimos, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, de la tradición y la práctica pastoral de esta en su labor de acompañamiento a los grupos más débiles de nuestra sociedad, que se garantice la atención religiosa adecuada, fluida, regularizada y permanente en los centros de internamiento de emigrantes y refugiados, en donde no pocos ven una excepcionalidad jurídica. Pero, mientras existan, confiamos en que sean utilizados de modo excepcional, y que en todo caso se vele por las condiciones de vida de los internos y reciban la asistencia y el apoyo previstos en la ley.

– Potenciar la pastoral juvenil con los inmigrantes, recogiendo el encargo del Santo Padre en la JMJ, en cuya Eucaristía final recibimos el encargo de «comunicar a los demás la alegría de nuestra fe». En el mundo de las migra-

ciones existen admirables experiencias de trabajo pastoral con jóvenes. La JMJ ha de suponer un renovado impulso para acercarnos, más si cabe, al millón y medio de jóvenes emigrantes (entre 15 y 29 años) que representan casi el treinta por ciento de la población migratoria.

### *Conclusión*

Encomendando los frutos de la próxima Jornada mundial de las Migraciones a nuestra Madre, santa María, Estrella y Camino, alentamos e invitamos cordialmente a nuestros hermanos emigrantes a que compartan la hermosa tarea de la nueva evangelización con todos, tarea en la que, según el mismo Benedicto XVI, «los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, los laicos y, sobre todo, los hombres y las mujeres jóvenes han de ser sensibles para ofrecer apoyo a tantas hermanas y hermanos que deben afrontar nuevos estilos de vida y dificultades de integración. El anuncio de la salvación en Jesucristo será fuente de alivio, de esperanza y de «alegría plena»» (cf. Jn 15, 11).<sup>2</sup>

*Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones*

### **NOTAS:**

1 Mensaje de S.S. Benedicto XVI, Jornada Mundial del Emigrante 2012

2 Mensaje de S.S. Benedicto XVI, Jornada Mundial del Emigrante 2012

## Nota de los obispos de la Subcomisión sobre la Jornada de la Familia 2011 –30 de diciembre de 2011–

*Familia cristiana, arraigada en Cristo*

Permanece en nuestra mente y corazón la reciente visita de Su Santidad Benedicto XVI con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, Madrid 2011, «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*».

En la inolvidable vigilia de oración en Cuatro Vientos nos dejó este claro mensaje a modo de clarificación de la vocación al amor que todo hombre está llamado a vivir: «A muchos el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. Gén 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial»<sup>1</sup>.

Es preciso que los hombres de nuestro tiempo sean capaces de reconocer esta belleza para que puedan vivir la grandeza de su vocación. Por ello, en el marco de la próxima jornada que celebraremos el viernes 30 de diciembre con el lema «*Familia cristiana arraigada en Cristo*», los obispos queremos invitar a todas las comunidades cristianas, movimientos y asociaciones a ser testigos y portavoces del mensaje y la misión que el Santo Padre nos ha deja-

do: la familia, el hogar, fundado en el don que Cristo Esposo hace a la comunión esponsal indisoluble y abierta a la vida, forma parte de la esperanza de los hombres. De esta manera, el futuro de la humanidad y de la Iglesia se fragua en la familia<sup>2</sup>.

*La familia, arraigada en Cristo*

La familia es la comunidad de personas nacida de la unión conyugal del hombre y la mujer, llamada a existir y a vivir en comunión de amor<sup>3</sup>. Los esposos cristianos han de ser conscientes de que su amor nace de otro amor primero (*Ap* 2, 4) que lo genera, lo nutre y lo fortalece. Su unión se arraiga en la verdad de Jesucristo crucificado que se entrega por amor a su Iglesia (*Ef* 5, 25) y «el Espíritu Santo, que infunde el Señor, renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó»<sup>4</sup>.

Sobre esta raíz que nos descubre la fe, se edifica la familia fuertemente arraigada en Cristo, la roca de la salvación, como aquel hombre que edificó su casa sobre una roca firme de modo que resista a los embates de la lluvia y las crecidas de los ríos (cf. *Mt* 7, 24-25). La familia es el lugar donde Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nació, vivió, creció y murió: «el niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno

de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él» (Lc 2, 40). La familia es el reflejo en la tierra del misterio de Comunión eterna que Él vive en el seno de la Santísima Trinidad<sup>5</sup>. La familia, a imagen de la Trinidad, es origen de la vida y casa de la comunión donde se descubre, acoge, custodia, revela y se comunica el amor<sup>6</sup>.

La familia tiene también la misión específica del servicio a la vida<sup>7</sup>. Los esposos en su amor conyugal se hacen aptos para recibir el don de la vida. En esta comunión de amor, el hombre puede ser recibido y apreciado por sí mismo y se descubre que toda vida humana es un bien y se la protege de tantas amenazas. Por eso mismo, los padres son también los primeros responsables de la educación de sus hijos para introducirlos progresivamente dentro de la familia humana.

Igualmente, mediante la regeneración por el bautismo, el hijo es introducido en la familia de Dios<sup>8</sup>, que es la Iglesia, y recibe un corazón nuevo para vivir el amor y el perdón. Así, la familia colabora con Cristo y la Iglesia en la transmisión de la fe y la iniciación cristiana y es signo y recuerdo permanente para la Iglesia de que es esencialmente familia de hijos de Dios, llamada a establecer auténticas relaciones familiares<sup>9</sup>.

También la familia recibe la fuerza del Espíritu para poder vivir su vo-

cación de comunión en medio de las dificultades y problemas del momento como una misión recibida de Dios. Tiene por ello la especial capacidad de sanar con su cariño, acogida, amor y perdón los corazones a menudo con tantas heridas afectivas, morales, sociales y psicológicas. Igualmente tiene el cometido de aportar su ayuda en esta crisis económica, ante la falta de trabajo, ante las enfermedades,... protegiendo, sosteniendo y animando a cuantos lo precisen.

#### *La familia, sujeto de la Nueva Evangelización*

En el contexto de la nueva evangelización a la que nos convoca Benedicto XVI, conscientes de vivir en una sociedad con claros signos de esperanza como se ha puesto de manifiesto en la Jornada Mundial de la Juventud, pero al mismo tiempo convulsa, con temores y momentos de desesperanza, la familia tiene un papel muy especial. La primera manifestación de la misión de la familia cristiana como Iglesia doméstica es la transmisión de la fe<sup>10</sup>. La familia nos descubre que formamos parte de una historia de amor que nos precede, no solo por parte de los padres y abuelos sino, de un modo más fundamental, por parte de Dios, según se ha manifestado en la historia de la salvación<sup>11</sup>.

Somos eslabones de una cadena. Hemos recibido la fe y nos corresponde

transmitirla con las palabras y hacerla creíble con el testimonio de nuestra vida.

Por ello, además de ser objeto de una urgente Evangelización, como evidencia la situación de crisis planteada, a la familia le corresponde responsabilizarse de la enorme y trascendente misión de participar como sujeto activo en la Nueva Evangelización. El mundo actual desarraigado de la casa de la fe, deja a muchas personas confundidas por mensajes falsos y manipuladores, heridas por experiencias negativas y engaños. Está por ello tan necesitado de esta Evangelización para construir una vida y requiere entonces de modo especial el testimonio de la familia cristiana y la vida de la Iglesia. Esta vida lleva la impronta de aquello que distingue y diferencia a la familia: origen de la vida, imagen de la Trinidad y casa de comunión. La verdad de un amor misericordioso regenera a la persona y la capacita para vivir el amor verdadero.

Al igual que en otros tiempos difíciles la evangelización fue llevada a cabo por las comunidades cristianas y el monacato, hoy corresponde a las familias cristianas, fieles a la Iglesia, ser sujetos activos de la Nueva Evangelización.

En estos momentos las familias, con su capacidad de organización y asociación, deben ser impulsoras de una justa política familiar que responda a sus derechos, necesidades e ilusiones y

que responda así a los deseos de la inmensa mayoría de nuestra sociedad en sus problemas de vivienda, educación, conciliación laboral, etc. Se trata de una tarea urgente e inaplazable.

Europa necesita de la familia y no es posible la regeneración de Europa si no pasa por la realidad de la familia tal y como Dios la pensó. Como recordó Benedicto XVI en una de sus audiencias de este año: «En la Europa de hoy, las naciones de sólida tradición cristiana tienen una especial responsabilidad en la defensa y promoción del valor de la familia fundada en el matrimonio que, por lo demás, es decisiva tanto en el ámbito educativo como en el social»<sup>12</sup>.

En estas Navidades, pedimos a la Sagrada Familia que nos haga profundizar en nuestra conciencia recordando en nuestras oraciones y ayudando en la medida de nuestras posibilidades de manera especial a cuantos sufren las consecuencias de la crisis. Igualmente pedimos por crecer en la responsabilidad de nuestra misión como familia cristiana con la vista puesta en el próximo Encuentro Mundial de Familias con el Santo Padre, Benedicto XVI (Milán 2012). Para ello proponemos la inestimable ayuda que supone trabajar en nuestros respectivos ámbitos las catequesis elaboradas a tal fin con el sugestivo y oportuno título de «La Familia: el trabajo y la fiesta» encomendándonos a María Santísima Reina de las Familias.

*Mons. J. Antonio Reig Plá, Obispo de Alcalá de Henares, presidente de la Subcomisión*  
*Mons. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Valencia*  
*Mons. Francisco Gil Hellín, Arzobispo de Burgos*  
*Mons. Mario Iceta Gavicagogeascoa, Obispo de Bilbao*  
*Mons. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma–Soria*  
*Mons. José Mazuelos Pérez, Obispo de Jerez de la Frontera*  
*Mons. Carlos Manuel Escribano Subías, Obispo de Teruel y Albarracín*

## NOTAS:

---

- 1 Benedicto XVI, Vigilia de oración en Cuatro Vientos, Madrid, 20.08.2011.
- 2 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 86.
- 3 *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, 37.
- 4 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 13.
- 5 Nota de los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (29 de diciembre de 2008).
- 6 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 17.
- 7 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 28.
- 8 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 15.
- 9 Cf. LXXVI asamblea Plenaria de la conferencia episcopal española, Instrucción pastoral: *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (27-04-2001), 96.
- 10 Cf. conferencia Episcopal española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 66.
- 11 Cf. Nota de los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (29 de diciembre de 2008).
- 12 Benedicto XVI, Audiencia general (8 de junio de 2011).







# IGLESIA UNIVERSAL

---



**IGLESIA UNIVERSAL****SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ANGELUS**

*Plaza de San Pedro. I domingo de Adviento, 27 de noviembre de 2011.*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy iniciamos con toda la Iglesia el nuevo Año litúrgico: un nuevo camino de fe, para vivir juntos en las comunidades cristianas, pero también, como siempre, para recorrer dentro de la historia del mundo, a fin de abrirla al misterio de Dios, a la salvación que viene de su amor. El Año litúrgico comienza con el tiempo de Adviento: tiempo estupendo en el que se despierta en los corazones la espera del retorno de Cristo y la memoria de su primera venida, cuando se despojó de su gloria divina para asumir nuestra carne mortal.

«¡Velad!». Este es el llamamiento de Jesús en el Evangelio de hoy. Lo dirige no solo a sus discípulos, sino a todos: «¡Velad!» (Mc 13, 37). Es una exhortación saludable que nos recuerda que la vida no tiene solo la dimensión terrena, sino que está proyectada hacia un «más allá», como una plantita que germina de la tierra y se abre hacia el cielo. Una plantita pensante, el hombre, dotada de libertad y responsabilidad, por lo que cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas de cómo ha vivido,

de cómo ha utilizado sus propias capacidades: si las ha conservado para sí o las ha hecho fructificar también para el bien de los hermanos.

Del mismo modo, Isaías, el profeta del Adviento, nos hace reflexionar hoy con una apremiante oración, dirigida a Dios en nombre del pueblo. Reconoce las faltas de su gente, y, en cierto momento, dice: «Nadie invocaba tu nombre, nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa» (Is 64, 6). ¿Cómo no quedar impresionados por esta descripción? Parece reflejar ciertos panoramas del mundo posmoderno: las ciudades donde la vida resulta anónima y horizontal, donde Dios parece ausente y el hombre el único amo, como si fuera él el artífice y el director de todo: construcciones, trabajo, economía, transportes, ciencias, técnica, todo parece depender solo del hombre. Y, a veces, en este mundo que se presenta casi perfecto, suceden cosas desconcertantes, en la naturaleza o en la sociedad, por las que pensamos que Dios se ha retirado, que, por así decir, nos ha abandonado a nosotros mismos.

En realidad, el verdadero «señor» del mundo no es el hombre, sino Dios. El

Evangelio dice: «Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos» (Mc 13, 35-36). El Tiempo de Adviento viene cada año a recordarnos esto, para que nuestra vida recupere su orientación correcta, hacia el rostro de Dios. El rostro no de un «señor», sino de un Padre y de un Amigo. Con la Virgen María, que nos guía en el camino del Adviento, hagamos nuestras las palabras del profeta. «Señor, tú eres nuestro padre; nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano» (Is 64, 7).

### ***Plaza de San Pedro. II Domingo de Adviento, 4 de diciembre de 2011***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Este domingo marca la segunda etapa del Tiempo de Adviento. Este período del año litúrgico pone de relieve las dos figuras que desempeñaron un papel destacado en la preparación de la venida histórica del Señor Jesús: la Virgen María y san Juan Bautista. Precisamente, en este último, se concentra el texto de hoy del Evangelio de san Marcos. Describe la personalidad y la misión del Precursor de Cristo (cf. Mc 1, 2-8). Comenzando por el aspecto exterior, se presenta a Juan como una figura muy ascética: vestido de piel de camello, se alimenta de saltamontes y miel silvestre, que encuentra en el desierto de Judea (cf. Mc 1, 6). Jesús mismo, una vez, lo contrapone

a aquellos que «habitan en los palacios del rey» y que «visten con lujo» (Mt 11, 8). El estilo de Juan Bautista debería impulsar a todos los cristianos a optar por la sobriedad como estilo de vida, especialmente en preparación para la fiesta de Navidad, en la que el Señor -como diría san Pablo- «siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza» (2 Co 8, 9).

Por lo que se refiere a la misión de Juan, fue un llamamiento extraordinario a la conversión: su bautismo «está vinculado a un llamamiento ardiente a una nueva forma de pensar y actuar, está vinculado sobre todo al anuncio del juicio de Dios» (*Jesús de Nazaret*, I, Madrid 2007, p. 36) y de la inminente venida del Mesías, definido como «el que es más fuerte que yo» y «bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1, 7.8). La llamada de Juan va, por tanto, más allá y más en profundidad respecto a la sobriedad del estilo de vida: invita a un cambio interior, a partir del reconocimiento y de la confesión del propio pecado. Mientras nos preparamos a la Navidad, es importante que entremos en nosotros mismos y hagamos un examen sincero de nuestra vida. Dejémosnos iluminar por un rayo de la luz que proviene de Belén, la luz de Aquel que es «el más Grande» y se hizo pequeño, «el más Fuerte» y se hizo débil.

Los cuatro evangelistas describen la predicación de Juan Bautista refiriéndose a un pasaje del profeta Isaías: «Una voz grita: “En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una cal-

zada para nuestro Dios» (Is 40, 3). San Marcos inserta también una cita de otro profeta, Malaquías, que dice: «Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino» (Mc 1, 2; cf. Mal 3, 1). Estas referencias a las Escrituras del Antiguo Testamento «hablan de la intervención salvadora de Dios, que sale de lo inescrutable para juzgar y salvar; a él hay que abrirle la puerta, prepararle el camino» (*Jesús de Nazaret*, I, p. 37).

A la materna intercesión de María, Virgen de la espera, confiamos nuestro camino al encuentro del Señor que viene, mientras proseguimos nuestro itinerario de Adviento para preparar en nuestro corazón y en nuestra vida la venida del Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Después del Ángelus, antes de dirigir sus saludos en diversas lenguas a los grupos presentes, el Pontífice pidió solidaridad hacia quienes se ven obligados a abandonar su propio país.

***Plaza de San Pedro. Jueves, 8 de diciembre de 2011. Solemnidad de la Inmaculada Concepción.***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy la Iglesia celebra solemnemente la Inmaculada Concepción de María. Como declaró el beato Pío IX en la carta apostólica *Ineffabilis Deus* de 1854, ella «fue preservada, por particular gracia y privilegio de Dios todopoderoso, en previsión de los méritos de Jesucristo Salvador del

género humano, inmune de toda mancha de pecado original». Esta verdad de fe está contenida en las palabras de saludo que le dirigió el arcángel Gabriel: «Alégrate, llena de gracia: el Señor está contigo» (Lc 1, 28). La expresión «llena de gracia» indica la obra maravillosa del amor de Dios, que quiso devolvernos la vida y la libertad, perdidas con el pecado, mediante su Hijo Unigénito encarnado, muerto y resucitado. Por esto, desde el siglo II, tanto en Oriente como en Occidente, la Iglesia invoca y celebra a la Virgen que, con su «sí», acercó el cielo a la tierra, convirtiéndose en «madre de Dios y nodriza de nuestra vida», como dice san Romano el Melode en un antiguo cántico (*Canticum XXV in Nativitatem B. Mariae Virginis*, en J.B. Pitra, *Analecta Sacra* t. I, París 1876, p. 198). En el siglo VII, san Sofronio de Jerusalén elogia la grandeza de María porque en ella, el Espíritu Santo estableció su morada, y dice: «Tú superas todos los dones que la magnificencia de Dios ha derramado sobre cualquier persona humana. Más que todos, eres rica por la posesión de Dios que ha puesto su morada en ti» (*Oratio II, 25 in SS. Deiparae Annuntiationem*: pg 87, 3, 3248 AB). Y san Beda el Venerable explica: «María es bendita entre las mujeres, porque con el adorno de la virginidad ha gozado de la gracia de ser madre de un hijo que es Dios» (*Hom I, 3: CCL 122, 16*).

También a nosotros se nos ha otorgado la «plenitud de la gracia» que debemos hacer resplandecer en nuestra vida, porque «el Padre de nuestro Señor Jesucristo -escribe san Pablo- nos ha bendecido con toda clase

de bendiciones espirituales (...), nos eligió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables (...), y nos ha destinado por medio de Jesucristo (...) a ser sus hijos» (*Ef* 1, 3-5). Esta filiación la recibimos por medio de la Iglesia, en el día del Bautismo. A este respecto, santa Hildegarda de Bingen escribe: «La Iglesia es, por tanto, la virgen madre de todos los cristianos. Con la fuerza secreta del Espíritu Santo los concibe y los da a luz, ofreciéndolos a Dios para que también sean llamados hijos de Dios» (*Scivias, visio* III, 12: *CCL Continuatio Medievalis* XLIII, 1978, p. 142). Y, por último, entre los numerosísimos cantores de la belleza espiritual de la Madre de Dios destaca san Bernardo de Claraval, el cual afirma que la invocación «Dios te salve, María, llena de gracia» es «grata a Dios, a los ángeles y a los hombres. A los hombres, gracias a la maternidad, a los ángeles, gracias a la virginidad, a Dios gracias a la humildad» (*Sermo* XLVII, *De Annuntiatione Dominica*: SBO VI, 1, Roma 1970, p. 266). Queridos amigos, en espera de realizar esta tarde, como es tradición, el homenaje a María Inmaculada en la plaza de España, dirijamos nuestra ferviente oración a Aquella que intercede ante Dios, para que nos ayude a celebrar con fe la Navidad del Señor, ya cercana.

***Plaza de San Pedro. III Domingo de Adviento “Gaudete”, 11 de diciembre de 2011***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Los textos litúrgicos de este período de Adviento nos renuevan la invitación

a vivir a la espera de Jesús, a no dejar de esperar su venida, de tal modo que nos mantengamos en una actitud de apertura y disponibilidad al encuentro con él. La vigilancia del corazón, que el cristiano está llamado a practicar siempre en la vida de todos los días, caracteriza de modo particular este tiempo en el que nos preparamos con alegría al misterio de la Navidad (cf. *Prefacio de Adviento* II). El ambiente exterior propone los acostumbrados mensajes de tipo comercial, aunque quizá en tono menor a causa de la crisis económica. El cristiano está invitado a vivir el Adviento sin dejarse distraer por las luces, sino sabiendo dar el justo valor a las cosas, para fijar la mirada interior en Cristo. De hecho, si perseveramos «velando en oración y cantando su alabanza» (*ib.*), nuestros ojos serán capaces de reconocer en él la verdadera luz del mundo, que viene a iluminar nuestras tinieblas.

En concreto, la liturgia de este domingo, llamado *Gaudete*, nos invita a la alegría, a una vigilancia no triste, sino gozosa. «*Gaudete in Domino semper*» -escribe san Pablo-. «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp* 4, 4). La verdadera alegría no es fruto del divertirse, entendido en el sentido etimológico de la palabra *di-vertere*, es decir, desentenderse de los compromisos de la vida y de sus responsabilidades. La verdadera alegría está vinculada a algo más profundo. Ciertamente, en los ritmos diarios, a menudo frenéticos, es importante encontrar tiempo

para el descanso, para la distensión, pero la alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios. Quien ha encontrado a Cristo en su propia vida, experimenta en el corazón una serenidad y una alegría que nadie ni ninguna situación le pueden quitar. San Agustín lo había entendido muy bien; en su búsqueda de la verdad, de la paz, de la alegría, tras haber buscado en vano en múltiples cosas, concluye con la célebre frase de que el corazón del hombre está inquieto, no encuentra serenidad y paz hasta que descansa en Dios (cf. *Confesiones*, I, 1, 1). La verdadera alegría no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús, de hacerle espacio en nosotros, de acoger al Espíritu Santo que guía nuestra vida. Es la invitación que hace el apóstol san Pablo, que dice: «Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 5, 23). En este tiempo

de Adviento, reforcemos la certeza de que el Señor ha venido en medio de nosotros y continuamente renueva su presencia de consolación, de amor y de alegría. Confiemos en él; como afirma también san Agustín, a la luz de su experiencia: el Señor está más cerca de nosotros que nosotros mismos: «*interior intimo meo et superior summo meo*» (*Confesiones*, III, 6, 11). Encomendemos nuestro camino a la Virgen Inmaculada, cuyo espíritu se llenó de alegría en Dios Salvador. Que ella guíe nuestro corazón en la espera gozosa de la venida de Jesús, una espera llena de oración y de buenas obras.

Queridos hermanos y hermanas, hoy mi primer saludo está reservado a los niños de Roma, que han venido para la tradicional bendición de los «Bambinelli», organizada por el Centro de oratorios romanos. Os doy las gracias a todos. Queridos niños, cuando recéis ante vuestro belén, acordaos también de mí, como yo me acuerdo de vosotros. Os doy las gracias y os deseo una feliz Navidad.

## AUDIENCIAS

*Sala Pablo VI. Miércoles, 30 de noviembre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En las últimas catequesis, hemos reflexionado sobre algunos ejemplos

de oración en el Antiguo Testamento. Hoy quiero comenzar a mirar a Jesús, a su oración, que atraviesa toda su vida, como un canal secreto que riega la existencia, las relaciones, los gestos, y que lo guía, con progresiva firmeza, a la donación total de sí, según el proyecto de

amor de Dios Padre. Jesús es el maestro también de nuestra oración, más aún, él es nuestro apoyo activo y fraterno al dirigirnos al Padre. Verdaderamente, como sintetiza un título del *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, «la oración es plenamente revelada y realizada en Jesús» (541-547). A él, queremos dirigir nuestra mirada en las próximas catequesis.

Un momento especialmente significativo de su camino es la oración que sigue al bautismo al que se somete en el río Jordán. El evangelista Lucas señala que Jesús, después de haber recibido, junto a todo el pueblo, el bautismo de manos de Juan el Bautista, entra en una oración muy personal y prolongada: «Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él» (Lc 3, 21-22). Precisamente este «estar en oración», en diálogo con el Padre, ilumina la acción que realizó junto a muchos de su pueblo, que acudieron a la orilla del Jordán. Orando, él da a su gesto del bautismo un rasgo exclusivo y personal.

El Bautista había dirigido una fuerte llamada a vivir verdaderamente como «hijos de Abraham», convirtiéndose al bien y dando frutos dignos de tal cambio (cf. Lc 3, 7-9). Y un gran número de israelitas se había movilizado, como recuerda el evangelista san Marcos, que escribe: «Acudía a él [a Juan] toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén. Él

los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados» (Mc 1, 5). El Bautista traía algo realmente nuevo: someterse al bautismo debía significar un cambio decisivo, abandonar una conducta vinculada al pecado y comenzar una vida nueva. También Jesús acoge esta invitación, entra en la gris multitud de los pecadores que esperan a la orilla del Jordán. Pero, como los primeros cristianos, también nosotros nos preguntamos: ¿Por qué Jesús se somete voluntariamente a este bautismo de penitencia y de conversión? No tiene pecados que confesar, no tenía pecados, por lo tanto no tenía necesidad de convertirse. Entonces, ¿por qué este gesto? El evangelista san Mateo refiere el estupor del Bautista que afirma: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?» (Mt 3, 14), y la respuesta de Jesús: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia» (v. 15). El sentido de la palabra «justicia» en el mundo bíblico es aceptar plenamente la voluntad de Dios. Jesús muestra su cercanía a aquella parte de su pueblo que, siguiendo al Bautista, considera insuficiente considerarse simplemente hijos de Abraham, pero quiere cumplir la voluntad de Dios, quiere comprometerse para que su propio comportamiento sea una respuesta fiel a la alianza que Dios ofreció en Abraham. Entonces, Jesús, al bajar al río Jordán, sin pecado, hace visible su solidaridad con aquellos que reconocen sus propios pecados, eligen arrepentirse y cambiar de vida; da a entender que ser parte del pueblo de Dios quiere decir entrar en una perspectiva de novedad de vida, de vida según Dios.



En este gesto, Jesús anticipa la cruz, da inicio a su actividad ocupando el lugar de los pecadores, asumiendo sobre sus hombros el peso de la culpa de toda la humanidad, cumpliendo la voluntad del Padre. Recogiéndose en oración, Jesús muestra la íntima relación con el Padre que está en el cielo, experimenta su paternidad, capta la belleza exigente de su amor, y, en el diálogo con el Padre, recibe la confirmación de su misión. En las palabras que resuenan desde el cielo (cf. *Lc 3, 22*) está la referencia anticipada al misterio pascual, a la cruz y a la resurrección. La voz divina lo define «mi Hijo, el amado», refiriéndose a Isaac, el hijo amado que el padre Abraham estaba dispuesto a sacrificar, según el mandato de Dios (cf. *Gn 22, 1-14*). Jesús no es solo *el Hijo de David* descendiente mesiánico regio, o *el Siervo* en quien Dios se complace, sino también *el Hijo unigénito, el amado*, semejante a Isaac, que Dios Padre dona para la salvación del mundo. En el momento en que, a través de la oración, Jesús vive en profundidad su filiación y la experiencia de la paternidad de Dios (cf. *Lc 3, 22b*), desciende el Espíritu Santo (cf. *Lc 3, 22a*), que lo guía en su misión y que él derramará después de ser elevado en la cruz (cf. *Jn 1, 32-34; 7, 37-39*), para que ilumine la obra de la Iglesia. En la oración, Jesús vive un contacto ininterrumpido con el Padre para realizar hasta las últimas consecuencias el proyecto de amor por los hombres.

En el trasfondo de esta extraordinaria oración, está toda la existencia de Jesús

vivida en una familia profundamente vinculada a la tradición religiosa del pueblo de Israel. Lo muestran las referencias que encontramos en los Evangelios: su circuncisión (cf. *Lc 2, 21*) y su presentación en el templo (cf. *Lc 2, 22-24*), como también la educación y la formación en Nazaret, en la santa casa (cf. *Lc 2, 39-40* y *2, 51-52*). Se trata de «unos treinta años» (*Lc 3, 23*), un largo tiempo de vida oculta y ordinaria, aunque también con experiencias de participación en momentos de expresión religiosa comunitaria, como las peregrinaciones a Jerusalén (cf. *Lc 2, 41*). Narrándonos el episodio de Jesús a los doce años en el templo, sentado entre los doctores (cf. *Lc 2, 42-52*), el evangelista san Lucas deja entrever que Jesús, que ora después del bautismo en el Jordán, tiene un profundo hábito de oración íntima con Dios Padre, arraigada en las tradiciones, en el estilo de su familia, en las experiencias decisivas vividas en ella. La respuesta del muchacho de doce años a María y a José ya indica aquella filiación divina, que la voz celestial manifiesta después del bautismo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (*Lc 2, 49*). Al salir de las aguas del Jordán, Jesús no inaugura su oración, sino que continúa su relación constante, habitual, con el Padre; y en esta unión íntima con él realiza el paso de la vida oculta de Nazaret a su ministerio público.

La enseñanza de Jesús sobre la oración viene ciertamente de su modo de orar aprendido en la familia, pero tiene

su origen profundo y esencial en su ser el Hijo de Dios, en su relación única con Dios Padre. El *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica* responde así a la pregunta: *¿De quién aprendió Jesús a orar?:* «Conforme a su corazón de hombre, Jesús aprendió a orar de su madre y de la tradición judía. Pero su oración brota de una fuente más secreta, puesto que es el Hijo eterno de Dios que, en su humanidad santa, dirige a su Padre la oración filial perfecta» (541).

En la narración evangélica, las ambientaciones de la oración de Jesús se ubican siempre en el cruce entre la inserción en la tradición de su pueblo y la novedad de una relación personal única con Dios. «El lugar desierto» (cf. *Mc* 1, 35; *Lc* 5, 16) a donde se retira a menudo, «el monte» a donde sube a orar (cf. *Lc* 6, 12; 9, 28), «la noche» que le permite estar en soledad (cf. *Mc* 1, 35; 6, 46-47; *Lc* 6, 12) remiten a momentos del camino de la revelación de Dios en el Antiguo Testamento, indicando la continuidad de su proyecto salvífico. Pero al mismo tiempo, constituyen momentos de particular importancia para Jesús, que conscientemente se inserta en este plan, plenamente fiel a la voluntad del Padre.

También en nuestra oración, nosotros debemos aprender, cada vez más, a entrar en esta historia de salvación de la que Jesús es la cumbre, renovar ante Dios nuestra decisión personal de abrirnos a su voluntad, pedirle a él la fuerza de conformar nuestra volun-

tad a la suya, en toda nuestra vida, en obediencia a su proyecto de amor por nosotros.

La oración de Jesús afecta a todas las fases de su ministerio y todas sus jornadas. Las fatigas no la impiden. Es más, los evangelios dejan traslucir una costumbre de Jesús a pasar parte de la noche en oración. El evangelista san Marcos narra una de estas noches, después de la agotadora jornada de la multiplicación de los panes y escribe: «Enseguida apremió a los discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran hacia la orilla de Betsaida, mientras él despedía a la gente. Y después de despedirse de ellos, se retiró al monte a orar. Llegada la noche, la barca estaba en mitad del mar y Jesús, solo, en tierra» (*Mc* 6, 45-47). Cuando las decisiones resultan urgentes y complejas, su oración se hace más prolongada e intensa. En la inminencia de la elección de los Doce Apóstoles, por ejemplo, san Lucas subraya la duración nocturna de la oración de Jesús: «En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles» (*Lc* 6, 12-13).

Contemplando la oración de Jesús, debe brotar en nosotros una pregunta: ¿Cómo oro yo? ¿Cómo oramos nosotros? ¿Cuánto tiempo dedico a la relación con Dios? ¿Se da hoy una educación y formación suficientes en la oración? Y, ¿quién puede ser maestro

en ello? En la exhortación apostólica *Verbum Domini*, hablé de la importancia de la lectura orante de la Sagrada Escritura. Recogiendo lo que surgió de la Asamblea del Sínodo de los obispos, puse también un acento especial sobre la forma específica de la *lectio divina*. Escuchar, meditar, callar ante el Señor que habla es un arte, que se aprende practicándolo con constancia. Ciertamente, la oración es un don, que pide, sin embargo, ser acogido; es obra de Dios, pero exige compromiso y continuidad de nuestra parte; sobre todo son importantes la continuidad y la constancia. Precisamente la experiencia ejemplar de Jesús muestra que su oración, animada por la paternidad de Dios y por la comunión del Espíritu, se fue profundizando en un prolongado y fiel ejercicio, hasta el Huerto de los Olivos y la cruz. Los cristianos hoy están llamados a ser testigos de oración, precisamente porque nuestro mundo está a menudo cerrado al horizonte divino y a la esperanza que lleva al encuentro con Dios. En la amistad profunda con Jesús y viviendo en él y con él la relación filial con el Padre, a través de nuestra oración fiel y constante, podemos abrir ventanas hacia el cielo de Dios. Es más, al recorrer el camino de la oración, sin respeto humano, podemos ayudar a otros a recorrer ese camino: también para la oración cristiana es verdad que, caminando, se abren caminos.

Queridos hermanos y hermanas, eduquémonos en una relación intensa

con Dios, en una oración que no sea esporádica, sino constante, llena de confianza, capaz de iluminar nuestra vida, como nos enseña Jesús. Y pidámosle a él poder comunicar a las personas que nos rodean, a quienes encontramos en nuestro camino, la alegría del encuentro con el Señor, luz para nuestra vida. Gracias.

### ***Sala Pablo VI. Miércoles, 7 de diciembre de 2011***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Los evangelistas Mateo y Lucas (cf. *Mt* 11, 25-30 y *Lc* 10, 21-22) nos transmitieron una «joya» de la oración de Jesús, que se suele llamar *Himno de júbilo* o *Himno de júbilo mesiánico*. Se trata de una oración de reconocimiento y de alabanza, como hemos escuchado. En el original griego de los Evangelios, el verbo con el que inicia este himno, y que expresa la actitud de Jesús al dirigirse al Padre, es *exomologoumai*, traducido a menudo como «te doy gracias» (*Mt* 11, 25 y *Lc* 10, 21). Pero en los escritos del Nuevo Testamento este verbo indica principalmente dos cosas: la primera es «reconocer hasta el fondo» -por ejemplo, Juan Bautista pedía a quien acudía a él para bautizarse que reconociera hasta el fondo sus propios pecados (cf. *Mt* 3, 6)-; la segunda es «estar de acuerdo». Por tanto, la expresión con la que Jesús inicia su oración contiene su *reconocer hasta el fondo*,

plenamente, la acción de Dios Padre, y, juntamente, su *estar en total, consciente y gozoso acuerdo* con este modo de obrar, con el proyecto del Padre. El Himno de júbilo es la cumbre de un camino de oración en el que emerge claramente la profunda e íntima comunión de Jesús con la vida del Padre en el Espíritu Santo y se manifiesta su filiación divina.

Jesús se dirige a Dios llamándolo «Padre». Este término expresa la conciencia y la certeza de Jesús de ser «el Hijo», en íntima y constante comunión con él, y este es el punto central y la fuente de toda oración de Jesús. Lo vemos claramente en la última parte del Himno, que ilumina todo el texto. Jesús dice: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10, 22). Jesús, por tanto, afirma que solo «el Hijo» conoce verdaderamente al Padre. Todo conocimiento entre las personas -como experimentamos todos en nuestras relaciones humanas- comporta una comunión, un vínculo interior, a nivel más o menos profundo, entre quien conoce y quien es conocido: no se puede conocer sin una comunión del ser. En el Himno de júbilo, como en toda su oración, Jesús muestra que el verdadero conocimiento de Dios presupone la comunión con él: solo estando en comunión con el otro comienza a conocerlo; y lo mismo sucede con Dios: solo puedo conocerlo si

tengo un contacto verdadero, si estoy en comunión con él. Por lo tanto, el verdadero conocimiento está reservado al Hijo, al Unigénito que desde siempre está en el seno del Padre (cf. Jn 1, 18), en perfecta unidad con él. Solo el Hijo conoce verdaderamente a Dios, al estar en íntima comunión del ser; solo el Hijo puede revelar verdaderamente quién es Dios.

Al nombre «Padre» le sigue un segundo título, «Señor del cielo y de la tierra». Jesús, con esta expresión, recapitula la fe en la creación y hace resonar las primeras palabras de la Sagrada Escritura: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1, 1). Orando, él remite a la gran narración bíblica de la historia de amor de Dios por el hombre, que comienza con el acto de la creación. Jesús se inserta en esta historia de amor, es su cumbre y su plenitud. En su experiencia de oración, la Sagrada Escritura queda iluminada y revive en su más completa amplitud: anuncio del misterio de Dios y respuesta del hombre transformado. Pero a través de la expresión «Señor del cielo y de la tierra» podemos también reconocer cómo en Jesús, el Revelador del Padre, se abre nuevamente al hombre la posibilidad de acceder a Dios.

Hagámonos ahora la pregunta: ¿a quién quiere revelar el Hijo los misterios de Dios? Al comienzo del Himno, Jesús expresa su alegría porque la voluntad del Padre es mantener estas

cosas ocultas a los doctos y los sabios y revelarlas a los pequeños (cf. *Lc* 10, 21). En esta expresión de su oración, Jesús manifiesta su comunión con la decisión del Padre que abre sus misterios a quien tiene un corazón sencillo: la voluntad del Hijo es una cosa sola con la del Padre. La revelación divina no tiene lugar según la lógica terrena, para la cual son los hombres cultos y poderosos los que poseen los conocimientos importantes y los transmiten a la gente más sencilla, a los pequeños. Dios ha usado un estilo muy diferente: los destinatarios de su comunicación han sido precisamente los «pequeños». Esta es la voluntad del Padre, y el Hijo la comparte con gozo. Dice el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Su conmovedor “¡Sí, Padre!” expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, de la que fue un eco el “Fiat” de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al “misterio de la voluntad” del Padre (*Ef* 1, 9)» (n. 2603). De aquí deriva la invocación que dirigimos a Dios en el *Padrenuestro*: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»: junto con Cristo y en Cristo, también nosotros pedimos entrar en sintonía con la voluntad del Padre, llegando así a ser sus hijos también nosotros. Jesús, por lo tanto, en este Himno de júbilo, expresa la voluntad de implicar en su conocimiento filial de Dios a todos aquellos que el Padre quiere hacer

partícipes de él; y aquellos que acogen este don son los «pequeños».

Pero, ¿qué significa «ser pequeños», sencillos? ¿Cuál es «la pequeñez» que abre al hombre a la intimidación filial con Dios y a aceptar su voluntad? ¿Cuál debe ser la actitud de fondo de nuestra oración? Miremos el «Sermón de la montaña», donde Jesús afirma: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8). Es la pureza del corazón la que permite reconocer el rostro de Dios en Jesucristo; es tener un corazón sencillo como el de los niños, sin la presunción de quien se cierra en sí mismo, pensando que no tiene necesidad de nadie, si siquiera de Dios.

Es interesante también señalar la ocasión en la que Jesús prorrumpe en este Himno al Padre. En la narración evangélica de Mateo, es la alegría porque, no obstante las oposiciones y los rechazos, hay «pequeños» que acogen su palabra y se abren al don de la fe en él. El Himno de júbilo, en efecto, está precedido por el contraste entre el elogio de Juan Bautista, uno de los «pequeños» que reconocieron el obrar de Dios en Cristo Jesús (cf. *Mt* 11, 2-19), y el reproche por la incredulidad de las ciudades del lago «donde había hecho la mayor parte de sus milagros» (cf. *Mt* 11, 20-24). Mateo, por tanto, ve el júbilo en relación con las expresiones con las que Jesús constata la eficacia de su palabra y la de su acción: «Id a anunciar

a Juan lo que estáis viendo y oyendo: lo ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!» (*Mt* 11, 4-6).

También san Lucas presenta el Himno de júbilo en conexión con un momento de desarrollo del anuncio del Evangelio. Jesús envió a los «setenta y dos discípulos» (*Lc* 10, 1) y ellos partieron con una sensación de temor por el posible fracaso de su misión. Lucas subraya también el rechazo que encontró el Señor en las ciudades donde predicó y realizó signos prodigiosos. Pero los setenta y dos discípulos regresaron llenos de alegría, porque su misión tuvo éxito. Constataron que, con el poder de la palabra de Jesús, los males del hombre son vencidos. Y Jesús comparte su satisfacción: «en aquella hora» (*Lc* 20, 21), en aquel momento se llenó de alegría.

Hay otros dos elementos que quiero destacar. El evangelista Lucas introduce la oración con la anotación: «Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (*Lc* 10, 21). Jesús se alegra partiendo desde el interior de sí mismo, desde lo más profundo de sí: la comunión única de conocimiento y de amor con el Padre, la plenitud del Espíritu Santo. Implicándonos en su filiación, Jesús nos invita también a nosotros a abrirnos a la luz del Espíritu Santo, porque -como afirma el apóstol Pa-

blo- «(Nosotros) no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables... según Dios» (*Rm* 8, 26-27) y nos revela el amor del Padre. En el Evangelio de Mateo, después del Himno de júbilo, encontramos uno de los llamamientos más apremiantes de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (*Mt* 11, 28). Jesús pide que se acuda a él, que es la verdadera sabiduría, a él que es «manso y humilde de corazón»; propone «su yugo», el camino de la sabiduría del Evangelio que no es una doctrina para aprender o una propuesta ética, sino una Persona a quien seguir: él mismo, el Hijo Unigénito en perfecta comunión con el Padre.

Queridos hermanos y hermanas, hemos gustado por un momento la riqueza de esta oración de Jesús. También nosotros, con el don de su Espíritu, podemos dirigirnos a Dios, en la oración, con confianza de hijos, invocándolo con el nombre de Padre, «Abbà». Pero debemos tener el corazón de los pequeños, de los «pobres en el espíritu» (*Mt* 5, 3), para reconocer que no somos autosuficientes, que no podemos construir nuestra vida nosotros solos, sino que necesitamos de Dios, necesitamos encontrarlo, escucharlo, hablarle. La oración nos abre a recibir el don de Dios, su sabiduría, que es Jesús mismo, para cumplir la voluntad del Padre en nuestra vida y encontrar así alivio en el cansancio de nuestro camino. Gracias.

***Sala Pablo VI. Miércoles, 14 de diciembre de 2011***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre la oración de Jesús relacionada con su prodigiosa acción sanadora. En los evangelios, se presentan varias situaciones en las que Jesús ora ante la obra benéfica y sanadora de Dios Padre, que actúa a través de él. Se trata de una oración que, una vez más, manifiesta la relación única de conocimiento y de comunión con el Padre, mientras Jesús participa con gran cercanía humana en el sufrimiento de sus amigos, por ejemplo de Lázaro y de su familia, o de tantos pobres y enfermos a los que él quiere ayudar concretamente.

Un caso significativo es la curación del sordomudo (cf. *Mc* 7, 32-37). El relato del evangelista san Marcos -que acabamos de escuchar- muestra que la acción sanadora de Jesús está vinculada a su estrecha relación tanto con el prójimo -el enfermo-, como con el Padre. La escena del milagro se describe con detalle así: «Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: “Effetá” (esto es, “ábrete”）」 (7, 33-34). Jesús quiere que la curación tenga lugar «apartándolo de la gente, a solas». Parece que esto no se debe solo al hecho de que el milagro debe mantenerse oculto a la gente para evitar que se formen interpretaciones limitadas o

erróneas de la persona de Jesús. La decisión de llevar al enfermo a un lugar apartado hace que, en el momento de la curación, Jesús y el sordomudo se encuentren solos, en la cercanía de la una relación singular. Con un gesto, el Señor toca los oídos y la lengua del enfermo, o sea, los sitios específicos de su enfermedad. La intensidad de la atención de Jesús se manifiesta también en los rasgos insólitos de la curación: usa sus propios dedos e, incluso, su propia saliva. También el hecho de que el evangelista cite la palabra original pronunciada por el Señor -«Effetá», o sea «ábrete»- pone de relieve el carácter singular de la escena.

Pero el punto central de este episodio es el hecho de que Jesús, en el momento de obrar la curación, busca directamente su relación con el Padre. El relato dice, en efecto, que «mirando al cielo, suspiró» (v. 34). La atención al enfermo, los cuidados de Jesús hacia él, están relacionados con una profunda actitud de oración dirigida a Dios. Y la emisión del suspiro se describe con un verbo que en el Nuevo Testamento indica la aspiración a algo bueno que todavía no se tiene (cf. *Rm* 8, 23). El relato en su conjunto, entonces, muestra que la implicación humana con el enfermo lleva a Jesús a la oración. Una vez más se manifiesta su relación única con el Padre, su identidad de Hijo Unigénito. En él, a través de su persona, se hace presente la acción sanadora y benéfica de Dios. No es casualidad que el comentario conclusivo de la gente des-

pués del milagro recuerde la valoración de la creación al comienzo del *Génesis*: «Todo lo ha hecho bien» (*Mc* 7, 37). En la acción sanadora de Jesús entra claramente la oración, con su mirada hacia el cielo. La fuerza que curó al sordomudo fue provocada ciertamente por la compasión hacia él, pero proviene del hecho de que recurre al Padre. Se entrecruzan estas dos relaciones: la relación humana de compasión hacia el hombre, que entra en la relación con Dios, y así se convierte en curación.

En el relato joánico de la resurrección de Lázaro, esta misma dinámica se pone de relieve con una evidencia aún mayor (cf. *Jn* 11, 1-44). También aquí se entrecruzan, por una parte, la relación de Jesús con un amigo y con su sufrimiento y, por otra, la relación filial que él tiene con el Padre. La participación humana de Jesús en el caso de Lázaro tiene rasgos particulares. En todo el relato, se recuerda varias veces la amistad con él, así como con las hermanas Marta y María. Jesús mismo afirma: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (*Jn* 11, 11). El afecto sincero por el amigo también lo ponen de relieve las hermanas de Lázaro, al igual que los judíos (cf. *Jn* 11, 3; 11, 36); se manifiesta en la conmoción profunda de Jesús ante el dolor de Marta y María y de todos los amigos de Lázaro, y desemboca en el llanto -tan profundamente humano- al acercarse a la tumba: «Jesús, viéndola llorar a ella [Marta], y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se con-

movió en su espíritu, se estremeció y preguntó: “¿Dónde lo habéis enterrado?”. Le contestaron: “Señor, ven a verlo”. Jesús se echó a llorar» (*Jn* 11, 33-35).

Esta relación de amistad, la participación y la conmoción de Jesús ante el dolor de los parientes y conocidos de Lázaro, está vinculada, en todo el relato, con una continua e intensa relación con el Padre. Desde el comienzo, Jesús hace una lectura del hecho en relación con su propia identidad y misión y con la glorificación que le espera. Ante la noticia de la enfermedad de Lázaro, en efecto, comenta: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (*Jn* 11, 4). Jesús acoge también con profundo dolor humano el anuncio de la muerte de su amigo, pero siempre en estrecha referencia a la relación con Dios y a la misión que le ha confiado, dice: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis» (*Jn* 11, 14-15). El momento de la oración explícita de Jesús al Padre ante la tumba es el desenlace natural de todo el suceso, tejido sobre este doble registro de la amistad con Lázaro y de la relación filial con Dios. También aquí las dos relaciones van juntas. «Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado”» (*Jn* 11, 41): es una eucaristía. La frase revela que Jesús no dejó ni siquiera por un instante la oración de petición por la vida de Lá-



zaro. Más aún, esta oración continua reforzó el vínculo con el amigo y, al mismo tiempo, confirmó la decisión de Jesús de permanecer en comunión con la voluntad del Padre, con su plan de amor, en el que la enfermedad y muerte de Lázaro se consideran como un lugar donde se manifiesta la gloria de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, al leer esta narración, cada uno de nosotros está llamado a comprender que, en la oración de petición al Señor, no debemos esperar una realización inmediata de aquello que pedimos, de nuestra voluntad, sino más bien encomendarnos a la voluntad del Padre, leyendo cada acontecimiento en la perspectiva de su gloria, de su designio de amor, con frecuencia misterioso a nuestros ojos. Por ello, en nuestra oración, petición, alabanza y acción de gracias deberían ir juntas, incluso cuando nos parece que Dios no responde a nuestras expectativas concretas. Abandonarse al amor de Dios, que nos precede y nos acompaña siempre, es una de las actitudes de fondo de nuestro diálogo con él. El *Catecismo de la Iglesia católica* comenta así la oración de Jesús en el relato de la resurrección de Lázaro: «Apoyada en la acción de gracias, la oración de Jesús nos revela cómo pedir: antes de que lo pedido sea otorgado, Jesús se adhiere a Aquel que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado; es el “tesoro”, y en él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como “por añadidura” (cf. *Mt* 6, 21 y

6, 33)» (n. 2604). Esto me parece muy importante: antes de que el don sea concedido, es preciso adherirse a Aquel que dona; el donante es más precioso que el don. También para nosotros, por lo tanto, más allá de lo que Dios nos da cuando lo invocamos, el don más grande que puede otorgarnos es su amistad, su presencia, su amor. Él es el tesoro precioso que se ha de pedir y custodiar siempre.

La oración que Jesús pronuncia mientras se quita la piedra de entrada a la tumba de Lázaro, presenta luego un desarrollo particular e inesperado. Él, en efecto, después de dar gracias a Dios Padre, añade: «Yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado» (*Jn* 11, 42). Con su oración, Jesús quiere llevar a la fe, a la confianza total en Dios y en su voluntad, y quiere mostrar que este Dios que ha amado al hombre hasta el punto de enviar a su Hijo Unigénito (cf. *Jn* 3, 16), es el Dios de la Vida, el Dios que trae esperanza y es capaz de cambiar las situaciones humanamente imposibles. La oración confiada de un creyente, entonces, es un testimonio vivo de esta presencia de Dios en el mundo, de su interés por el hombre, de su obrar para realizar su plan de salvación.

Las dos oraciones de Jesús meditadas ahora, que acompañan la curación del sordomudo y la resurrección de Lázaro, revelan que el vínculo profundo entre el amor a Dios y el amor al prójimo debe

entrar también en nuestra oración. En Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, la atención hacia el otro, especialmente si padece necesidad o sufre, la conmoción ante el dolor de una familia amiga, lo llevan a dirigirse al Padre, en esa relación fundamental que guía toda su vida. Pero también viceversa: la comunión con el Padre, el diálogo constante con él, impulsa a Jesús a estar atento de un modo único a las situaciones concretas del hombre para llevarle el consuelo y el amor de Dios. La relación con el hombre nos guía hacia la relación con Dios, y la relación con Dios con conduce de nuevo al prójimo.

Queridos hermanos y hermanas, nuestra oración abre la puerta a Dios, que nos enseña constantemente a salir de nosotros mismos para ser capaces de mostrarnos cercanos a los demás, especialmente en los momentos de prueba, para llevarles consuelo, esperanza y luz. Que el Señor nos conceda ser capaces de una oración cada vez más intensa, para reforzar nuestra relación personal con Dios Padre, ensanchar nuestro corazón a las necesidades de quien está a nuestro lado y sentir la belleza de ser «hijos en el Hijo», juntamente con numerosos hermanos. Gracias.

## DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en el encuentro  
promovido por el Consejo Pontificio  
«COR UNUM»***

*Sala Clementina. Viernes, 11 de noviembre de 2011*

*Eminencias, queridos hermanos en el  
Episcopado, queridos amigos:*

Agradezco tener la oportunidad de saludaros durante vuestro encuentro, promovido por el Consejo Pontificio *Cor Unum* en este Año Europeo del Voluntariado.

Deseo comenzar agradeciendo al Cardenal Robert Sarah las cordiales

palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. También quiero expresaros mi profunda gratitud, tanto a vosotros como a los millones de voluntarios católicos que contribuyen, con regularidad y generosidad, a la misión caritativa de la Iglesia en el mundo. En el momento actual, caracterizado por la crisis y la incertidumbre, vuestro compromiso es un motivo de confianza, porque muestra que la bondad existe y está creciendo entre nosotros. Ciertamente, la fe de todos los católicos se ve fortalecida al ver todo el bien que se hace en nombre de Cristo (cf. *Flm*, 6).

Para los cristianos, el voluntariado no es solo una expresión de buena vo-

luntad. Se funda en la experiencia personal de Cristo. Él fue el primero en servir a la humanidad, entregó libremente su vida por el bien de todos. Ese don no se basaba en nuestros méritos. De aquí aprendemos que Dios se entrega a sí mismo, se entrega a nosotros. Además, *Deus caritas est*: Dios es amor, por citar una frase de la *Primera carta del apóstol San Juan* (4, 8) que elegí como título de mi primera Carta encíclica. La experiencia del amor generoso de Dios nos desafía y nos libera, para que adoptemos esta misma actitud hacia nuestros hermanos y hermanas: «Gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (Mt 10, 8). Lo experimentamos, en particular, en la Eucaristía, cuando el Hijo de Dios, al partir el pan, une la dimensión vertical de su don divino con la horizontal de nuestro servicio a los hermanos y hermanas.

La gracia de Cristo nos ayuda a descubrir dentro de nosotros un anhelo humano de solidaridad y una vocación fundamental al amor. Su gracia perfecciona, fortalece y eleva la vocación y nos permite servir a los demás sin esperar una recompensa, una satisfacción o compensación alguna. Aquí vislumbramos la grandeza de la vocación humana de servir a los demás con la misma libertad y generosidad que caracterizan a Dios. Asimismo, nos convertimos en instrumentos visibles de su amor en un mundo que todavía anhela profundamente ese amor en medio de la pobreza, la soledad, la marginación y la ignorancia que vemos alrededor nuestro.

Ciertamente, el trabajo de los voluntarios católicos no puede responder a todas estas necesidades, pero esto no nos desalienta. Ni deberíamos dejarnos seducir por ideologías que quieren cambiar el mundo según una visión puramente humana. Lo poco que podemos lograr hacer para aliviar las necesidades humanas se puede considerar como la buena semilla que brotará y dará mucho fruto. Es un signo de la presencia y del amor de Cristo que, como el árbol del Evangelio, crece para dar abrigo, protección y fuerza a todos aquellos que lo necesiten.

Esta es la naturaleza del testimonio que vosotros, con toda humildad y convicción, dais a la sociedad civil. Aunque sea un deber de la autoridad pública reconocer y apreciar esta contribución sin tergiversarla, vuestro papel de cristianos consiste en participar activamente en la vida de la sociedad, tratando de hacerla cada vez más humana, caracterizada cada vez más por la libertad, la justicia y la solidaridad auténticas.

Celebramos nuestro encuentro de hoy en el día de la fiesta litúrgica de san Martín de Tours. Martín, representado con frecuencia en el momento en que comparte su capa con un pobre, se convirtió en un modelo de caridad en toda Europa, que ha llegado a todo el mundo. Hoy, el trabajo de voluntariado como servicio de caridad se ha convertido en un elemento universalmente reconocido de nuestra cultura moder-

na. Pero también sus orígenes pueden verse aún en la especial solicitud cristiana por la defensa, sin discriminaciones, de la dignidad de la persona humana creada a imagen y semejanza de Dios. Cuando estas raíces espirituales se ofuscan o se ensombrecen, y los criterios de nuestra colaboración se hacen meramente utilitaristas, se corre el riesgo de perder lo más característico del servicio que ofrecéis, en perjuicio de la sociedad en su conjunto.

Queridos amigos, deseo concluir alentando a los jóvenes a descubrir en el trabajo de voluntariado un modo de acrecentar el propio amor oblativo, que da a la vida su significado más profundo. Los jóvenes reaccionan con prontitud a la vocación del amor. Ayudémosles a escuchar a Cristo, que hace oír en sus corazones su llamada y los atrae hacia sí. No debemos tener miedo de presentarles un desafío radical que cambia la vida, hemos de ayudarles a comprender que nuestros corazones están hechos para amar y para ser amados. En la entrega de sí mismos, vivimos la vida en toda su plenitud.

Con estos sentimientos, renuevo mi gratitud a todos vosotros y a cuantos representáis. Pido a Dios que vele por vuestras numerosas obras de servicio y haga que sean cada vez más fecundas espiritualmente, por el bien de la Iglesia y de todo el mundo. A vosotros y a vuestros voluntarios, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Conferencia Internacional sobre células madre***

*Sábado, 12 de noviembre de 2011*

*Eminencia, queridos hermanos en el episcopado, excelencias, ilustres huéspedes, queridos amigos:*

Quiero dar las gracias al cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio para la cultura, por sus cordiales palabras y por haber organizado esta conferencia internacional sobre *Células madre adultas: la ciencia y el futuro del hombre y de la cultura*. Asimismo, agradezco al arzobispo Zygmunt Zimowski, presidente del Consejo pontificio para la pastoral de la salud, y al obispo Ignacio Carrasco de Paula, presidente de la Academia pontificia para la vida, su contribución a este esfuerzo particular. Dirijo una palabra especial de gratitud a los numerosos bienhechores cuyo apoyo ha hecho posible este evento. Al respecto, deseo expresar el aprecio de la Santa Sede por toda la obra llevada a cabo por varias instituciones para promover iniciativas culturales y formativas encaminadas a sostener una investigación científica de máximo nivel con células madre adultas y a estudiar las implicaciones culturales, éticas y antropológicas de su uso.

La investigación científica brinda una oportunidad única para explorar

la maravilla del universo, la complejidad de la naturaleza y la belleza peculiar del universo, incluida la vida humana. Sin embargo, dado que los seres humanos están dotados de alma inmortal y han sido creados a imagen y semejanza de Dios, hay dimensiones de la existencia humana que están más allá de los límites que las ciencias naturales son capaces de determinar. Si se superan estos límites, se corre el grave riesgo de que la dignidad única y la inviolabilidad de la vida humana puedan subordinarse a consideraciones meramente utilitaristas. Pero si, en cambio, se respetan debidamente estos límites, la ciencia puede dar una contribución realmente notable a la promoción y a la salvaguarda de la dignidad del hombre: de hecho, en esto radica su verdadera utilidad. El hombre, agente de la investigación científica, en su naturaleza biológica, a veces, será el objeto de esa investigación. A pesar de ello, su dignidad trascendente le da siempre el derecho de seguir siendo el último beneficiario de la investigación científica y de nunca quedar reducido a su instrumento.

En este sentido, los potenciales beneficios de la investigación con células madre adultas son muy notables, pues da la posibilidad de curar enfermedades degenerativas crónicas reparando el tejido dañado y restaurando su capacidad de regenerarse. La mejora que estas terapias prometen constituiría un significativo paso adelante en la

ciencia médica, dando nueva esperanza tanto a los enfermos como a sus familias. Por este motivo, la Iglesia naturalmente ofrece su aliento a cuantos están comprometidos en realizar y en apoyar la investigación de este tipo, a condición de que se lleven a cabo con la debida atención al bien integral de la persona humana y al bien común de la sociedad.

Esta condición es de suma importancia. La mentalidad pragmática que con tanta frecuencia influye en la toma de decisiones en el mundo de hoy está demasiado inclinada a aprobar cualquier medio que permita alcanzar el objetivo anhelado, a pesar de la amplia evidencia de las consecuencias desastrosas de este modo de pensar. Cuando el objetivo que se busca es tan deseable como el descubrimiento de una curación para enfermedades degenerativas, los científicos y los responsables de las políticas tienen la tentación de ignorar las objeciones éticas y proseguir cualquier investigación que parezca ofrecer una perspectiva de éxito. Quienes defienden la investigación con células madre embrionarias con la esperanza de alcanzar ese resultado cometen el grave error de negar el derecho inalienable a la vida de todos los seres humanos desde el momento de la concepción hasta su muerte natural. La destrucción incluso de una sola vida humana nunca se puede justificar por el beneficio que probablemente puede aportar a otra. Sin embargo, en general,

no surgen problemas éticos cuando las células madre se extraen de los tejidos de un organismo adulto, de la sangre del cordón umbilical en el momento del nacimiento, o de fetos que han muerto por causas naturales (cf. Congregación para la doctrina de la fe, instrucción *Dignitas personae*, n. 32).

De ahí se sigue que el diálogo entre ciencia y ética es de suma importancia para garantizar que los avances médicos no se lleven a cabo con un costo humano inaceptable. La Iglesia contribuye a este diálogo ayudando a formar las conciencias según la recta razón y a la luz de la verdad revelada. Al obrar así, no trata de impedir el progreso científico, sino que, por el contrario, quiere guiarlo en una dirección que sea verdaderamente fecunda y benéfica para la humanidad. De hecho, la Iglesia está convencida de que «la fe no solo acoge y respeta todo lo que es humano», incluida la investigación científica, «sino que también lo purifica, lo eleva y lo perfecciona» (*ib.*, n. 7). De este modo, se puede ayudar a la ciencia a servir al bien común de toda la humanidad, especialmente a los más débiles y a los más vulnerables.

Al llamar la atención sobre las necesidades de los indefensos, la Iglesia no piensa solo en los niños por nacer sino también en quienes no tienen fácil acceso a tratamientos médicos costosos. La enfermedad no hace distinción

de personas, y la justicia exige que se haga todo lo posible para poner los frutos de la investigación científica a disposición de todos los que pueden beneficiarse de ellos, independientemente de sus posibilidades económicas. Por consiguiente, además de las consideraciones meramente éticas, es preciso afrontar cuestiones de índole social, económica y política para garantizar que los avances de la ciencia médica vayan acompañados de una prestación justa y equitativa de los servicios sanitarios. Aquí la Iglesia es capaz de ofrecer asistencia concreta a través de su vasto apostolado sanitario, activo en numerosos países de todo el mundo y dirigido con especial solicitud a las necesidades de los pobres de la tierra.

Queridos amigos, al concluir mis consideraciones, deseo aseguraros un recuerdo especial en la oración y os encomiendo a la intercesión de María, *Salus infirmorum*, a todos los que trabajáis tan duramente para llevar curación y esperanza a quienes sufren. Rezo para que vuestro compromiso en la investigación con células madre adultas traiga grandes bendiciones para el futuro del hombre y auténtico enriquecimiento a su cultura. A vosotros, a vuestras familias y a vuestros colaboradores, así como a todos los pacientes que esperan beneficiarse de vuestra generosa competencia y de los resultados de vuestro trabajo, imparto de buen grado mi bendición apostólica. ¡Muchas gracias!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los miembros de la Cáritas  
Italiana en el 40 Aniversario de su  
fundación***

*Basilica de San Pedro. Jueves, 24 de  
noviembre de 2011*

*Venerados hermanos; queridos herma-  
nos y hermanas:*

Con alegría, os acojo con ocasión del 40º aniversario de la institución de la Cáritas italiana. Os saludo con afecto, uniéndome a la acción de gracias de todo el Episcopado italiano por vuestro valioso servicio. Saludo cordialmente al cardenal Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia episcopal italiana, agradeciéndole las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo a monseñor Giuseppe Merisi, presidente de la Cáritas, a los obispos encargados de las diversas Conferencias episcopales regionales, para el servicio de la caridad, al director de la Cáritas italiana, a los directores de las Cáritas diocesanas y a todos sus colaboradores.

Habéis venido a la tumba de Pedro para confirmar vuestra fe y retomar impulso en vuestra misión. El siervo de Dios, Pablo VI, en el primer encuentro nacional con la Cáritas, en 1972, afirmó: «Por encima de este cometido puramente material de vuestra actividad debe resaltar su prevalente función pedagógica» (28 de septiembre de 1972: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de octubre de

1972, p. 9). En efecto, a vosotros se os ha confiado una importante tarea educativa con respecto a las comunidades, a las familias y a la sociedad civil en la que la Iglesia está llamada ser luz (cf. *Flp* 2, 15). Se trata de asumir la responsabilidad de educar en la vida buena del Evangelio, que es tal solo si se comprende de manera orgánica el testimonio de la caridad. Las palabras del apóstol san Pablo iluminan esta perspectiva: «Pues nosotros mantenemos la esperanza de la justicia por el Espíritu y desde la fe; porque, en Cristo, nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor» (*Ga* 5, 5-6). Este es el distintivo cristiano: la fe que actúa en la caridad. Cada uno de vosotros está llamado a dar su contribución para que el amor con el que Dios nos ama desde siempre y para siempre se convierta en actividad de la vida, en fuerza de servicio y en conciencia de la responsabilidad. «Porque nos apremia el amor de Cristo» (2 *Co* 5, 14), escribe san Pablo. Esta es la perspectiva que debéis hacer cada vez más presente en las Iglesias particulares en las que actuáis.

Queridos amigos, jamás desistáis de este compromiso educativo, aun cuando el camino sea difícil y parezca que el esfuerzo no da resultados. Vividlo con fidelidad a la Iglesia y con respeto a la identidad de vuestras instituciones, utilizando los instrumentos que la historia os ha dado y los que la «creatividad de la caridad» -como decía el beato Juan Pablo II- os sugiera en el futuro. Du-

rante los cuatro decenios pasados habéis podido profundizar, experimentar y actuar un método de trabajo basado en tres aspectos relacionados entre sí y sinérgicos: *escuchar, observar, discernir*, poniéndolo al servicio de vuestra misión: la animación caritativa dentro de las comunidades y en los territorios. Se trata de un estilo que hace posible actuar pastoralmente, pero también perseguir un diálogo profundo y provechoso con los diversos ámbitos de la vida eclesial, con las asociaciones, con los movimientos y con el variado mundo del voluntariado organizado.

Ciertamente, escuchar para conocer, pero también para hacerse prójimo, para sostener a las comunidades cristianas en la ayuda a quien necesita sentir el calor de Dios a través de las manos abiertas y disponibles de los discípulos de Jesús. Es importante que las personas que sufren puedan sentir el calor de Dios y puedan sentirlo a través de nuestras manos y nuestro corazón abierto. De este modo, las Cáritas deben ser «centinelas» (cf. *Is* 21, 11-12), capaces de comprender y hacer comprender, de anticipar y prevenir, de sostener y proponer soluciones en la línea segura del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia. El individualismo de nuestros días, la presunta suficiencia de la técnica y el relativismo que influye en todos, exigen suscitar en personas y comunidades formas más elevadas de escucha, capacidad de apertura de la mirada y del corazón a las necesidades y los recursos, hacia formas comunita-

rias de discernimiento sobre el modo de ser y de situarse en un mundo en profunda transformación.

Releyendo las páginas del Evangelio, nos quedamos maravillados ante los *gestos* de Jesús: gestos que transmiten la Gracia, que educan en la fe y el seguimiento; gestos de curación y acogida, de misericordia y esperanza, de futuro y compasión; gestos que inician o perfeccionan una llamada a seguirlo y desembocan en el reconocimiento del Señor como única razón del presente y del futuro. La modalidad de los gestos y de los signos es connatural a la función pedagógica de la Cáritas. En efecto, a través de los signos concretos habláis, evangelizáis y educáis. Una obra de caridad habla de Dios, anuncia una esperanza, induce a plantearse interrogantes. Deseo que cultivéis del mejor modo posible la calidad de las obras que habéis sabido crear. Haced que hablen, por decirlo así, preocupándoos sobre todo por la motivación interior que las anima y por la calidad del testimonio que dan. Son obras que nacen de la fe. Son obras de Iglesia, expresión de la atención hacia quien más sufre. Son acciones pedagógicas, porque ayudan a los más pobres a crecer en su dignidad, a las comunidades cristianas a caminar en el seguimiento de Cristo, y a la sociedad civil a asumir conscientemente sus propias obligaciones. Recordemos lo que enseña el concilio Vaticano II: «Es preciso satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no se ofrezca como ayuda



de caridad lo que ya se debe a título de justicia» (*Apostolicam actuositatem*, 8). El servicio humilde y concreto que presta la Iglesia no quiere sustituir ni mucho menos adormecer la conciencia colectiva y civil. La apoya con espíritu de sincera colaboración, con la debida autonomía y con plena conciencia de la subsidiariedad.

Desde el comienzo de vuestro camino pastoral, se os ha asignado, como compromiso prioritario, el esfuerzo por desarrollar una amplia presencia en el territorio, sobre todo a través de las Cáritas diocesanas y parroquiales. Es el objetivo que hay que perseguir también en el presente. Estoy seguro de que los pastores sabrán sosteneros y orientaros, sobre todo ayudando a las comunidades a comprender las características propias de la animación pastoral que la Cáritas lleva a la vida de cada Iglesia particular, y estoy seguro de que escucharéis a vuestros pastores y seguiréis sus indicaciones.

La atención al territorio y a su animación suscita, además, la capacidad de leer la evolución de la vida de las personas que viven en él, sus dificultades y preocupaciones, pero también las oportunidades y perspectivas. La caridad requiere apertura de la mente, amplitud de miras, intuición y previsión, y un «corazón que ve» (cf. *Deus caritas est*, 31). Responder a las necesidades no solo significa dar pan al hambriento, sino también dejarse interpelar por las causas por las que tiene hambre,

con la mirada de Jesús, que sabía ver la realidad profunda de las personas que se acercaban a él. Precisamente en esta perspectiva, el tiempo actual interpela vuestro modo de ser animadores y agentes de caridad. El pensamiento no puede menos de ir también al vasto mundo de la inmigración. A menudo las calamidades naturales y las guerras crean situaciones de emergencia. La crisis económica global es un ulterior signo de los tiempos, que exige la valentía de la fraternidad. La brecha entre el norte y el sur del mundo, y la herida a la dignidad humana de tantas personas, exigen una caridad que se ensanche en círculos concéntricos desde los pequeños hacia los grandes sistemas económicos. El malestar creciente, el debilitamiento de las familias y la incertidumbre de la condición juvenil indican el riesgo de una disminución de la esperanza. La humanidad no solo necesita bienhechores, sino también personas humildes y concretas que, como Jesús, sepan estar al lado de los hermanos, compartiendo algo de su sufrimiento. En una palabra, la humanidad busca signos de esperanza. Nuestra fuente de esperanza está en el Señor. Y por este motivo, es necesaria la Cáritas; no para delegarle el servicio de caridad, sino para que sea un signo de la caridad de Cristo, un signo que dé esperanza. Queridos amigos, ayudad a toda la Iglesia a hacer visible el amor de Dios. Vivid la gratuidad y ayudad a vivirla. Recordad a todos la esencialidad del amor que se hace servicio. Acompañad a los hermanos más débiles. Animad

a las comunidades cristianas. Decid al mundo la palabra del amor que viene de Dios. Buscad la caridad como síntesis de todos los carismas del Espíritu (cf. *1 Co* 14, 1).

Que vuestra guía sea la santísima Virgen María, quien, en su visita a Isabel, llevó el don sublime de Jesús en la humildad del servicio (cf. *Lc* 1, 39-43). Os acompaño con la oración y de buen grado os imparto la bendición apostólica, extendiéndola a cuantos encontráis diariamente en vuestras múltiples actividades. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a la Asamblea Plenaria del Consejo  
Pontificio para los laicos***

*Sala Clementina. Viernes, 25 de noviembre de 2011*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra encontrarme con todos vosotros, miembros y consultores del Consejo pontificio para los laicos, reunidos para la XXV asamblea plenaria. Saludo en particular al cardenal Stanisław Ryłko y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido, así como a monseñor Josef Clemens, secretario. Dirijo a todos una cordial bienvenida, de modo especial a los fieles laicos, mujeres y hombres, que componen el dicasterio. Durante el

período transcurrido desde la última asamblea plenaria os habéis comprometido en varias iniciativas, ya mencionadas por su eminencia. Yo también quiero recordar el Congreso para los fieles laicos de Asia y la Jornada mundial de la juventud de Madrid. Fueron momentos muy intensos de fe y de vida eclesial, importantes también desde la perspectiva de los grandes acontecimientos eclesiales que celebraremos el año próximo: la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización y la apertura del Año de la fe.

El Congreso para los laicos de Asia se organizó el año pasado en Seúl, con la ayuda de la Iglesia que está en Corea, sobre el tema «Anunciar a Jesucristo en Asia hoy». En el vastísimo continente asiático se encuentran pueblos, culturas y religiones diversos, de origen antiguo, pero el anuncio cristiano solo ha llegado hasta ahora a una pequeña minoría, que a menudo -como ha dicho usted, eminencia- vive la fe en un contexto difícil, a veces de verdadera persecución. El congreso brindó a los fieles laicos, a las asociaciones, a los movimientos y a las nuevas comunidades que actúan en Asia, la ocasión de reforzar el compromiso y la valentía de la misión. Estos hermanos nuestros testimonian de modo admirable su adhesión a Cristo, dejando entrever que en Asia, gracias a su fe, se están abriendo para la Iglesia del tercer milenio amplios escenarios de evangelización. Aprecio que el Consejo pontificio para los laicos esté organizando un Congreso análogo para los laicos de África, que se celebrará el año próximo en

Camerún. Esos encuentros continentales son muy valiosos para dar impulso a la obra de evangelización, para fortalecer la unidad y para consolidar cada vez más los vínculos entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal.

Quiero, asimismo, llamar vuestra atención sobre la última Jornada mundial de la juventud celebrada en Madrid. El tema, como sabemos, era la fe: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2, 7*). Y en verdad pude contemplar una multitud inmensa de jóvenes, que acudieron con entusiasmo de todo el mundo para encontrarse con el Señor y vivir la fraternidad universal. Una extraordinaria cascada de luz, de alegría y de esperanza iluminó Madrid, y no solo Madrid, sino también la vieja Europa y el mundo entero, proponiendo nuevamente de modo claro la actualidad de la búsqueda de Dios. Nadie pudo permanecer indiferente, nadie pudo pensar que la cuestión de Dios sea irrelevante para el hombre de hoy. Los jóvenes de todo el mundo esperan con ilusión poder celebrar las Jornadas mundiales dedicadas a ellos y sé que ya estáis trabajando con vistas a la cita en Río de Janeiro en 2013.

Al respecto, me parece particularmente importante haber querido afrontar este año, en la asamblea plenaria, el tema de Dios: «La cuestión de Dios hoy». Nunca deberíamos cansarnos de volver a proponer esa pregunta, de «recomenzar desde Dios», para devolver al hombre la totalidad de sus dimensiones, su plena digni-

dad. De hecho, una mentalidad que se ha ido difundiendo en nuestro tiempo, renunciando a cualquier referencia a lo trascendente, se ha mostrado incapaz de comprender y preservar lo humano. La difusión de esta mentalidad ha generado la crisis que vivimos hoy, que es crisis de significado y de valores, antes que crisis económica y social. El hombre que busca vivir solo de forma positivista, en lo calculable y en lo mensurable, al final queda sofocado. En este marco, la cuestión de Dios es, en cierto sentido, «la cuestión de las cuestiones». Nos remite a las preguntas fundamentales del hombre, a las aspiraciones a la verdad, la felicidad y a la libertad ínsitas en su corazón, que tienden a realizarse. El hombre que despierta en sí mismo la pregunta sobre Dios se abre a la esperanza, a una esperanza fiable, por la que vale la pena afrontar el cansancio del camino en el presente (cf. *Spe salvi, 1*).

Pero, ¿cómo despertar la pregunta sobre Dios, para que sea la cuestión fundamental? Queridos amigos, si es verdad que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona» (*Deus caritas est, 1*), la cuestión sobre Dios se despierta en el encuentro con quien tiene el don de la fe, con quien tiene una relación vital con el Señor. A Dios se lo conoce a través de hombres y mujeres que lo conocen: el camino hacia él pasa, de modo concreto, a través de quien ya lo ha encontrado. Aquí es particularmente importante vuestro papel de fieles lai-

cos. Como afirma la *Christifideles laici*, esta es vuestra vocación específica: en la misión de la Iglesia «los fieles laicos ocupan un puesto concreto, a causa de su “índole secular”, que los compromete, con modos propios e insustituibles, en la animación cristiana del orden temporal» (n. 36). Estáis llamados a dar un testimonio transparente de la importancia de la cuestión de Dios en todos los campos del pensamiento y de la acción. En la familia, en el trabajo, así como en la política y en la economía, el hombre contemporáneo necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que con Dios o sin Dios todo cambia.

Pero el desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido a la centralidad de Dios. A veces nos hemos esforzado para que la presencia de los cristianos en el ámbito social, en la política o en la economía resultara más incisiva, y tal vez no nos hemos preocupado igualmente por la solidez de su fe, como si fuera un dato adquirido una vez para siempre. En realidad, los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo. Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. ¡Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida. La

primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el Bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos.

Queridos amigos, la misión de la Iglesia necesita la aportación de todos y cada uno de sus miembros, especialmente de los fieles laicos. En los ambientes de vida en donde el Señor os ha llamado, sed testigos valientes del Dios de Jesucristo, viviendo vuestro Bautismo. Por esto, os encomiendo a la intercesión de la santísima Virgen María, Madre de todos los pueblos, y de corazón os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en la XXVI  
Conferencia Internacional  
organizada por el Consejo Pontificio  
para la Pastoral de la Salud***

*Sala Clementina. Sábado, 26 de noviembre de 2011*

*Eminencia, queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:*

Es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros con ocasión de la XXVI Conferencia internacional, organizada por el Consejo pontificio para la pastoral de la salud y que ha

querido reflexionar sobre el tema: «La pastoral sanitaria al servicio de la vida a la luz del magisterio del beato Juan Pablo II». Me complace saludar a los obispos encargados de la pastoral de la salud, que se han reunido por primera vez ante la tumba del apóstol Pedro para verificar los modos de una acción colegial en este ámbito tan delicado e importante de la misión de la Iglesia. Expreso mi gratitud al dicasterio por su valioso servicio, comenzando por su presidente, monseñor Zygmunt Zimowski, al que agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido, con las que ha ilustrado también los trabajos y las iniciativas de estos días. Saludo asimismo al secretario y al subsecretario, ambos recién nombrados, a los oficiales y al personal, así como a los relatores y a los expertos, a los responsables de los institutos de salud, a los agentes sanitarios, a todos los presentes y a cuantos han colaborado en la realización de la Conferencia.

Estoy seguro de que vuestras reflexiones han contribuido a profundizar el «Evangelio de la vida», valiosa herencia del magisterio del beato Juan Pablo II. En 1985, instituyó este Consejo pontificio para dar testimonio concreto de él en el vasto y articulado ámbito de la salud; hace ahora veinte años, estableció la celebración de la Jornada mundial del enfermo; y, por último, constituyó la Fundación «El Buen Samaritano», como instrumento de una nueva acción caritativa dirigida a los enfermos más pobres en muchos

países. Y hago un llamamiento a un renovado compromiso para sostener esta Fundación.

En los largos e intensos años de su pontificado, el beato Juan Pablo II proclamó que el servicio a la persona enferma en el cuerpo y en el espíritu constituye un compromiso constante de atención y evangelización para toda la comunidad eclesial, según el mandato de Jesús a los Doce de curar a los enfermos (cf. *Lc 9, 2*). En particular, en la carta apostólica *Salvifici doloris*, del 11 de febrero de 1984, mi venerado predecesor afirma: «El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido “destinado” a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo» (n. 2). El misterio del dolor parece ofuscar el rostro de Dios, convirtiéndolo casi en un extraño o, incluso, indicándolo como responsable del sufrimiento humano, pero los ojos de la fe son capaces de ver en profundidad este misterio. Dios se encarnó, se hizo cercano al hombre, incluso en sus situaciones más difíciles; no eliminó el sufrimiento, pero en el Crucificado resucitado, en el Hijo de Dios que padeció hasta la muerte y una muerte de cruz, revela que su amor desciende incluso al abismo más profundo del hombre para darle esperanza. El Crucificado ha resucitado, la muerte ha sido iluminada por la mañana de Pascua: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él

no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). En el Hijo «entregado» para la salvación de la humanidad, la verdad del amor se prueba, en cierto sentido, mediante la verdad del sufrimiento; y la Iglesia, nacida del misterio de la redención en la cruz de Cristo, «está obligada a buscar el encuentro con el hombre de modo particular en el camino de su sufrimiento. En ese encuentro, el hombre “se convierte en el camino de la Iglesia”, y es este uno de los caminos más importantes» (Juan Pablo II, *Salvifici doloris*, 3).

Queridos amigos, el servicio de acompañamiento, de cercanía y de cuidado de los hermanos enfermos, solos, a menudo probados por heridas no solo físicas sino también espirituales y morales, os sitúa en una posición privilegiada para testimoniar la acción salvífica de Dios, su amor al hombre y al mundo, que abraza también las situaciones más dolorosas y terribles. El rostro del Salvador moribundo en la cruz, del Hijo consustancial con el Padre que sufre como hombre por nosotros (cf. *ib.*, 17), nos enseña a custodiar y a promover la vida, en cualquier estadio y en cualquier condición que se encuentre, reconociendo la dignidad y el valor de cada ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26-27) y llamado a la vida eterna.

Esta visión del dolor y del sufrimiento, iluminada por la muerte y la resurrección de Cristo, nos fue testimoniada por el lento calvario que marcó los

últimos años de vida del beato Juan Pablo II, al cual se pueden aplicar las palabras de san Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (*Col* 1, 24). La fe firme y segura sostuvo su debilidad física, haciendo de su enfermedad, vivida por amor a Dios, a la Iglesia y al mundo, una participación concreta en el camino de Cristo hasta el Calvario.

La *sequela Christi* no dispensó al beato Juan Pablo II de llevar su propia cruz cada día hasta el final, para ser como su único Maestro y Señor, que desde la cruz se convirtió en punto de atracción y de salvación para la humanidad (cf. *Jn* 12, 32; 19, 37) y manifestó su gloria (cf. *Mc* 15, 39). En la homilía de la santa misa de beatificación de mi venerado predecesor, recordé que «el Señor lo fue despojando lentamente de todo, sin embargo él permanecía siempre como una “roca”, como Cristo lo quería. Su profunda humildad, arraigada en la íntima unión con Cristo, le permitió seguir guiando a la Iglesia y dar al mundo un mensaje aún más elocuente, precisamente cuando sus fuerzas físicas iban disminuyendo» (*Homilía*, 1 de mayo de 2011: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de mayo de 2011, p. 7).

Queridos amigos, atesorando el testamento vivido por el beato Juan Pablo II en carne propia, os deseo que también vosotros, en el ejercicio del ministerio pastoral y en la actividad profe-

sional, descubráis en el árbol glorioso de la cruz de Cristo «el cumplimiento y la plena revelación de todo el Evangelio de la vida» (*Evangelium vitae*, 50). En el servicio que prestáis en los diversos ámbitos de la pastoral de la salud, experimentad que «solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama» (*Deus caritas est*, 18).

Os encomiendo a cada uno de vosotros, a los enfermos, a las familias y a todos los agentes sanitarios a la protección materna de María, y de buen grado os imparto a todos la bendición apostólica.

### ***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia***

*Sala Clementina. Jueves, 1 de diciembre de 2011*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogeros con ocasión de la asamblea plenaria del Consejo pontificio para la familia, al conmemorarse un doble trigésimo aniversario: el de la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, publicada el 22 de noviembre de 1981 por el beato Juan Pablo II, y el del dicasterio mismo, instituido por él el 9 de mayo precedente con el

Motu proprio *Familia a Deo instituta*, como signo de la importancia que se debe atribuir a la pastoral familiar en el mundo y, al mismo tiempo, instrumento eficaz para ayudar a promoverla en todos los niveles (cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 73). Saludo cordialmente al cardenal Ennio Antonelli, agradeciéndole las palabras con que ha introducido nuestro encuentro, así como al monseñor secretario, a los demás colaboradores y a todos vosotros, aquí reunidos.

La nueva evangelización depende en gran parte de la Iglesia doméstica (cf. *ib.*, 65). En nuestro tiempo, como ya sucedió en épocas pasadas, el eclipse de Dios, la difusión de ideologías contrarias a la familia y la degradación de la ética sexual, están vinculados entre sí. Y del mismo modo que están en relación el eclipse de Dios y la crisis de la familia, así la nueva evangelización es inseparable de la familia cristiana. De hecho, la familia es el *camino* de la Iglesia porque es «espacio humano» del encuentro con Cristo. Los cónyuges, «no solo reciben el amor de Cristo, convirtiéndose en comunidad salvada, sino que están también llamados a transmitir a los hermanos el mismo amor de Cristo, llegando a ser así comunidad salvadora» (*ib.*, 49). La familia fundada en el sacramento del Matrimonio es actuación particular de la Iglesia, comunidad salvada y salvadora, evangelizada y evangelizadora. Como la Iglesia, está llamada a acoger, irradiar y manifestar en el mundo el amor y la presencia de

Cristo. La acogida y la transmisión del amor divino se realizan en la entrega mutua de los cónyuges, en la procreación generosa y responsable, en el cuidado y en la educación de los hijos, en el trabajo y en las relaciones sociales, en la atención a los necesitados, en la participación en las actividades eclesiales y en el compromiso civil. La familia cristiana, en la medida en que, a través de un camino de conversión permanente sostenido por la gracia de Dios, logra vivir el amor como comunión y servicio, como don recíproco y apertura hacia todos, refleja en el mundo el esplendor de Cristo y la belleza de la Trinidad divina. San Agustín tiene una célebre frase: «*Immo vero vides Trinitatem, si caritatem vides*», «Pues bien, ves la Trinidad, si ves la caridad» (*De Trinitate*, VIII, 8). Y la familia es uno de los lugares fundamentales en donde se vive y se educa en el amor, en la caridad.

Siguiendo la línea de mis predecesores, también yo he exhortado muchas veces a los esposos cristianos a evangelizar tanto con el testimonio de la vida como con la participación en las actividades pastorales. Lo hice también recientemente, en Ancona, con ocasión de la clausura del Congreso eucarístico nacional italiano. Allí me reuní con los cónyuges juntamente con los sacerdotes. En efecto, los dos sacramentos llamados «del servicio de la comunión» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1211), el Orden sagrado y el Matrimonio, se deben reconducir a

la única fuente eucarística. «Los dos estados de vida tienen, en efecto, en el amor de Cristo -que se da a sí mismo para la salvación de la humanidad-, la misma raíz; están llamados a una misión común: la de testimoniar y hacer presente este amor al servicio de la comunidad, para la edificación del pueblo de Dios. Esta perspectiva permite ante todo superar una visión reductiva de la familia, que la considera como mera destinataria de la acción pastoral. (...) La familia es riqueza para los esposos, bien insustituible para los hijos, fundamento indispensable de la sociedad, comunidad vital para el camino de la Iglesia» (*Discurso a los sacerdotes y a las familias*, 11 de septiembre de 2011: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de septiembre de 2011, p. 8). En virtud de esto «la familia es lugar privilegiado de educación humana y cristiana, y permanece, por esta finalidad, como la mejor aliada del ministerio sacerdotal. (...) Ninguna vocación es una cuestión privada; tampoco aquella al matrimonio, porque su horizonte es la Iglesia entera» (*ib.*).

Hay ámbitos en los que es particularmente urgente el protagonismo de las familias cristianas en colaboración con los sacerdotes y bajo la guía de los obispos: la educación de niños, adolescentes y jóvenes en el amor, entendido como don de sí y comunión; la preparación de los novios para la vida matrimonial con un itinerario de fe; la formación de los cónyuges, especialmente de las parejas jóvenes; las experiencias asocia-



tivas con finalidades caritativas, educativas y de compromiso civil; la pastoral de las familias para las familias, dirigida a todo el arco de la vida, valorizando el tiempo del trabajo y el de la fiesta.

Queridos amigos, nos estamos preparando para el VII Encuentro mundial de las familias, que tendrá lugar en Milán del 30 de mayo al 3 de junio de 2012. Para mí y para todos nosotros será una gran alegría encontrarnos juntos, orar y hacer fiesta con las familias llegadas de todo el mundo, acompañadas por sus pastores. Agradezco a la Iglesia Ambrosiana el gran empeño puesto hasta ahora y el de los próximos meses. Invito a las familias de Milán y de Lombardía a abrir las puertas de sus casas para acoger a los peregrinos que llegarán de todo el mundo. En la hospitalidad, experimentarán alegría y entusiasmo: es hermoso conocerse y entablar amistad, narrarse la vivencia de familia y la experiencia de fe vinculada a ella. En mi carta de convocatoria para el Encuentro de Milán, pedí «un itinerario adecuado de preparación eclesial y cultural» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de octubre de 2010, p. 5), para que ese acontecimiento dé frutos e implique concretamente a las comunidades cristianas en todo el mundo. Doy las gracias a quienes ya han puesto en marcha iniciativas en ese sentido e invito a quienes no lo han hecho aún a aprovechar los próximos meses. Vuestro dicasterio ya ha redactado un valioso material de apoyo con catequesis sobre el tema:

«La familia: el trabajo y la fiesta»; además, ha formulado para las parroquias, las asociaciones y los movimientos una propuesta de «semana de la familia», y es de desear que se promuevan otras iniciativas.

Gracias, una vez más, por vuestra visita y por el trabajo que realizáis en favor de las familias y al servicio del Evangelio. Os aseguro mi recuerdo en la oración, y de corazón os imparto a cada uno y a vuestros seres queridos una bendición apostólica especial.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los miembros de la Comisión  
Teológica Internacional***

*Sala de los Papas. Viernes, 2 de diciembre de 2011*

*Señor cardenal, venerados hermanos en el episcopado, distinguidos profesores y profesoras, queridos colaboradores:*

Para mí, es una gran alegría poder recibirlos, al concluir la sesión plenaria anual de la Comisión teológica internacional. Ante todo, quiero agradecer sinceramente las palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros el señor cardenal William Levada, en calidad de presidente de la Comisión.

Este año, los trabajos de esta sesión han coincidido con la primera semana de Adviento, ocasión que nos hace re-

cordar que todo teólogo está llamado a ser hombre del advenimiento, testigo de la vigilante espera, que ilumina los caminos de la inteligencia de la Palabra que se hizo carne. Podemos decir que el conocimiento del verdadero Dios tiende y se alimenta constantemente de aquella «hora», que desconocemos, en la que el Señor volverá. Mantenerse vigilantes y vivificar la esperanza de la espera no son, por tanto, una tarea secundaria para un recto pensamiento teológico, que encuentra su razón en la Persona de Aquel que sale a nuestro encuentro e ilumina nuestro conocimiento de la salvación.

Hoy me complace reflexionar brevemente con vosotros sobre los tres temas que la Comisión teológica internacional está estudiando en los últimos años. El primero, como ya se ha dicho, atañe a la cuestión fundamental para toda reflexión teológica: la cuestión de Dios y en particular la comprensión del monoteísmo. A partir de este amplio horizonte doctrinal, habéis profundizado también un tema de índole eclesial: el significado de la doctrina social de la Iglesia, prestando luego atención particular a una temática que hoy es de gran actualidad para el pensamiento teológico sobre Dios: la cuestión del estatus mismo de la teología hoy, en sus perspectivas, sus principios y sus criterios.

Detrás de la profesión de la fe cristiana en el Dios único, se encuentra la profesión diaria de fe del pueblo de Israel: «Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo» (*Dt* 6, 4).

El inaudito cumplimiento de la libre disposición del amor de Dios por todos los hombres se realizó en la encarnación del Hijo en Jesucristo. En esa Revelación de la intimidad de Dios y de la profundidad de su vínculo de amor con el hombre, el monoteísmo del Dios único se iluminó con una luz completamente nueva: la luz trinitaria. En el misterio trinitario, se ilumina también la fraternidad entre los hombres. La teología cristiana, juntamente con la vida de los creyentes, debe restituir la feliz y cristalina evidencia al impacto de la Revelación trinitaria sobre nuestra comunidad. Aunque los conflictos étnicos y religiosos en el mundo hacen más difícil acoger la singularidad del pensamiento cristiano de Dios y del humanismo inspirado por él, los hombres pueden reconocer en el Nombre de Jesucristo la verdad de Dios Padre hacia la cual el Espíritu Santo suscita todo gemido de la criatura (cf. *Rm* 8). La teología, en fecundo diálogo con la filosofía, puede ayudar a los creyentes a tomar conciencia y a testimoniar que el monoteísmo trinitario nos muestra el verdadero Rostro de Dios, y este monoteísmo no es fuente de violencia, sino fuerza de paz personal y universal.

El punto de partida de toda teología cristiana es la acogida de esta Revelación divina: la acogida personal del Verbo hecho carne, la escucha de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura. Sobre esta base de partida, la teología ayuda a la inteligencia creyente de la fe y a su transmisión. Toda la historia de la Iglesia muestra, sin embargo, que el recono-

cimiento del punto de partida no basta para llegar a la unidad en la fe. Toda lectura de la Biblia se sitúa necesariamente en un determinado contexto de lectura, y el único contexto en el que el creyente puede estar en plena comunión con Cristo es la Iglesia y su Tradición viva. Debemos vivir siempre de nuevo la experiencia de los primeros discípulos, que «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42). Desde esta perspectiva, la Comisión ha estudiado los principios y los criterios según los cuales una teología puede ser católica, y también ha reflexionado sobre la contribución actual de la teología. Es importante recordar que la teología católica, siempre atenta al vínculo entre fe y razón, ha desempeñado un papel histórico en el nacimiento de la Universidad. Una teología verdaderamente católica con los dos movimientos, «*intellectus quaerens fidem et fides quaerens intellectum*», hoy es más necesaria que nunca, para hacer posible una sinfonía de las ciencias y para evitar las derivas violentas de una religiosidad que se opone a la razón y de una razón que se opone a la religión.

La Comisión teológica estudia también la relación entre la doctrina social de la Iglesia y el conjunto de la doctrina cristiana. El compromiso social de la Iglesia no es solo algo humano, ni se limita a una teoría social. La transformación de la sociedad llevada a cabo por los cristianos a lo largo de los siglos es una respuesta a la venida del Hijo

de Dios al mundo: el esplendor de esa Verdad y Caridad ilumina toda cultura y sociedad. San Juan afirma: «En esto, hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (1 Jn 3, 16). Los discípulos de Cristo Redentor saben que sin la atención al otro, sin el perdón, sin el amor incluso a los enemigos, ninguna comunidad humana puede vivir en paz; y esto comienza en la primera y fundamental sociedad que es la familia. En la necesaria colaboración en favor del bien común también con quienes no comparten nuestra fe, debemos hacer presentes los verdaderos y profundos motivos religiosos de nuestro compromiso social, como esperamos de los demás que nos manifiesten sus motivaciones, para que la colaboración se realice en la claridad. Quien haya percibido los fundamentos del obrar social cristiano podrá así encontrar un estímulo para tomar en consideración la misma fe en Jesucristo.

Queridos amigos, nuestro encuentro confirma de modo significativo que la Iglesia necesita de la competente y fiel reflexión de los teólogos sobre el misterio del Dios de Jesucristo y de su Iglesia. Sin una sana y vigorosa reflexión teológica la Iglesia correría el riesgo de no expresar plenamente la armonía entre fe y razón. Al mismo tiempo, sin la vivencia fiel de la comunión con la Iglesia y la adhesión a su Magisterio, como espacio vital de la propia existencia, la teología no lograría dar una adecuada razón del don de la fe.

Expresando, a través de vosotros, el deseo y el aliento a todos los hermanos y hermanas teólogos, diseminados por los diversos ámbitos eclesiales, invoco sobre vosotros la intercesión de María, Mujer del Adviento y Madre del Verbo encarnado, la cual es para nosotros, al custodiar la Palabra en su corazón, el paradigma de la recta actividad teológica, el modelo sublime del verdadero conocimiento del Hijo de Dios. Que ella, la Estrella de la esperanza, guíe y proteja la valiosa labor que realizáis en favor de la Iglesia y en nombre de la Iglesia. Con estos sentimientos de gratitud, os renuevo mi bendición apostólica. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en el Congreso  
Mundial de pastoral para los  
estudiantes internacionales***

*Sala del Consistorio. Viernes, 2 de diciembre de 2011*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos estudiantes, queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogeros con ocasión del III Congreso mundial de pastoral para los estudiantes internacionales, organizado por el Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Saludo y agradezco al presidente, monseñor Antonio Ma-

ria Vegliò, las palabras con las que ha introducido este encuentro. Saludo también a los superiores y a los oficiales del dicasterio y a cada uno de vosotros, que habéis venido de varias partes del mundo, sobre todo de los países con mayor afluencia de estudiantes internacionales. Deseo expresar mi aprecio por el compromiso asumido para que las jóvenes generaciones encuentren orientación y apoyo para perfeccionar su formación, afrontando los desafíos del mundo globalizado y secularizado. Dirijo un saludo en particular a los estudiantes universitarios aquí presentes, con el deseo de que, después de ser destinatarios de esta especial atención pastoral, se conviertan a su vez en protagonistas de la misión de la Iglesia.

Observo con gran interés el tema que habéis elegido para el Congreso: «Estudiantes internacionales y encuentro de las culturas». El encuentro de las culturas es una realidad fundamental en nuestra época y para el futuro de la humanidad y de la Iglesia. El hombre y la mujer no pueden alcanzar un nivel de vida verdadera y plenamente humano si no es precisamente mediante la cultura (cf. *Gaudium et spes*, 53); y la Iglesia está atenta a la centralidad de la persona humana sea como artífice de la actividad cultural sea como su último destinatario. Hoy, más que nunca, la apertura recíproca entre las culturas es terreno privilegiado para el diálogo entre quienes están comprometidos en la búsqueda de un

auténtico humanismo. El encuentro de las culturas en el ámbito universitario debe ser, por tanto, animado y apoyado, teniendo como base los principios humanos y cristianos, los valores universales, para que ayude a hacer que crezca una nueva generación capaz de diálogo y discernimiento, comprometida a difundir el respeto y la colaboración con vistas a la paz y el desarrollo. Los estudiantes internacionales, de hecho, pueden convertirse, con su formación intelectual, cultural y espiritual, en artífices y protagonistas de un mundo con un rostro más humano. Deseo vivamente que haya buenos programas a nivel continental y mundial para ofrecer a muchos jóvenes esta oportunidad.

A causa de la carencia de formación cualificada y de estructuras adecuadas en la propia tierra, como también debido a las tensiones sociales y políticas y, gracias a los apoyos económicos para el estudio en el extranjero, los estudiantes internacionales son una realidad en aumento dentro del gran fenómeno migratorio. Es importante, por tanto, ofrecerles una sana y equilibrada preparación intelectual, cultural y espiritual, para que no sean presa de la «fuga de cerebros», sino que formen una categoría social y culturalmente importante con vistas a su regreso como futuros responsables en los países de origen, y contribuyan a construir «puentes» culturales, sociales y espirituales con los países de acogida. Las universidades y las

instituciones católicas de educación superior están llamadas a ser «laboratorios de humanidad», ofreciendo programas y cursos que estimulen a los jóvenes estudiantes no solo en la búsqueda de una cualificación profesional, sino también de la respuesta a la demanda de felicidad, de sentido y de plenitud, que anida en el corazón del hombre.

El mundo universitario es para la Iglesia un campo privilegiado para la evangelización. Como destacué en el Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado del año próximo, los ateneos de inspiración cristiana, cuando se mantienen fieles a su identidad, se convierten en lugares de testimonio, donde se puede encontrar y conocer a Jesucristo, donde se puede experimentar su presencia, que reconcilia, tranquiliza e infunde una nueva esperanza. La difusión de ideologías «débiles» en los diversos campos de la sociedad estimula a los cristianos a un nuevo impulso en el ámbito intelectual, con el fin de animar a las generaciones jóvenes a la búsqueda y el descubrimiento de la verdad sobre el hombre y sobre Dios. La vida del beato John Henry Newman, tan vinculada al contexto académico, confirma la importancia y la belleza de promover un ambiente educativo en el que van de la mano la formación intelectual, la dimensión ética y el compromiso religioso. La pastoral universitaria, por tanto, se ofrece a los jóvenes como apoyo para que la comunión con Cris-

to los lleve a percibir el misterio más profundo del hombre y de la historia. Además, el encuentro entre los universitarios ayuda a descubrir y a valorar el tesoro escondido en cada estudiante internacional, considerando su presencia como un factor de enriquecimiento humano, cultural y espiritual. Los jóvenes cristianos, que provienen de culturas distintas pero pertenecen a la única Iglesia de Cristo, pueden mostrar que el Evangelio es Palabra de esperanza y de salvación para los hombres de todos los pueblos y de todas las culturas, de todas las edades y de todas las épocas, como reafirmé también en mi reciente Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus* (nn. 134.138).

Queridos jóvenes estudiantes, os animo a aprovechar el tiempo de vuestros estudios para crecer en el conocimiento y en el amor a Cristo, mientras recorréis vuestro itinerario de formación intelectual y cultural. Conservando vuestro patrimonio de sabiduría y de fe, en la experiencia de vuestra formación cultural en el extranjero podréis tener una valiosa oportunidad de universalidad, de fraternidad y también de comunicación del Evangelio. Os deseo todo bien en los trabajos de vuestro congreso y os aseguro mi oración. Encomiendo a María, Madre de Jesús, el compromiso y los generosos propósitos de quienes cuidan de los emigrantes, en particular de los estudiantes internacionales, y de corazón os imparto a todos la bendición apostólica.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
al final de un concierto ofrecido en  
su honor por la Televisión Bábara  
Bayerischer Rundfunk***

*Sala Clementina. Viernes, 2 de diciembre de 2011*

*Eminencias, excelencias, amables señoras y señores; queridos amigos:*

Al final de este momento de Adviento aquí, en el palacio apostólico, quiero dirigiros algunas palabras. Ante todo, un cordial agradecimiento a todos los que han hecho posible esta velada. Agradezco al señor Hans Berger, así como a su conjunto y al «Coro Montini» la presentación del «Oratorio navideño de los Alpes», que verdaderamente me ha conmovido en lo más profundo. Gracias de corazón. Asimismo expreso mi agradecimiento a la Radiotelevisión Bábara, representada por el señor Mandlik y por la señora Sigrid Esslinger, por la proyección del filme sobre el Adviento y la Navidad en los Prealpes bávaros. Todos vosotros habéis traído un poco de costumbres y de sentido de la vida típicamente bávaros a la casa del Papa: os digo de corazón «Que el Señor os recompense» por este regalo.

Y espero que también nuestros amigos italianos hayan disfrutado con esta inculturación de la fe en nuestras tierras, especialmente usted, eminencia [dirigiéndose al cardenal Bertone], en el día de su cumpleaños. Entre nosotros, como se ha dicho, el Adviento se

suele llamar «tiempo silencioso» (*staade Zeit*). La naturaleza hace una pausa; la tierra está cubierta de nieve; en el mundo campesino no se puede trabajar en el exterior; todos están necesariamente en casa. El silencio de la casa se convierte, por la fe, en espera del Señor, en alegría por su presencia. Así han surgido todas estas melodías, todas estas tradiciones que, en cierto sentido, -como se ha dicho también hoy- hacen «presente el cielo en la tierra». Tiempo silencioso, tiempo de silencio. Hoy, a menudo, el Adviento es precisamente lo contrario: tiempo de una actividad desenfundada; se compra, se vende, se hacen preparativos para la Navidad, para las grandes comidas, etcétera. Así sucede también entre nosotros. Pero, como habéis visto, las tradiciones populares de la fe no han desaparecido; más aún, se han renovado, profundizado, actualizado. Y, de este modo, crean islas para el alma, islas de silencio, islas de fe, islas para el Señor, en nuestro tiempo, y esto me parece muy importante. Y debemos dar gracias a todos los que lo hacen: lo hacen en las familias, en las iglesias, con grupos más o menos profesionales, pero todos hacen lo mismo: hacer presente la realidad de la fe en nuestras casas, en nuestro tiempo. Y esperamos que permanezca también en el futuro esta fuerza de la fe, su visibilidad, y que ayude a caminar, como quiere el Adviento, hacia el Señor.

Una vez más, gracias de todo corazón y que «Dios os recompense» por todo.

### ***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España***

*Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. Jueves, 8 de diciembre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas:*

La gran fiesta de María Inmaculada nos invita cada año a encontrarnos aquí, en una de las plazas más hermosas de Roma, para rendir homenaje a ella, a la Madre de Cristo y Madre nuestra. Con afecto os saludo a todos vosotros, aquí presentes, así como a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión. Y os agradezco vuestra coral participación en este acto de oración.

En la cima de la columna en torno a la cual estamos, María está representada por una estatua que, en parte, recuerda el pasaje del Apocalipsis que se acaba de proclamar: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (*Ap* 12, 1). ¿Cuál es el significado de esta imagen? Representa al mismo tiempo a la Virgen y a la Iglesia.

Ante todo, la «mujer» del Apocalipsis es María misma. Aparece «vestida de sol», es decir vestida de Dios: la Virgen María, en efecto, está totalmente rodeada de la luz de Dios y vive en Dios. Este símbolo del vestido luminoso expresa claramente una condición que atañe a todo el ser de María: Ella es la «llena de gracia», col-

mada del amor de Dios. Y «Dios es luz», dice también san Juan (*1 Jn* 1, 5). He aquí entonces que la «llena de gracia», la «Inmaculada» refleja con toda su persona la luz del «sol» que es Dios.

Esta mujer tiene bajo sus pies la luna, símbolo de la muerte y de la mortalidad. María, de hecho, está plenamente asociada a la victoria de Jesucristo, su Hijo, sobre el pecado y sobre la muerte; está libre de toda sombra de muerte y totalmente llena de vida. Como la muerte ya no tiene ningún poder sobre Jesús resucitado (cf. *Rm* 6, 9), así, por una gracia y un privilegio singular de Dios omnipotente, María la ha dejado tras de sí, la ha superado. Y esto se manifiesta en los dos grandes misterios de su existencia: al inicio, el haber sido concebida sin pecado original, que es el misterio que celebramos hoy; y, al final, el haber sido elevada en alma y cuerpo al cielo, a la gloria de Dios. Pero también toda su vida terrena fue una victoria sobre la muerte, porque la dedicó totalmente al servicio de Dios, en la oblación plena de sí a él y al prójimo. Por esto María es en sí misma un himno a la vida: es la criatura en la cual se ha realizado ya la palabra de Cristo: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

En la visión del Apocalipsis, hay otro detalle: sobre la cabeza de la mujer vestida de sol hay «una corona de doce estrellas». Este signo representa a las doce tribus de Israel y significa que la Virgen María está en el centro del Pueblo de Dios, de toda la comunión de los san-

tos. Y así esta imagen de la corona de doce estrellas nos introduce en la segunda gran interpretación del signo celestial de la «mujer vestida de sol»: además de representar a la Virgen, este signo simboliza a la Iglesia, la comunidad cristiana de todos los tiempos. Está encinta, en el sentido de que lleva en su seno a Cristo y lo debe alumbrar para el mundo: esta es la tribulación de la Iglesia peregrina en la tierra que, en medio de los consuelos de Dios y las persecuciones del mundo, debe llevar a Jesús a los hombres.

Y precisamente por esto, porque lleva a Jesús, la Iglesia encuentra la oposición de un feroz adversario, representado en la visión apocalíptica de «un gran dragón rojo» (*Ap* 12, 3). Este dragón trató en vano de devorar a Jesús -el «hijo varón, el que ha de pastorear a todas las naciones» (12, 5)-; en vano, porque Jesús, a través de su muerte y resurrección, subió hasta Dios y se sentó en su trono. Por eso, el dragón, vencido una vez para siempre en el cielo, dirige sus ataques contra la mujer -la Iglesia- en el desierto del mundo. Pero, en todas las épocas, la Iglesia es sostenida por la luz y la fuerza de Dios, que la alimenta en el desierto con el pan de su Palabra y de la santa Eucaristía. Y así, en toda tribulación, a través de todas las pruebas que encuentra a lo largo de los tiempos y en las diversas partes del mundo, la Iglesia sufre persecución pero resulta vencedora. Y precisamente de este modo la comunidad cristiana es la presencia, la garantía del amor de Dios contra todas las ideologías del odio y del egoísmo.



La única insidia que la Iglesia puede y debe temer es el pecado de sus miembros. En efecto, mientras María es Inmaculada, está libre de toda mancha de pecado, la Iglesia es santa, pero al mismo tiempo, marcada por nuestros pecados. Por esto, el pueblo de Dios, peregrino en el tiempo, se dirige a su Madre celestial y pide su ayuda; la solicita para que ella acompañe el camino de fe, para que aliente el compromiso de vida cristiana y para que sostenga la esperanza. Necesitamos su ayuda, sobre todo en este momento tan difícil para Italia, para Europa, para varias partes del mundo. Que María nos ayude a ver que hay una luz más allá de la capa de niebla que parece envolver la realidad. Por esto, también nosotros, especialmente en esta ocasión, no cesamos de pedir su ayuda con confianza filial: «Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti». *Ora pro nobis, intercede pro nobis ad Dominum Iesum Christum!*

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a la Curia Romana con motivo de  
las felicitaciones de Navidad***

*Sala Clementina. Jueves, 22 de diciembre de 2011*

*Señores Cardenales, Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Presbiterado, queridos hermanos y hermanas*

Vivimos hoy en un momento especialmente intenso. La santa Navidad está ya muy cerca y lleva a la gran familia de la Curia romana a reunirse

para este hermoso intercambio de felicitaciones, que conllevan el deseo recíproco de vivir con alegría y auténtico fruto espiritual la fiesta de Dios que se hizo carne y puso su morada entre nosotros (cf. *Jn* 1,14). Esta es para mí una ocasión no solo para expresar mi felicitación personal, sino también para manifestar a cada uno de vosotros mi agradecimiento y el de la Iglesia por vuestro generoso servicio; os ruego que lo transmitáis también a todos los colaboradores de nuestra gran familia. Doy las gracias de modo particular al Cardenal Decano, Angelo Sodano, que se ha hecho portavoz de los sentimientos de todos los presentes y de los que trabajan en las diferentes oficinas de la Curia, del Governatorato, incluidos los que desempeñan su ministerio en las Representaciones Pontificias repartidas por todo el mundo. Todos estamos comprometidos en que el anuncio que los ángeles proclamaron en la noche de Belén, «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (*Lc* 2,14), resuene en toda la tierra para llevar gozo y esperanza.

En este final del año, Europa se encuentra en una crisis económica y financiera que, en última instancia, se funda sobre la crisis ética que amenaza al Viejo Continente. Aunque no están en discusión algunos valores como la solidaridad, el compromiso por los demás, la responsabilidad por los pobres y los que sufren, falta con frecuencia, sin embargo, la fuerza que los motive, capaz de inducir a las personas y a los

grupos sociales a renuncias y sacrificios. El conocimiento y la voluntad no siguen siempre la misma pauta. La voluntad que defiende el interés personal oscurece el conocimiento, y el conocimiento debilitado no es capaz de fortalecer la voluntad. Por eso, de esta crisis surgen preguntas muy fundamentales: ¿Dónde está la luz que pueda iluminar nuestro conocimiento, no solo con ideas generales, sino con imperativos concretos? ¿Dónde está la fuerza que lleva hacia lo alto nuestra voluntad? Estas son preguntas a las que debe responder nuestro anuncio del Evangelio, la nueva evangelización, para que el mensaje llegue a ser acontecimiento, el anuncio se convierta en vida.

En efecto, el gran tema de este año, como también de los siguientes, es cómo anunciar el Evangelio. ¿De qué manera la fe, en cuanto fuerza viva y vital, puede llegar a ser hoy realidad? Todos los acontecimientos eclesiales del año que está por concluir han estado relacionados en definitiva con este tema. Se han realizado viajes a Croacia, a España, para la Jornada Mundial de la Juventud, a mi Patria, Alemania, y finalmente a África, Benín, para la entrega del Documento postsinodal sobre justicia, paz y reconciliación; un documento del que ha de nacer una realidad concreta en las diversas Iglesias particulares. Han sido inolvidables también los viajes a Venecia, a San Marino, a Ancona, para el Congreso eucarístico, y a Calabria. Y ha tenido lugar, en fin, la importante jornada del encuentro en-

tre las religiones y entre las personas en búsqueda de verdad y de paz en Asís; una jornada concebida como un nuevo impulso en la peregrinación hacia la verdad y la paz. La institución del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización nos remite anticipadamente al Sínodo que sobre el mismo tema tendrá lugar en el próximo año. También tiene que ver con ello el Año de la Fe, en recuerdo del comienzo del Concilio, hace cincuenta años. Cada uno de estos acontecimientos ha tenido su propio matiz. En Alemania, el país de origen de la Reforma, la cuestión ecuménica, con todas sus dificultades y esperanzas, ha tenido naturalmente una importancia particular. Indisolublemente unida a esto, hay siempre en el centro de las discusiones una pregunta: ¿Qué es una reforma de la Iglesia? ¿Cómo sucede? ¿Cuáles son sus caminos y sus objetivos? No solo los fieles creyentes, sino también otros ajenos, observan con preocupación cómo los que van regularmente a la iglesia son cada vez más ancianos y su número disminuye continuamente; cómo hay un estancamiento de las vocaciones al sacerdocio; cómo crecen el escepticismo y la incredulidad. ¿Qué debemos hacer entonces? Hay una infinidad de discusiones sobre lo que se debe hacer para invertir la tendencia. Y, ciertamente, es necesario hacer muchas cosas. Pero el hacer, por sí solo, no resuelve el problema. El núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una con-

vicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces.

En este sentido, el encuentro en África con la gozosa pasión por la fe ha sido de gran aliento. Allí no se percibía ninguna señal del cansancio de la fe, tan difundido entre nosotros, ningún tedio de ser cristianos, como se percibe cada vez más en nosotros. Con tantos problemas, sufrimientos y penas como hay ciertamente en África, siempre se experimentaba sin embargo la alegría de ser cristianos, de estar sostenidos por la felicidad interior de conocer a Cristo y de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones agobiantes de sufrimiento humano, para ponerse a su disposición, sin replegarse en el propio bienestar. Encontrar esta fe dispuesta al sacrificio, y precisamente alegre en ello, es una gran medicina contra el cansancio de ser cristianos que experimentamos en Europa.

La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, ha sido también una medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano, que quisiera intentar caracterizar en cinco puntos.

1. Primero, hay una nueva experiencia de la catolicidad, la universalidad

de la Iglesia. Esto es lo que ha impresionado de inmediato a los jóvenes y a todos los presentes: venimos de todos los continentes y, aunque nunca nos hemos visto antes, nos conocemos. Hablamos lenguas diversas y tenemos diferentes hábitos de vida, diferentes formas culturales y, sin embargo, nos encontramos de inmediato unidos, juntos como una gran familia. Se relativiza la separación y la diversidad exterior. Todos quedamos tocados por el único Señor Jesucristo, en el cual se nos ha manifestado el verdadero ser del hombre y, a la vez, el rostro mismo de Dios. Nuestras oraciones son las mismas. En virtud del encuentro interior con Jesucristo, hemos recibido en nuestro interior la misma formación de la razón, de la voluntad y del corazón. Y, en fin, la liturgia común constituye una especie de patria del corazón y nos une en una gran familia. El hecho de que todos los seres humanos sean hermanos y hermanas no es solo una idea, sino que aquí se convierte en una experiencia real y común que produce alegría. Y, así, hemos comprendido también de manera muy concreta que, no obstante todas las fatigas y la oscuridad, es hermoso pertenecer a la Iglesia universal, a la Iglesia católica, que el Señor nos ha dado.

2. De aquí nace después un modo nuevo de vivir el ser hombres, el ser cristianos. Una de las experiencias más importantes de aquellos días ha sido para mí el encuentro con los voluntarios de la Jornada Mundial de la Juventud: eran

alrededor de 20.000 jóvenes que, sin excepción, habían puesto a disposición semanas o meses de su vida para colaborar en los preparativos técnicos, organizativos y de contenido de la JMJ, y precisamente así habían hecho posible el desarrollo ordenado de todo el conjunto. Al dar su tiempo, el hombre da siempre una parte de la propia vida. Al final, estos jóvenes estaban visible y «tangiblemente» llenos de una gran sensación de felicidad: su tiempo que habían entregado tenía un sentido; precisamente en el dar su tiempo y su fuerza laboral habían encontrado el tiempo, la vida. Y entonces, algo fundamental se me ha hecho evidente: estos jóvenes habían ofrecido en la fe un trozo de vida, no porque había sido mandado o porque con ello se ganaba el cielo; ni siquiera porque así se evita el peligro del infierno. No lo habían hecho porque querían ser perfectos. No miraban atrás, a sí mismos. Me vino a la mente la imagen de la mujer de Lot que, mirando hacia atrás, se convirtió en una estatua de sal. Cuántas veces la vida de los cristianos se caracteriza por mirar sobre todo a sí mismos; hacen el bien, por decirlo así, para sí mismos. Y qué grande es la tentación de todos los hombres de preocuparse sobre todo de sí mismos, de mirar hacia atrás a sí mismos, convirtiéndose así interiormente en algo vacío, «estatuas de sal». Aquí, en cambio, no se trataba de perfeccionarse a sí mismos o de querer tener la propia vida para sí mismos. Estos jóvenes han hecho el bien –aun cuando ese hacer haya sido costoso, aunque haya supuesto sacrificios– simplemente porque hacer el bien

es algo hermoso, es hermoso ser para los demás. Solo se necesita atreverse a dar el salto. Todo eso ha estado precedido por el encuentro con Jesucristo, un encuentro que enciende en nosotros el amor por Dios y por los demás, y nos libera de la búsqueda de nuestro propio «yo». Una oración atribuida a san Francisco Javier dice: «Hago el bien no porque a cambio entraré en el cielo y ni siquiera porque, de lo contrario, me podrías enviar al infierno. Lo hago porque Tú eres Tú, mi Rey y mi Señor». También en África encontré esta misma actitud, por ejemplo en las religiosas de Madre Teresa que cuidan de los niños abandonados, enfermos, pobres y que sufren, sin preguntarse por sí mismas y, precisamente así, se hacen interiormente ricas y libres. Esta es la actitud propiamente cristiana. También ha sido inolvidable para mí el encuentro con los jóvenes discapacitados en la fundación San José, de Madrid, encontré de nuevo la misma generosidad de ponerse a disposición de los demás; una generosidad en el darse que, en definitiva, nace del encuentro con Cristo que se ha entregado a sí mismo por nosotros.

3. Un tercer elemento, que de manera cada vez más natural y central forma parte de las Jornadas Mundiales de la Juventud, y de la espiritualidad que proviene de ellas, es la adoración. Fue inolvidable para mí, durante mi viaje en el Reino Unido, el momento en Hydepark, en que decenas de miles de personas, en su mayoría jóvenes, respondieron con un intenso silencio a la

presencia del Señor en el Santísimo Sacramento, adorándolo. Lo mismo sucedió, de modo más reducido, en Zagreb, y de nuevo en Madrid, tras el temporal que amenazaba con estropear todo el encuentro nocturno, al no funcionar los micrófonos. Dios es omnipresente, sí. Pero la presencia corpórea de Cristo resucitado es otra cosa, algo nuevo. El Resucitado viene en medio de nosotros. Y entonces no podemos sino decir con el apóstol Tomás: «Señor mío y Dios mío». La adoración es ante todo un acto de fe: el acto de fe como tal. Dios no es una hipótesis cualquiera, posible o imposible, sobre el origen del universo. Él está allí. Y si él está presente, yo me inclino ante él. Entonces, razón, voluntad y corazón se abren hacia él, a partir de él. En Cristo resucitado, está presente el Dios que se ha hecho hombre, que sufrió por nosotros porque nos ama. Entramos en esta certeza del amor corpóreo de Dios por nosotros, y lo hacemos amando con él. Esto es adoración, y esto marcará después mi vida. Solo así puedo celebrar también la Eucaristía de modo adecuado y recibir rectamente el Cuerpo del Señor.

4. Otro elemento importante de las Jornadas Mundiales de la Juventud es la presencia del Sacramento de la Penitencia que, de modo cada vez más natural, forma parte del conjunto. Con eso, reconocemos que tenemos continuamente necesidad de perdón y que perdón significa responsabilidad. Existe en el hombre, proveniente del Creador, la disponibilidad a amar

y la capacidad de responder a Dios en la fe. Pero, proveniente de la historia pecaminosa del hombre (la doctrina de la Iglesia habla del pecado original), existe también la tendencia contraria al amor: la tendencia al egoísmo, al encerrarse en sí mismo, más aún, al mal. Mi alma se mancha una y otra vez por esta fuerza de gravedad que hay en mí, que me atrae hacia abajo. Por eso, necesitamos la humildad que siempre pide de nuevo perdón a Dios; que se deja purificar y que despierta en nosotros la fuerza contraria, la fuerza positiva del Creador, que nos atrae hacia lo alto.

5. Finalmente, como última característica que no hay que descuidar en la espiritualidad de las Jornadas Mundiales de la Juventud, quisiera mencionar la alegría. ¿De dónde viene? ¿Cómo se explica? Seguramente hay muchos factores que intervienen a la vez. Pero, según mi parecer, lo decisivo es la certeza que proviene de la fe: yo soy amado. Tengo un cometido en la historia. Soy aceptado, soy querido. Josef Pieper, en su libro sobre el amor, ha mostrado que el hombre puede aceptarse a sí mismo solo si es aceptado por algún otro. Tiene necesidad de que haya otro que le diga, y no solo de palabra: «Es bueno que tú existas». Solo a partir de un «tú», el «yo» puede encontrarse a sí mismo. Solo si es aceptado, el «yo» puede aceptarse a sí mismo. Quien no es amado ni siquiera puede amarse a sí mismo. Este ser acogido proviene sobre todo de otra persona. Pero toda acogida humana es frágil. A fin de cuentas, tenemos nece-

alidad de una acogida incondicionada. Solo si Dios me acoge, y estoy seguro de ello, sabré definitivamente: «Es bueno que yo exista». Es bueno ser una persona humana. Allí donde falta la percepción del hombre de ser acogido por parte de Dios, de ser amado por él, la pregunta sobre si es verdaderamente bueno existir como persona humana, ya no encuentra respuesta alguna. La duda acerca de la existencia humana se hace cada vez más insuperable. Cuando llega a ser dominante la duda sobre Dios, surge inevitablemente la duda sobre el mismo ser hombres. Hoy vemos cómo esta duda se difunde. Lo vemos en la falta de alegría, en la tristeza interior que se puede leer en tantos rostros humanos. Solo la fe me da la certeza: «Es bueno que yo exista». Es bueno existir como persona humana, incluso en tiempos difíciles. La fe alegra desde dentro. Ésta es una de las experiencias maravillosas de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

Nos llevaría muy lejos hablar ahora también del encuentro de Asís de manera detallada, como merecería la importancia del acontecimiento. Agradecemos sencillamente a Dios porque nosotros —representantes de las religiones del mundo y también representantes del pensamiento en búsqueda de la verdad— pudimos encontrarnos aquel día en un clima de amistad y de respeto recíproco, en el amor por la verdad y en la responsabilidad común por la paz. Podemos esperar que de este encuentro haya nacido una nueva disponibilidad para servir la paz, la reconciliación y la justicia.

Por último, quisiera agradecer de corazón a todos vosotros por el apoyo para llevar adelante la misión que el Señor nos ha confiado como testigos de su verdad, y os deseo a todos la alegría que Dios, en la encarnación de su Hijo, nos ha querido dar. Feliz Navidad a todos vosotros. Gracias.

## HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Visita Pastoral a la parroquia romana “Santa María de las Gracias”, en Casal Boccone***

*III Domingo de Adviento “Gaudete”,  
11 de diciembre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de Santa María de las Gracias:*

Hemos escuchado la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungiendo. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres... a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61, 1-2). Estas palabras, pronunciadas hace muchos siglos, resuenan muy actuales también para nosotros, hoy, mientras nos encontramos a mitad del Adviento y ya

cerca de la gran solemnidad de la Navidad. Son palabras que renuevan la esperanza, preparan para acoger la salvación del Señor y anuncian la inauguración de un tiempo de gracia y de liberación.

El Adviento es precisamente tiempo de espera, de esperanza y de preparación para la visita del Señor. A este compromiso, nos invitan también la figura y la predicación de Juan Bautista, como hemos escuchado en el Evangelio recién proclamado (cf. *Jn* 1, 6-8.19-28). Juan se retiró al desierto para llevar una vida muy austera y para invitar, también con su vida, a la gente a la conversión; confiere un bautismo de agua, un rito de penitencia único, que lo distingue de los múltiples ritos de purificación exterior de las sectas de la época. ¿Quién es, pues, este hombre? ¿Quién es Juan Bautista? Su respuesta refleja una humildad sorprendente. No es el Mesías, no es la luz. No es Elías que volvió a la tierra, ni el gran profeta esperado. Es el precursor, un simple testigo, totalmente subordinado a Aquel que anuncia; una voz en el desierto, como también hoy, en el desierto de las grandes ciudades de este mundo, de gran ausencia de Dios, necesitamos voces que simplemente nos anuncien: «Dios existe, está siempre cerca, aunque parezca ausente». Es una voz en el desierto y es un testigo de la luz; y esto nos conmueve el corazón, porque en este mundo con tantas tinieblas, tantas oscuridades, todos estamos llamados a ser testigos de la luz. Esta es precisamente la misión del tiempo de Adviento: ser testigos de la luz, y solo

podemos serlo si llevamos en nosotros la luz, si no solo estamos seguros de que la luz existe, sino que también hemos visto un poco de luz. En la Iglesia, en la Palabra de Dios, en la celebración de los Sacramentos, en el sacramento de la Confesión, con el perdón que recibimos, en la celebración de la santa Eucaristía, donde el Señor se entrega en nuestras manos y en nuestro corazón, tocamos la luz y recibimos esta misión: ser hoy testigos de que la luz existe, llevar la luz a nuestro tiempo.

Queridos hermanos y hermanas, me alegra mucho estar en medio de vosotros, en este hermoso domingo, «Gaudete», domingo de la alegría, que nos dice: «incluso en medio de tantas dudas y dificultades, la alegría existe porque Dios existe y está con nosotros». Saludo cordialmente al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector, a vuestro párroco, don Domenico Monteforte, a quien agradezco no solo las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros, sino también el hermoso regalo de la historia de la parroquia. Y saludo al vicario parroquial. Saludo asimismo a las comunidades religiosas: a las Hermanas Apóstoles de la Consolata, a las Maestras Pías Venerinas y a los Guanelianos; son una de las presencias valiosas en vuestra parroquia y un gran recurso espiritual y pastoral para la vida de la comunidad, testigos de luz. Saludo, además, a las personas comprometidas en el ámbito parroquial: me refiero a los catequistas -les agradezco su trabajo-, a los miembros del grupo de oración inspirado en la Re-

novación en el Espíritu Santo, a los jóvenes del movimiento Juventud Ardiente Mariana. Y quiero extender mi saludo a todos los habitantes del barrio, especialmente a los ancianos, a los enfermos, a las personas solas y a las que atraviesan dificultades, sin olvidar a la numerosa comunidad filipina que, bien insertada, participa activamente en los momentos fundamentales de la vida comunitaria.

Vuestra parroquia nació en uno de los barrios típicos del campo romano; fue erigida canónicamente en 1985 con este hermoso título de Santa María de las Gracias; dio sus primeros pasos en la década de 1960, cuando, por iniciativa de un grupo de padres dominicos, guiados por el recordado padre Gerard Reed, se preparó, en una habitación familiar, una pequeña capilla, sucesivamente trasladada a un local más grande, que desempeñó la función de iglesia parroquial hasta el año 2010, el año pasado. Como sabéis, ese año, exactamente el 1 de mayo, se tuvo la dedicación del edificio en el que estamos celebrando la Eucaristía. Esta nueva iglesia es un espacio privilegiado para crecer en el conocimiento y en el amor de Aquel a quien dentro de pocos días acogeremos con alegría en su Nacimiento. Mientras contemplo esta iglesia y los edificios parroquiales, veo el fruto de paciencia, de entrega, de amor, y con mi presencia deseo animaros a realizar cada vez mejor la Iglesia de piedras vivas que sois vosotros mismos; cada uno de vosotros debe sentirse como un elemento de este edificio vivo; la comunidad se construye con la

contribución que cada uno ofrece, con el compromiso de todos; y pienso, de modo especial, en los campos de la catequesis, la liturgia y la caridad, pilares fundamentales de la vida cristiana.

Vuestra comunidad es joven; lo he comprobado al saludar a vuestros niños. Es joven porque está constituida, sobre todo por lo que atañe a los nuevos asentamientos, por familias jóvenes, y también porque son numerosos los niños y los muchachos que la pueblan, gracias a Dios. Espero vivamente que, también mediante la contribución de personas competentes y generosas, vuestro compromiso educativo se desarrolle cada vez mejor y que vuestra parroquia, contando con la ayuda del Vicariato de Roma, se dote cuanto antes de un oratorio bien estructurado, con espacios adecuados para el juego y los encuentros, de modo que responda a las necesidades de crecimiento en la fe y en una sana sociabilidad para las generaciones jóvenes. Me alegra cuanto hacéis en la preparación de los muchachos y de los jóvenes para los Sacramentos. El desafío que afrontamos consiste en trazar y proponer un verdadero itinerario de formación en la fe, que implique a quienes se acercan a la iniciación cristiana, ayudándoles no solo a recibir los Sacramentos, sino también a vivirlos, para ser auténticos cristianos. Este objetivo, *recibir*, debe ser *vivir*, como hemos escuchado en la primera lectura: debe brotar la justicia como germina la semilla en la tierra. Vivir los Sacramentos: así brota la justicia y también el derecho y el amor.



A este propósito, la actual verificación pastoral diocesana, que atañe precisamente a la iniciación cristiana, es una ocasión propicia para profundizar y vivir los Sacramentos que hemos recibido, como el Bautismo y la Confirmación, y aquellos a los que recurrimos para alimentar el camino de fe, la Penitencia y la Eucaristía. Por esto, es necesaria, en primer lugar, la atención a la relación con Dios, mediante la escucha de su Palabra, la respuesta a la Palabra en la oración, y el don de la Eucaristía. Yo sé que, en la parroquia se han introducido encuentros de oración, de *lectio divina*, y que se tiene adoración eucarística: son iniciativas valiosas para el crecimiento espiritual a nivel personal y comunitario. Os exhorto encarecidamente a participar en ellos cada vez en mayor número. De modo especial, deseo recordar la importancia y la centralidad de la Eucaristía. La santa misa ha de ser el centro de vuestro domingo, que es preciso redescubrir y vivir como día de Dios y de la comunidad, día en el cual alabar y celebrar a Aquel que nació por nosotros, que murió y resucitó por nuestra salvación, y nos pide vivir juntos en la alegría y ser una comunidad abierta y dispuesta a acoger a todas las personas solas o que atraviesan dificultades. No perdáis el sentido del Domingo y sed fieles al encuentro eucarístico. Los primeros cristianos estaban dispuestos a dar la vida por esto. Sabían que esta es la vida, y hace vivir.

Al venir entre vosotros, no puedo ignorar que en vuestro territorio constituyen un gran desafío algunos grupos

religiosos que se presentan como depositarios de la verdad del Evangelio. A este respecto, siento el deber de recomendaros estar vigilantes y profundizar las razones de la fe y del Mensaje cristiano, tal como nos lo transmite con garantía de autenticidad la tradición milenaria de la Iglesia. Continúa la obra de evangelización con la catequesis y la correcta información sobre lo que cree y anuncia la Iglesia católica; presentad con claridad las verdades de la fe cristiana; como dice san Pedro, estad dispuestos «para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 P 3, 15); vivid el lenguaje comprensible a todos del amor y la fraternidad, pero sin olvidar el compromiso de purificar y reforzar vuestra fe frente a los peligros y a las insidias que pueden amenazarla en estos tiempos. Superad los límites del individualismo, de encerraros en vosotros mismos; la fascinación del relativismo, según el cual se considera lícito todo comportamiento; la atracción que ejercen formas de sentimiento religioso que exploran las necesidades y las aspiraciones más profundas del alma humana, proponiendo perspectivas de satisfacciones fáciles, pero ilusorias. La fe es un don de Dios, pero que pide nuestra respuesta, la decisión de seguir a Cristo no solo cuando cura y alivia, sino también cuando habla de amor hasta la entrega de sí mismos.

Otro punto en el que quiero insistir es el testimonio de la caridad, que debe caracterizar vuestra vida de comunidad. En estos años, la habéis visto cre-

cer rápidamente también en el número de sus miembros, pero asimismo habéis visto llegar a muchas personas en dificultades o en situaciones de necesidad, que necesitan de vosotros, de vuestra ayuda material, pero también y sobre todo de vuestra fe y de vuestro testimonio de creyentes. Haced que el rostro de vuestra comunidad exprese siempre concretamente el amor de Dios rico en misericordia y que invite a acudir a él con confianza.

Una palabra especial de afecto y amistad quiero dirigiros a vosotros, queridos muchachos, muchachas y jóvenes que me escucháis, así como a vuestros coetáneos que viven en esta parroquia. El hoy y el mañana de la historia, así como el futuro de la fe, están encomendados de modo especial a vosotros, que sois las nuevas generaciones. La Iglesia espera mucho de vuestro entusiasmo, de vuestra capacidad de mirar hacia adelante, de estar animados por ideales, y de vuestro deseo de radicalidad en las opciones de vida. La parroquia os acompaña y quiero que sintáis también mi apoyo.

«Hermanos, estad siempre alegres» (1 Ts 5, 16). Esta invitación a la alegría, dirigida por san Pablo a los cristianos de Tesalónica en aquel tiempo, caracteriza también a este domingo, llamado comúnmente «Gaudete». Esta invitación resuena desde las primeras palabras de la antífona de entrada: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. El Señor está cerca»; así

escribe san Pablo desde la cárcel a los cristianos de Filipos (cf. Flp 4, 4-5) y nos lo dice también a nosotros. Sí, nos alegramos porque el Señor está cerca y dentro de pocos días, en la noche de Navidad, celebraremos el misterio de su Nacimiento. María, la primera en escuchar la invitación del ángel: «Alégrate, llena de gracia: el Señor está contigo» (Lc 1, 28), nos señala el camino para alcanzar la verdadera alegría, la que proviene de Dios. Santa María de las Gracias, Madre del Divino Amor, ruega por todos nosotros. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
durante la Santa Misa por  
América Latina con motivo de las  
celebraciones por el Bicentenario  
de Independencia de los países  
latinoamericanos y del Caribe***

*Solemnidad de Nuestra Señora de  
Guadalupe. Basilica Vaticana, 12 de oc-  
tubre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas:*

«La tierra ha dado su fruto» (Sal 66,7). En esta imagen del salmo que hemos escuchado, en el que se invita a todos los pueblos y naciones a alabar con júbilo al Señor que nos salva, los Padres de la Iglesia han sabido reconocer a la Virgen María y a Cristo, su Hijo: «La tierra es santa María, la cual viene de nuestra tierra, de nuestro linaje, de este barro, de

este fango, de Adán [...]. La tierra ha dado su fruto: primero produjo una flor [...]; luego esa flor se convirtió en fruto, para que pudiéramos comerlo, para que comiéramos su carne. ¿Queréis saber cuál es ese fruto? Es el Virgen que procede de la Virgen; el Señor, de la esclava; Dios, del hombre; el Hijo, de la Madre; el fruto, de la tierra» (S. Jerónimo, *Breviarum in Psalm.* 66: PL 26,1010-1011). También nosotros hoy, exultando por el fruto de esta tierra, decimos: «Que te alaben, Señor, todos los pueblos» (*Sal* 66,4. 6). Proclamamos el don de la redención alcanzada por Cristo, y en Cristo, reconocemos su poder y majestad divina.

Animado por estos sentimientos, saludo con afecto fraterno a los señores cardenales y obispos que nos acompañan, a las diversas representaciones diplomáticas, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a los grupos de fieles congregados en esta Basílica de San Pedro para celebrar con gozo la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, Madre y Estrella de la Evangelización de América. Tengo igualmente presentes a todos los que se unen espiritualmente y oran a Dios con nosotros por los diversos países latinoamericanos y del Caribe, muchos de los cuales durante este tiempo festejan el Bicentenario de su independencia, y que, más allá de los aspectos históricos, sociales y políticos de los hechos, renuevan al Altísimo la gratitud por el gran don

de la fe recibida, una fe que anuncia el Misterio redentor de la muerte y resurrección de Jesucristo, para que todos los pueblos de la tierra en Él tengan vida. El Sucesor de Pedro no podía dejar pasar esta efeméride sin hacer presente la alegría de la Iglesia por los copiosos dones que Dios en su infinita bondad ha derramado durante estos años en esas amadísimas naciones, que tan entrañablemente invocan a María Santísima.

La venerada imagen de la Morenita del Tepeyac, de rostro dulce y sereno, impresa en la tilma del indio san Juan Diego, se presenta como «la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive» (*De la lectura del Oficio. Nicán Mopohua*, 12ª ed., México, D.F., 1971, 3-19). Ella evoca a la «mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, que está encinta» (*Ap* 12,1-2) y señala la presencia del Salvador a su población indígena y mestiza. Ella nos conduce siempre a su divino Hijo, el cual se revela como fundamento de la dignidad de todos los seres humanos, como un amor más fuerte que las potencias del mal y la muerte, siendo también fuente de gozo, confianza filial, consuelo y esperanza.

*O Magnificat*, que proclamamos no Evangelho, é «o cântico da Mãe de Deus e o da Igreja, cântico da Filha de Sião e do novo Povo de Deus, cân-

tico de ação de graças pela plenitude de graças distribuídas na Economia da salvação, cântico dos “pobres”, cuja esperança é satisfeita pela realização das promessas feitas a nossos pais» (*Catecismo da Igreja Católica*, 2619). Em um gesto de reconhecimento ao seu Senhor e de humildade da sua serva, a Virgem Maria eleva a Deus o louvor por tudo o que Ele fez em favor do seu povo Israel. Deus é Aquele que merece toda a honra e glória, o Poderoso que fez maravilhas por sua fiel servidora e que hoje continua mostrando o seu amor por todos os homens, particularmente aqueles que enfrentam duras provas.

«Mira que tu Rey viene hacia ti; Él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno» (*Zc 9,9*), hemos escuchado en la primera lectura. Desde la encarnación del Verbo, el Misterio divino se revela en el acontecimiento de Jesucristo, que es contemporáneo a toda persona humana en cualquier tiempo y lugar por medio de la Iglesia, de la que María es Madre y modelo. Por eso, nosotros podemos hoy continuar alabando a Dios por las maravillas que ha obrado en la vida de los pueblos latinoamericanos y del mundo entero, manifestando su presencia en el Hijo y la efusión de su Espíritu como novedad de vida personal y comunitaria. Dios ha ocultado estas cosas a «sabios y entendidos», dándolas a conocer a los pequeños, a los humildes, a los sencillos de corazón (cf. *Mt 11,25*).

Por su «sí» a la llamada de Dios, la Virgen María manifiesta entre los hombres el amor divino. En este sentido, Ella, con sencillez y corazón de madre, sigue indicando la única Luz y la única Verdad: su Hijo Jesucristo, que «es la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano» (Exhort. Ap. postsinodal *Ecclesia in America*, 10). Asimismo, Ella «continúa alcanzándonos por su constante intercesión los dones de la eterna salvación. Con amor maternal, cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz» (*Lumen gentium*, 62).

Actualmente, mientras se conmemora en diversos lugares de América Latina el Bicentenario de su independencia, el camino de la integración en ese querido continente avanza, a la vez que se advierte su nuevo protagonismo emergente en el concierto mundial. En estas circunstancias, es importante que sus diversos pueblos salvaguarden su rico tesoro de fe y su dinamismo histórico-cultural, siendo siempre defensores de la vida humana desde su concepción hasta su ocaso natural y promotores de la paz; han de tutelar igualmente la familia en su genuina naturaleza y misión, intensificando al mismo tiempo una vasta y capilar tarea educativa que prepare

rectamente a las personas y las haga conscientes de sus capacidades, de modo que afronten digna y responsablemente su destino. Están llamados asimismo a fomentar cada vez más iniciativas acertadas y programas efectivos que propicien la reconciliación y la fraternidad, incrementen la solidaridad y el cuidado del medio ambiente, vigorizando a la vez los esfuerzos para superar la miseria, el analfabetismo y la corrupción y erradicar toda injusticia, violencia, criminalidad, inseguridad ciudadana, narcotráfico y extorsión.

Cuando la Iglesia se preparaba para recordar el quinto centenario de la plantatio de la Cruz de Cristo en la buena tierra del continente americano, el beato Juan Pablo II formuló en su suelo, por primera vez, el programa de una evangelización nueva, nueva «en su ardor, en sus métodos, en su expresión» (cf. *Discurso a la Asamblea del CELAM*, 9 marzo 1983, III: AAS 75, 1983, 778). Desde mi responsabilidad de confirmar en la fe, también yo deseo animar el afán apostólico que actualmente impulsa y pretende la «misión continental» promovida en Aparecida, para que «la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante y encuentro vivificante con Cristo» (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo*, 13). Así se multiplicarán los auténticos discípulos y

misioneros del Señor y se renovará la vocación de Latinoamérica y el Caribe a la esperanza. Que la luz de Dios brille, pues, cada vez más en la faz de cada uno de los hijos de esa amada tierra y que su gracia redentora oriente sus decisiones, para que continúen avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia. Con estos vivos deseos, y sostenido por el auxilio de la providencia divina, tengo la intención de emprender un Viaje apostólico antes de la santa Pascua a México y Cuba, para proclamar allí la Palabra de Cristo y se afiance la convicción de que éste es un tiempo precioso para evangelizar con una fe recia, una esperanza viva y una caridad ardiente.

Encomiendo todos estos propósitos a la amorosa mediación de Santa María de Guadalupe, nuestra Madre del cielo, así como los actuales destinos de las naciones latinoamericanas y caribeñas y el camino que están recorriendo hacia un mañana mejor. Invoco igualmente sobre ellas la intercesión de tantos santos y beatos que el Espíritu ha suscitado a lo largo y ancho de la historia de ese continente, ofreciendo modelos heroicos de virtudes cristianas en la diversidad de estados de vida y de ambientes sociales, para que su ejemplo favorezca cada vez más una nueva evangelización bajo la mirada de Cristo, Salvador del hombre y fuerza de su vida.

Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la celebración de las Vísperas con  
los estudiantes de las universidades  
romanas***

Basílica de San Pedro, Vaticano.  
Jueves, 15 de diciembre de 2011

«*Sed contantes, hermanos, hasta la venida del Señor*» (St 5,7)

Con estas palabras, el Apóstol Santiago nos indica la actitud interior para prepararnos a escuchar y a acoger de nuevo el anuncio del nacimiento del Redentor en la cueva de Belén, misterio inefable de luz, de amor y de gracia. A vosotros, queridos universitarios de Roma, con los que tengo la alegría de reunirme en esta cita tradicional, dirijo con afecto mi saludo: os acojo en proximidad de la santa Navidad, con vuestros deseos, vuestras esperanzas, vuestras preocupaciones; y saludo también a la comunidad académica que vosotros representáis. Agradezco al rector magnífico, el profesor Massimo Egidi, las corteses palabras que me ha dirigido en vuestro nombre, y con las que ha evidenciado la delicada misión del profesor universitario. Saludo con gran cordialidad al ministro para la Universidad, el profesor Francesco Profumo, y a las autoridades académicas de los distintos ateneos.

Queridos amigos, Santiago nos exhorta a imitar al agricultor, que “espera con constancia el precioso fruto de la tierra” (St 5,7). A vosotros que vivís

en el corazón del ambiente cultural y social de nuestro tiempo, que experimentáis con las nuevas y cada vez más refinadas tecnologías, que sois protagonistas de una dinámica histórica que, a veces, parece abrumadora, la invitación del Apóstol puede parecer anacrónica, casi una invitación para salir de la historia, a no desear ver los frutos de vuestro trabajo, de vuestra búsqueda. ¿Pero es realmente así? La invitación a la espera de Dios ¿está fuera de nuestra época? Y una vez más, podemos preguntarnos con radicalidad: ¿Qué significa para mí la Navidad?, ¿es realmente importante para mi existencia, para la construcción de la sociedad?

Son muchas, en nuestra época, las personas, especialmente las que vosotros encontráis en las aulas universitarias; que ponen voz a la pregunta de si debemos esperar algo o a alguien; si debemos esperar a otro mesías, a otro dios; si vale la pena confiar en aquel Niño que en la noche de Navidad encontramos en el pesebre entre José y María.

La exhortación del Apóstol a la constancia paciente, que, en nuestro tiempo, podría dejar un poco perplejo, es, en realidad, el camino para acoger en profundidad la cuestión de Dios, el sentido que tiene en la vida y en la historia, porque es en la paciencia, en la fidelidad y en la constancia de la búsqueda de Dios, de la apertura a Él, donde Él revela su rostro. No necesitamos un dios genérico, indefinido, sino

un Dios vivo y verdadero, que abra el horizonte del futuro del hombre a una perspectiva de esperanza firme y segura, una esperanza rica de eternidad y que permita afrontar con valentía el presente en todos sus aspectos. Deberíamos decir entonces: ¿dónde puedo buscar el verdadero Rostro de este Dios? O mejor todavía: ¿Dónde Dios se encuentra conmigo mostrándome su Rostro, revelándome su misterio, entrando en mi historia?

Queridos amigos, la invitación de Santiago «Sed contantes, hermanos, hasta la venida del Señor», nos recuerda que la certeza de la gran esperanza del mundo se nos da y que no estamos solos y que no construimos nuestra historia en soledad. Dios no está lejos del hombre, sino que se ha inclinado hacia él y se ha hecho carne (*Jn 1,14*), para que el hombre comprenda donde reside el sólido fundamento de todo, el cumplimiento de sus aspiraciones más profundas: en Cristo (cfr *Exhort. ap. postsin. Verbum Domini*, 10). La paciencia es la virtud de los que se confían a esta presencia en la historia, que no se dejan vencer por la tentación de poner la esperanza en lo inmediato, en perspectivas puramente horizontales, en proyectos técnicamente perfectos, pero lejos de la realidad más profunda, la que da la dignidad más alta a la persona humana: la dimensión trascendente, el ser criatura a imagen y semejanza de Dios, el llevar en el corazón el deseo de elevarse hacia Él.

Hay otro aspecto que quisiera destacar esta tarde. Santiago nos ha dicho: “Mirad al agricultor: este espera con constancia” (5,7). Dios, en la Encarnación del Verbo, en la encarnación de su Hijo, experimentó el tiempo del hombre, de su crecimiento, de su hacer en la historia. Este Niño es el signo de la paciencia de Dios, que, en primer lugar, es paciente, constante, fiel a su amor hacia nosotros; Él es el verdadero “agricultor” de la historia, que sabe esperar. ¡Cuántas veces los hombres han intentado construir el mundo solos, sin o contra Dios! El resultado está marcado por el drama de las ideologías que, al final, se ha demostrado que van contra el hombre y su dignidad profunda. La constante paciencia en la construcción de la historia, tanto a nivel personal como comunitario, no se identifica con la tradicional virtud de la prudencia, de la que ciertamente se tiene necesidad, sino que es algo más grande y complejo. Ser constantes y pacientes significa aprender a construir la historia con Dios, porque solo edificando sobre Él y con Él la construcción está bien fundada, no instrumentalizada para fines ideológicos, sino verdaderamente digna del hombre.

Esta tarde reencendemos de una forma más luminosa la esperanza de nuestros corazones, porque la Palabra de Dios nos recuerda que la venida del Señor está cerca, incluso el Señor está con nosotros y es posible construir con Él. En la gruta de Belén la sole-

dad del hombre está vencida, nuestra existencia ya no está abandonada a las fuerzas impersonales de los procesos naturales e históricos, nuestra casa puede ser construida en la roca: nosotros podemos proyectar nuestra historia, la historia de la humanidad, no en la utopía sino en la certeza de que el Dios de Jesucristo está presente y nos acompaña.

Queridos amigos universitarios, corramos con alegría hacia Belén, acojamos en nuestros brazos al Niño que María y José nos presentarán. Volvamos a partir de Él y con Él, afrontando todas las dificultades. A cada uno de vosotros el Señor os pide que colaboréis en la construcción de la ciudad del hombre, conjugando de un modo serio y apasionado la fe y la cultura. Por esto os invito a buscar siempre, con paciente constancia, el verdadero Rostro de Dios, ayudados por el camino pastoral que se os propone en este año académico. Buscar el Rostro de Dios es la aspiración profunda de nuestro corazón y es también la respuesta a la cuestión fundamental que va emergiendo cada vez más en la sociedad contemporánea. Vosotros, queridos amigos universitarios, sabed que la Iglesia de Roma, con la guía sabia y atenta del cardenal vicario y de vuestros capellanes, está cerca de vosotros. Demos gracias al Señor, porque, como se ha recordado, hace veinte años el Beato Juan Pablo II instituyó la Oficina de pastoral universitaria a servicio de

la comunidad académica de Roma. El trabajo desarrollado promovió el nacimiento y el desarrollo de las Capellanías para alcanzar una red bien organizada, donde las propuestas formativas de los distintos Ateneos, estatales, privados, católicos y pontificios pueden contribuir a la elaboración de una cultura al servicio del crecimiento integral del hombre.

Al final de esta Liturgia, el Icono de la Sedes Sapientiae será entregado por la delegación universitaria española a la de la Universidad La Sapienza de Roma. Iniciará la peregrinatio mariana en las capellanías, que acompañaré con la oración. Sabed que el papa confía en vosotros y en vuestro testimonio de fidelidad y de compromiso apostólico.

Queridos amigos, esta tarde nos apresuramos unidos con confianza en nuestro camino hacia Belén, llevando con nosotros las esperanzas de nuestros hermanos, para que todos podamos encontrar al Verbo de la vida y confiarnos a Él. Es el augurio que dirijo a la comunidad académica romana: llevar a todos el anuncio de que el verdadero rostro de Dios está en el Niño de Belén, tan cercano a cada uno de nosotros, porque Él es el Dios paciente y fiel, que sabe esperar y respetar nuestra libertad. A Él, esta tarde, queremos confesar con confianza el deseo más profundo de nuestro corazón: «Yo busco tu rostro, Señor, ¡ven, no tardes!» Amén.



***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la solemnidad de la Natividad  
del Señor***

*Basilica Vaticana. 24 de diciembre de  
2011*

*Queridos hermanos y hermanas*

La lectura que acabamos de escuchar, tomada de la Carta de san Pablo Apóstol a Tito, comienza solemnemente con la palabra *apparuit*, que también encontramos en la lectura de la Misa de la aurora: *apparuit – ha aparecido*. Esta es una palabra programática, con la cual la Iglesia quiere expresar de manera sintética la esencia de la Navidad. Antes, los hombres habían hablado y creado imágenes humanas de Dios de muchas maneras. Dios mismo había hablado a los hombres de diferentes modos (cf. *Hb* 1,1: Lectura de la Misa del día). Pero ahora ha sucedido algo más: Él ha aparecido. Se ha mostrado. Ha salido de la luz inaccesible en la que habita. Él mismo ha venido entre nosotros. Para la Iglesia antigua, esta era la gran alegría de la Navidad: Dios se ha manifestado. Ya no es solo una idea, algo que se ha de intuir a partir de las palabras. Él «ha aparecido». Pero ahora nos preguntamos: ¿Cómo ha aparecido? ¿Quién es él realmente? La lectura de la Misa de la aurora dice a este respecto: «Ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre» (*Ti* 3,4). Para los hombres de la época precristiana, que ante los horrores y las contradicciones del mundo temían que Dios no fuera

bueno del todo, sino que podría ser sin duda también cruel y arbitrario, esto era una verdadera «epifanía», la gran luz que se nos ha aparecido: Dios es pura bondad. Y también hoy, quienes ya no son capaces de reconocer a Dios en la fe se preguntan si el último poder que funda y sostiene el mundo es verdaderamente bueno, o si acaso el mal es tan potente y originario como el bien y lo bello, que en algunos momentos luminosos encontramos en nuestro cosmos. «Ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre»: ésta es una nueva y consoladora certidumbre que se nos da en Navidad.

En las tres misas de Navidad, la liturgia cita un pasaje del libro del profeta Isaías, que describe más concretamente aún la epifanía que se produjo en Navidad: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva al hombro el principado, y es su nombre: Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre perpetuo, Príncipe de la paz. Para dilatar el principado con una paz sin límites» (*Is* 9,5s). No sabemos si el profeta pensaba con esta palabra en algún niño nacido en su época. Pero parece imposible. Este es el único texto en el Antiguo Testamento en el que se dice de un niño, de un ser humano, que su nombre será Dios fuerte, Padre para siempre. Nos encontramos ante una visión que va, mucho más allá del momento histórico, hacia algo misterioso que pertenece al futuro. Un niño, en toda su debilidad, es Dios poderoso. Un niño, en toda su indigencia y de-

pendencia, es Padre perpetuo. Y la paz será «sin límites». El profeta se había referido antes a esto hablando de «una luz grande» y, a propósito de la paz venidera, había dicho que la vara del opresor, la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada de sangre serían pasto del fuego (cf. *Is* 9,1.3-4).

Dios se ha manifestado. Lo ha hecho como niño. Precisamente así se contrapone a toda violencia y lleva un mensaje que es paz. En este momento en que el mundo está constantemente amenazado por la violencia en muchos lugares y de diversas maneras; en el que siempre hay de nuevo varas del opresor y túnicas ensangrentadas, clamemos al Señor: Tú, el Dios poderoso, has venido como niño y te has mostrado a nosotros como el que nos ama y mediante el cual el amor vencerá. Y nos has hecho comprender que, junto a ti, debemos ser constructores de paz. Amamos tu ser niño, tu no-violencia, pero sufrimos porque la violencia continúa en el mundo, y por eso también te rogamos: Demuestra tu poder, ¡oh Dios! En este nuestro tiempo, en este mundo nuestro, haz que las varas del opresor, las túnicas llenas de sangre y las botas estrepitosas de los soldados sean arrojadas al fuego, de manera que tu paz venza en este mundo nuestro.

La Navidad es Epifanía: la manifestación de Dios y de su gran luz en un niño que ha nacido para nosotros. Nacido en un establo en Belén, no en los palacios de los reyes. Cuando Francis-

co de Asís celebró la Navidad en Greccio, en 1223, con un buey y una mula y un pesebre con paja, se hizo visible una nueva dimensión del misterio de la Navidad. Francisco de Asís llamó a la Navidad «la fiesta de las fiestas» – más que todas las demás solemnidades – y la celebró con «inefable fervor» (2 *Celano*, 199: *Fonti Francescane*, 787). Besaba con gran devoción las imágenes del Niño Jesús y balbuceaba palabras de dulzura como hacen los niños, nos dice Tomás de Celano (*ibid.*). Para la Iglesia antigua, la fiesta de las fiestas era la Pascua: en la resurrección, Cristo había abatido las puertas de la muerte y, de este modo, había cambiado radicalmente el mundo: había creado para el hombre un lugar en Dios mismo. Pues bien, Francisco no ha cambiado, no ha querido cambiar esta jerarquía objetiva de las fiestas, la estructura interna de la fe con su centro en el misterio pascual. Sin embargo, por él y por su manera de creer, ha sucedido algo nuevo: Francisco ha descubierto la humanidad de Jesús con una profundidad completamente nueva. Este ser hombre por parte de Dios se le hizo del todo evidente en el momento en que el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, fue envuelto en pañales y acostado en un pesebre. La resurrección presupone la encarnación. El Hijo de Dios como niño, como un verdadero hijo de hombre, es lo que conmovió profundamente el corazón del Santo de Asís, transformando la fe en amor. «Ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre»: esta frase de san Pablo adquiriría así una hondura

del todo nueva. En el niño en el establo de Belén, se puede, por decirlo así, tocar a Dios y acariciarlo. De este modo, el año litúrgico ha recibido un segundo centro en una fiesta que es, ante todo, una fiesta del corazón.

Todo eso no tiene nada de sensible-ría. Precisamente en la nueva experiencia de la realidad de la humanidad de Jesús se revela el gran misterio de la fe. Francisco amaba a Jesús, al niño, porque en este ser niño se le hizo clara la humildad de Dios. Dios se ha hecho pobre. Su Hijo ha nacido en la pobreza del establo. En el niño Jesús, Dios se ha hecho dependiente, necesitado del amor de personas humanas, a las que ahora puede pedir su amor, nuestro amor. La Navidad se ha convertido hoy en una fiesta de los comercios, cuyas luces destellantes esconden el misterio de la humildad de Dios, que nos invita a la humildad y a la sencillez. Roguemos al Señor que nos ayude a atravesar con la mirada las fachadas deslumbrantes de este tiempo hasta encontrar detrás de ellas al niño en el establo de Belén, para descubrir así la verdadera alegría y la verdadera luz.

Francisco hacía celebrar la santa Eucaristía sobre el pesebre que estaba entre el buey y la mula (cf. *1 Celano*, 85: *Fonti*, 469). Posteriormente, sobre este pesebre, se construyó un altar para que, allí donde un tiempo los animales comían paja, los hombres pudieran ahora recibir, para la salvación del alma y del cuerpo, la carne del Cordero in-

maculado, Jesucristo, como relata Celano (cf. *1 Celano*, 87: *Fonti*, 471). En la Noche santa de Greccio, Francisco cantaba personalmente en cuanto diácono con voz sonora el Evangelio de Navidad. Gracias a los espléndidos cantos navideños de los frailes, la celebración parecía toda una explosión de alegría (cf. *1 Celano*, 85 y 86: *Fonti*, 469 y 470). Precisamente el encuentro con la humildad de Dios se transformaba en alegría: su bondad crea la verdadera fiesta.

Quien quiere entrar hoy en la iglesia de la Natividad de Jesús, en Belén, descubre que el portal, que un tiempo tenía cinco metros y medio de altura, y por el que los emperadores y los califas entraban al edificio, ha sido en gran parte tapiado. Ha quedado solamente una pequeña abertura de un metro y medio. La intención fue probablemente proteger mejor la iglesia contra eventuales asaltos pero, sobre todo, evitar que se entrara a caballo en la casa de Dios. Quien desea entrar en el lugar del nacimiento de Jesús, tiene que inclinarse. Me parece que, en eso, se manifiesta una cercanía más profunda, de la cual queremos dejarnos conmover en esta Noche santa: si queremos encontrar al Dios que ha aparecido como niño, hemos de apearnos del caballo de nuestra razón «ilustrada». Debemos deponer nuestras falsas certezas, nuestra soberbia intelectual, que nos impide percibir la proximidad de Dios. Hemos de seguir el camino interior de san Francisco: el camino

hacia esa extrema sencillez exterior e interior que hace al corazón capaz de ver. Debemos bajarnos, ir espiritualmente a pie, por decirlo así, para poder entrar por el portal de la fe y encontrar a Dios, que es diferente de nuestros prejuicios y nuestras opiniones: el Dios que se oculta en la humildad de un niño recién nacido. Celebremos así la liturgia de esta Noche santa y renunciemos a la obsesión por lo que es material, mensurable y tangible. De-

jemos que nos haga sencillos ese Dios que se manifiesta al corazón que se ha hecho sencillo. Y pidamos también en esta hora ante todo por cuantos tienen que vivir la Navidad en la pobreza, en el dolor, en la condición de emigrantes, para que aparezca ante ellos un rayo de la bondad de Dios; para que les llegue a ellos y a nosotros esa bondad que Dios, con el nacimiento de su Hijo en el establo, ha querido traer al mundo. Amén.

## MENSAJES

### *Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la celebración de la XLV Jornada Mundial de la Paz el 1 de enero de 2012*

#### *Educar a los jóvenes en la justicia y la paz*

1. El comienzo de un Año nuevo, don de Dios a la humanidad, es una invitación a desear a todos, con mucha confianza y afecto, que este tiempo que tenemos por delante esté marcado por la justicia y la paz.

¿Con qué actitud debemos mirar el nuevo año? En el salmo 130 encontramos una imagen muy bella. El salmista dice que el hombre de fe aguarda al Señor «más que el centinela la aurora» (v. 6), lo aguarda con una sólida esperanza, porque sabe que traerá luz, misericordia, salvación. Esta espera nace

de la experiencia del pueblo elegido, el cual reconoce que Dios lo ha educado para mirar el mundo en su verdad y a no dejarse abatir por las tribulaciones. Os invito a abrir el año 2012 con dicha actitud de confianza. Es verdad que en el año que termina ha aumentado el sentimiento de frustración por la crisis que agobia a la sociedad, al mundo del trabajo y la economía; una crisis cuyas raíces son sobre todo culturales y antropológicas. Parece como si un manto de oscuridad hubiera descendido sobre nuestro tiempo y no dejara ver con claridad la luz del día.

En esta oscuridad, sin embargo, el corazón del hombre no cesa de esperar la aurora de la que habla el salmista. Se percibe de manera especialmente viva y visible en los jóvenes, y por esa razón me dirijo a ellos teniendo en cuenta la

aportación que pueden y deben ofrecer a la sociedad. Así pues, quisiera presentar el Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz en una perspectiva educativa: «*Educación a los jóvenes en la justicia y la paz*», convencido de que ellos, con su entusiasmo y su impulso hacia los ideales, pueden ofrecer al mundo una nueva esperanza.

Mi mensaje se dirige también a los padres, las familias y a todos los estamentos educativos y formativos, así como a los responsables en los distintos ámbitos de la vida religiosa, social, política, económica, cultural y de la comunicación. Prestar atención al mundo juvenil, saber escucharlo y valorarlo, no es solo una oportunidad, sino un deber primario de toda la sociedad, para la construcción de un futuro de justicia y de paz.

Se ha de transmitir a los jóvenes el aprecio por el valor positivo de la vida, suscitando en ellos el deseo de gastarla al servicio del bien. Este es un deber en el que todos estamos comprometidos en primera persona.

Las preocupaciones manifestadas en estos últimos tiempos por muchos jóvenes en diversas regiones del mundo expresan el deseo de mirar con fundada esperanza el futuro. En la actualidad, muchos son los aspectos que les preocupan: el deseo de recibir una formación que los prepare con más profundidad a afrontar la realidad, la dificultad de formar una familia y encontrar un

puesto estable de trabajo, la capacidad efectiva de contribuir al mundo de la política, de la cultura y de la economía, para edificar una sociedad con un rostro más humano y solidario.

Es importante que estos fermentos, y el impulso idealista que contienen, encuentren la justa atención en todos los sectores de la sociedad. La Iglesia mira a los jóvenes con esperanza, confía en ellos y los anima a buscar la verdad, a defender el bien común, a tener una perspectiva abierta sobre el mundo y ojos capaces de ver «cosas nuevas» (Is 42,9; 48,6).

### ***Los responsables de la educación***

2. La educación es la aventura más fascinante y difícil de la vida. Educar —que viene de *educere* en latín— significa conducir fuera de sí mismos para introducirlos en la realidad, hacia una plenitud que hace crecer a la persona. Ese proceso se nutre del encuentro de dos libertades, la del adulto y la del joven. Requiere la responsabilidad del discípulo, que ha de estar abierto a dejarse guiar al conocimiento de la realidad, y la del educador, que debe de estar dispuesto a darse a sí mismo. Por eso, los testigos auténticos, y no simples dispensadores de reglas o informaciones, son más necesarios que nunca; testigos que sepan ver más lejos que los demás, porque su vida abarca espacios más amplios. El testigo es el primero en vivir el camino que propone.

¿Cuáles son los lugares donde madura una verdadera educación en la paz y en la justicia? Ante todo la familia, puesto que los padres son los primeros educadores. La familia es la célula originaria de la sociedad. «En la familia, es donde los hijos aprenden los valores humanos y cristianos que permiten una convivencia constructiva y pacífica. En la familia, es donde se aprende la solidaridad entre las generaciones, el respeto de las reglas, el perdón y la acogida del otro»[1]. Ella es la primera escuela donde se recibe educación para la justicia y la paz.

Vivimos en un mundo en el que la familia, y también la misma vida, se ven constantemente amenazadas y, a veces, destrozadas. Unas condiciones de trabajo a menudo poco conciliables con las responsabilidades familiares, la preocupación por el futuro, los ritmos de vida frenéticos, la emigración en busca de un sustento adecuado, cuando no de la simple supervivencia, acaban por hacer difícil la posibilidad de asegurar a los hijos uno de los bienes más preciosos: la presencia de los padres; una presencia que les permita cada vez más compartir el camino con ellos, para poder transmitirles esa experiencia y cúmulo de certezas que se adquieren con los años, y que solo se pueden comunicar pasando juntos el tiempo. Deseo decir a los padres que no se desanimen. Que exhorten con el ejemplo de su vida a los hijos a que pongan la esperanza ante todo en Dios, el único del que mana justicia y paz auténtica.

Quisiera dirigirme también a los responsables de las instituciones dedicadas a la educación: que vigilen con gran sentido de responsabilidad para que se respete y valore en toda circunstancia la dignidad de cada persona. Que se preocupen de que cada joven pueda descubrir la propia vocación, acompañándolo mientras hace fructificar los dones que el Señor le ha concedido. Que aseguren a las familias que sus hijos puedan tener un camino formativo que no contraste con su conciencia y principios religiosos.

Que todo ambiente educativo sea un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna.

Me dirijo también a los responsables políticos, pidiéndoles que ayuden concretamente a las familias e instituciones educativas a ejercer su derecho deber de educar. Nunca debe faltar una ayuda adecuada a la maternidad y a la paternidad. Que se esfuercen para que a nadie se le niegue el derecho a la instrucción y las familias puedan elegir libremente las estructuras educativas que consideren más idóneas para el bien de sus hijos. Que trabajen para favorecer

el reagrupamiento de las familias divididas por la necesidad de encontrar medios de subsistencia. Ofrezcan a los jóvenes una imagen límpida de la política, como verdadero servicio al bien de todos.

No puedo dejar de hacer un llamamiento, además, al mundo de los medios, para que den su aportación educativa. En la sociedad actual, los medios de comunicación de masa tienen un papel particular: no solo informan, sino que también forman el espíritu de sus destinatarios y, por tanto, pueden dar una aportación notable a la educación de los jóvenes. Es importante tener presente que los lazos entre educación y comunicación son muy estrechos: en efecto, la educación se produce mediante la comunicación, que influye positiva o negativamente en la formación de la persona.

También los jóvenes han de tener el valor de vivir ante todo ellos mismos lo que piden a quienes están en su entorno. Les corresponde una gran responsabilidad: que tengan la fuerza de usar bien y conscientemente la libertad. También ellos son responsables de la propia educación y formación en la justicia y la paz.

### ***Educar en la verdad y en la libertad***

3. San Agustín se preguntaba: «*Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?*» - ¿Ama algo el alma con más

ardor que la verdad?»[2]. El rostro humano de una sociedad depende mucho de la contribución de la educación a mantener viva esa cuestión insoslayable. En efecto, la educación persigue la formación integral de la persona, incluida la dimensión moral y espiritual del ser, con vistas a su fin último y al bien de la sociedad de la que es miembro. Por eso, para educar en la verdad es necesario saber sobre todo quién es la persona humana, conocer su naturaleza. Contemplando la realidad que lo rodea, el salmista reflexiona: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para que de él te cuides?» (*Sal 8,4-5*). Ésta es la cuestión fundamental que hay que plantearse: ¿*Quién es el hombre?* El hombre es un ser que alberga en su corazón una sed de infinito, una sed de verdad –no parcial, sino capaz de explicar el sentido de la vida– porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Así pues, reconocer con gratitud la vida como un don inestimable lleva a descubrir la propia dignidad profunda y la inviolabilidad de toda persona. Por eso, la primera educación consiste en aprender a reconocer en el hombre la imagen del Creador y, por consiguiente, a tener un profundo respeto por cada ser humano y ayudar a los otros a llevar una vida conforme a esta altísima dignidad. Nunca podemos olvidar que «el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones»[3], incluida la

trascendente, y que no se puede sacrificar a la persona para obtener un bien particular, ya sea económico o social, individual o colectivo.

Solo en la relación con Dios comprende también el hombre el significado de la propia libertad. Y es cometido de la educación el formar en la auténtica libertad. Ésta no es la ausencia de vínculos o el dominio del libre albedrío, no es el absolutismo del yo. El hombre que cree ser absoluto, no depender de nada ni de nadie, que puede hacer todo lo que se le antoja, termina por contradecir la verdad del propio ser, perdiendo su libertad. Por el contrario, el hombre es un ser relacional, que vive en relación con los otros y, sobre todo, con Dios. La auténtica libertad nunca se puede alcanzar alejándose de Él.

La libertad es un valor precioso, pero delicado; se la puede entender y usar mal. «En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida solo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio “yo”. Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar

de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común»[4].

Para ejercer su libertad, el hombre debe superar por tanto el horizonte del relativismo y conocer la verdad sobre sí mismo y sobre el bien y el mal. En lo más íntimo de la conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz lo llama a amar, a hacer el bien y huir del mal, a asumir la responsabilidad del bien que ha hecho y del mal que ha cometido[5]. Por eso, el ejercicio de la libertad está íntimamente relacionado con la ley moral natural, que tiene un carácter universal, expresa la dignidad de toda persona, sienta la base de sus derechos y deberes fundamentales, y, por tanto, en último análisis, de la convivencia justa y pacífica entre las personas.

El uso recto de la libertad es, pues, central en la promoción de la justicia y la paz, que requieren el respeto hacia uno mismo y hacia el otro, aunque se distancie de la propia forma de ser y vivir. De esa actitud brotan los elementos sin los cuales la paz y la justicia se quedan en palabras sin contenido: la confianza recíproca, la capacidad de entablar un diálogo constructivo, la posibilidad del perdón, que tantas veces se quisiera obtener pero que cuesta conceder, la caridad recíproca, la compasión hacia los más débiles, así como la disponibilidad para el sacrificio.



### *Educación en la justicia*

4. En nuestro mundo, en el que el valor de la persona, de su dignidad y de sus derechos, más allá de las declaraciones de intenciones, está seriamente amenazado por la extendida tendencia a recurrir exclusivamente a los criterios de utilidad, del beneficio y del tener, es importante no separar el concepto de justicia de sus raíces trascendentes. La justicia, en efecto, no es una simple convención humana, ya que lo que es justo no está determinado originariamente por la ley positiva, sino por la identidad profunda del ser humano. La visión integral del hombre es lo que permite no caer en una concepción contractualista de la justicia y abrir también para ella el horizonte de la solidaridad y del amor[6].

No podemos ignorar que ciertas corrientes de la cultura moderna, sostenida por principios económicos racionalistas e individualistas, han sustraído al concepto de justicia sus raíces trascendentes, separándolo de la caridad y la solidaridad: «La “ciudad del hombre” no se promueve solo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo»[7].

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque

ellos quedarán saciados» (Mt 5,6). Serán saciados porque tienen hambre y sed de relaciones rectas con Dios, consigo mismos, con sus hermanos y hermanas, y con toda la creación.

### *Educación en la paz*

5. «La paz no es solo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad»[8]. La paz es fruto de la justicia y efecto de la caridad. Y es ante todo don de Dios. Los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz: en Él, en su cruz, Dios ha reconciliado consigo al mundo y ha destruido las barreras que nos separaban a unos de otros (cf. Ef 2,14-18); en Él, hay una única familia reconciliada en el amor.

Pero la paz no es solo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como sobre la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento,

de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios», dice Jesús en el Sermón de la Montaña (*Mt* 5,9).

La paz para todos nace de la justicia de cada uno y ninguno puede eludir este compromiso esencial de promover la justicia, según las propias competencias y responsabilidades. Invito de modo particular a los jóvenes, que mantienen siempre viva la tensión hacia los ideales, a tener la paciencia y constancia de buscar la justicia y la paz, de cultivar el gusto por lo que es justo y verdadero, aun cuando esto pueda comportar sacrificio e ir contracorriente.

### ***Levantar los ojos a Dios***

6. Ante el difícil desafío que supone recorrer la vía de la justicia y de la paz, podemos sentirnos tentados de preguntarnos como el salmista: «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?» (*Sal* 121,1).

Deseo decir con fuerza a todos, y particularmente a los jóvenes: «No son las ideologías las que salvan el mundo, sino solo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico [...], mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno.

Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?»[9]. El amor se complace en la verdad, es la fuerza que nos hace capaces de comprometernos con la verdad, la justicia, la paz, porque todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (cf. *1 Co* 13,1-13).

Queridos jóvenes, vosotros sois un don precioso para la sociedad. No os dejéis vencer por el desánimo ante las dificultades y no os entreguéis a las falsas soluciones, que con frecuencia se presentan como el camino más fácil para superar los problemas. No tengáis miedo de comprometeros, de hacer frente al esfuerzo y al sacrificio, de elegir los caminos que requieren fidelidad y constancia, humildad y dedicación. Vivid con confianza vuestra juventud y esos profundos deseos de felicidad, verdad, belleza y amor verdadero que experimentáis. Vivid con intensidad esta etapa de vuestra vida tan rica y llena de entusiasmo.

Sed conscientes de que vosotros sois un ejemplo y estímulo para los adultos, y lo seréis cuanto más os esforcéis por superar las injusticias y la corrupción, cuanto más deseéis un futuro mejor y os comprometáis en construirlo. Sed conscientes de vuestras capacidades y nunca os encerréis en vosotros mismos, sino sabed trabajar por un futuro más luminoso para todos. Nunca estáis solos. La Iglesia confía en vosotros, os sigue, os anima y desea ofreceros lo que tiene de más valor: la posibilidad de levantar los ojos hacia Dios, de encontrar

a Jesucristo, Aquel que es la justicia y la paz.

A todos vosotros, hombres y mujeres preocupados por la causa de la paz. La paz no es un bien ya logrado, sino una meta a la que todos debemos aspirar. Miremos con mayor esperanza al futuro, animémonos mutuamente en nuestro camino, trabajemos para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno y sintámonos unidos en la responsabilidad respec-

to a las jóvenes generaciones de hoy y del mañana, particularmente en educarlas a ser pacíficas y artífices de paz. Consciente de todo ello, os envío estas reflexiones y os dirijo un llamamiento: unamos nuestras fuerzas espirituales, morales y materiales para «educar a los jóvenes en la justicia y la paz».

Vaticano, 8 de diciembre de 2011

*BENEDICTUS PP XVI*

## NOTAS:

- 
- [1] *Discurso a los Administradores de la Región del Lacio, del Ayuntamiento y de la Provincia de Roma*, (14 enero 2011), *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (23 enero 2011), 3.
- [2] *Comentario al Evangelio de S. Juan*, 26,5.
- [3] Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 11: *AAS* 101 (2009), 648; cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 14: *AAS* 59 (1967), 264.
- [4] *Discurso en la ceremonia de apertura de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (6 junio 2005): *AAS* 97 (2005), 816.
- [5] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 16.
- [6] Cf. *Discurso en el Bundestag* (Berlín, 22 septiembre 2011): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (25 septiembre 2011), 6-7.
- [7] Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 6: *AAS* 101 (2009), 644-645.
- [8] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2304.
- [9] *Vigilia de oración con los jóvenes* (Colonia, 20 agosto 2005): *AAS* 97 (2005), 885-886.









# CRÓNICA DIOCESANA

---





---

CRÓNICA DIOCESANADICIEMBRE

---

- Día 5: Entierro del Rvdo. D. Luis Emilio García Gil, en la parroquia de Santa Baia de Anfeoz.
- Día 7: Reunión del Consejo Episcopal en el Obispado de Ourense.  
Vigilia de la Inmaculada en la parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro, organizada por la Delegación de Juventud.
- Día 8: Celebración de la Inmaculada Concepción patrona del Seminario Menor.
- Días 11-16: Ejercicios espirituales para sacerdotes en la Casa Diocesana de Ejercicios “Santa María Madre”, impartidos por el Emmo. Sr. Carlos Amigo, Cardenal Arzobispo emérito de Sevilla.
- Día 13: Campaña “sembradores de estrellas” organizada por la Delegación diocesana de Misiones
- Día 15: Oración diocesana por las vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, organizada por la Delegación diocesana de Vocaciones.
- Día 16: PUBLICACIÓN DEL NOMBRAMIENTO DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. D. J. LEONARDO LEMOS MONTANET, COMO NUEVO OBISPO DE OURENSE.
- Día 26: Funeral y entierro del Rvdo. D. José Nóvoa Regueira en la parroquia de San Martín de Vilarubín.







## BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE

## SUMARIO DEL AÑO 2011

## IGLESIA DIOCESANA

## SR. ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

**Enero**

Carta del Sr. Administrador Apostólico con motivo de la Campaña de Manos Unidas ..... 5

**Junio**

Comunicado: Suspensión del ejercicio público del ministerio pastoral..... 541

**Octubre**

Carta a los Sacerdotes diocesanos..... 897

## SECRETARÍA GENERAL

**Enero** - Defunciones .....9

**Febrero** - Nombramientos ..... 141

**Marzo** - Nombramientos y defunciones .....233

**Junio** - Defunciones ..... 543

**Julio-Agosto** - Nombramientos ..... 673

**Septiembre** - Nombramientos y defunciones ..... 777

**Octubre** - Nombramientos y defunciones ..... 898

**Noviembre** - Nombramientos ..... 985

**Diciembre**

## NUEVO OBISPO

El sacerdote José Leonardo Lemos Montanet ha sido nombrado Obispo de Orense ..... 1097

Palabras de D. Leonardo a la Diócesis de Orense ..... 1098

Entrevista con el nuevo Obispo electo, D. J. Leonardo Lemos Montanet ..... 1102

Nota sobre la ordenación y toma de posesión ..... 1105

Preparativos para la Ordenación y toma de posesión del Nuevo Obispo ..... 1106

Defunciones ..... 1108

## VICARÍA GENERAL

**Enero**

Algunas normas canónicas u orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis..... 10

**Marzo**

Carta de la Congregación para las Iglesias Orientales relativa a la Colecta del Viernes Santo  
dirigida al Vicario General..... 235

**Abril**

Documentación necesaria para cumplimentar el expediente matrimonial ..... 361

## VICARÍA DE PASTORAL

**Febrero**

Delegación de Liturgia. Conceptos y símbolos del Año Litúrgico. Cuaresma..... 142

**Abril**

Retiro del Miércoles Santo 2011..... 364

**Mayo**

Confirmaciones año 2011 ..... 425

**Junio**

Homenaje a D. Francisco Tesouro Rejo, por sus 50 años de párroco en San Martín de Betán..... 674

**Septiembre**

Homenaje del clero a D. Florencio Gándara Feijóo, con motivo de su jubilación ..... 899

<b>Diciembre</b>	
Nota de la Delegación Diocesana de Patrimonio ante la oleada de robos sufridos en las Iglesias y capillas de la Diócesis .....	1109
<b>VICARÍA PARA LOS ASUNTOS ECONÓMICOS</b>	
<b>Marzo</b>	
Criterios para a asignación do sustento do clero e presupostos para o ano 2011	
Fondo Común Diocesano: Criterios para a asignación do sustento do clero .....	237
Fondo Común Diocesano: Presupuesto para o ano 2011 .....	242
Fondo Xeral: Presupuesto para o ano 2011 .....	243
<b>ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO</b>	
<b>Enero</b>	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2010.....	27
<b>INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”</b>	
<b>Febrero</b>	
Fiesta de Santo Tomás de Aquino. Homilía del Prof. D. José Iglesias Iglesias .....	153
<b>Mayo</b>	
Resumen de la conferencia de D. Francisco J. Prieto Fernández en la fiesta de San Juan de Ávila .....	427
<b>IGLESIA EN ESPAÑA</b>	
<b>Enero</b>	
Comunicado final de la Coordinadora de Conferencias Episcopales en apoyo a los cristianos de Tierra Santa .....	47
El P. Eusebio Ignacio Hernández Sola ha sido nombrado Obispo de Tarazona.....	50
Orientaciones acerca de los libros sacramentales parroquiales .....	50
<b>Febrero</b>	
Nombramiento de Mons. D. Atilano Rodríguez y Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa como obispos de Sigüenza-Guadalajara y Ciudad Rodrigo respectivamente.....	163
Congreso “La Sagrada Escritura en la Iglesia” .....	165
Nota de prensa sobre la Campaña de la Renta: <i>El número de declaraciones a favor de la Iglesia Católica vuelve a aumentar en 2010</i> .....	169
Nota de prensa ante la crisis: <i>La CEE entrega a Cáritas 4 millones de euros</i> .....	170
Jornada: Día de Hispanoamérica. Domingo 6 de marzo de 2010. <i>Jóvenes misioneros para un continente joven</i> ...	171
<b>Marzo</b>	
Declaración de reconocimiento recíproco del Bautismo entre la Conferencia Episcopal Española y la Iglesia Española Reformada Episcopal.....	253
Discurso Inaugural del Card. Antonio M <sup>a</sup> Rouco, presidente de le CEE, en la XCVII Asamblea Plenaria de la CEE .....	258
Palabras de Salutación del Nuncio, Mons. Renzo Fratini, a la XCVII Asamblea Plenaria .....	271
Mensaje a los jóvenes invitándoles a la Jornada Mundial de la Juventud .....	274
Nota de prensa final de la XCVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.....	277
<b>Abril</b>	
El 71% de los alumnos elige cursar voluntariamente religión católica .....	377
La Santa Sede nombra al sacerdote Anastasio Gil García Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias .....	378
<b>Mayo</b>	
La Iglesia lanza la Campaña de la Renta 2011 .....	443
<b>Junio</b>	
Nota de Prensa final de la CCXX reunión de la Comisión Permanente de la CEE.....	547
Declaración con motivo del “Proyecto de Ley Reguladora de los Derechos de la Persona ante el Proceso Final de la Vida” .....	551

**Julio-Agosto**

Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones.....	683
Benedicto XVI anuncia que san Juan de Ávila será Doctor de la Iglesia.....	685

**Septiembre**

Monseñor D. Rafael Zornoza Boy nombrado Obispo de Cádiz y Ceuta.....	781
--	-----

**Octubre**

Nota final de la CCXXI reunión de la Comisión Permanente.....	913
Nota ante las Elecciones Generales de 2011.....	916

**Noviembre**

Discurso Inaugural de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE.....	989
Palabras de salutación de Mons. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico, a la XCVIII Asamblea Plenaria....	1003
Acción de gracias y exhortación después de la JMJ.....	1004
Nota de prensa final de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE.....	1008

**Diciembre**

Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones con motivo del Día de las Migraciones 2012.....	1113
Nota de los obispos de la Subcomisión sobre la Jornada de la Familia 2011.....	1118

**IGLESIA UNIVERSAL****SANTO PADRE BENEDICTO XVI****Ángelus**

Enero.....	59
Febrero.....	177
Marzo.....	285
Abril.....	383
Mayo.....	447
Julio-Agosto.....	691
Septiembre.....	785
Octubre.....	921
Noviembre.....	1017
Diciembre.....	1125

**Audiencias**

Enero.....	66
Febrero.....	181
Marzo.....	291
Abril.....	385
Mayo.....	453
Junio.....	568
Septiembre.....	793
Octubre.....	923
Noviembre.....	1023
Diciembre.....	1129

**Cartas**

Enero.....	81
Marzo.....	306
Junio.....	583
Julio-Agosto.....	697
Septiembre.....	809
Noviembre.....	1197

**Discursos**

Enero.....	84
Febrero.....	197
Marzo.....	313

Abril.....	393
Mayo.....	472
Junio.....	585
Julio-Agosto.....	700
Septiembre.....	814
Octubre.....	952
Noviembre.....	1041
Diciembre.....	1140
<b>Homilías</b>	
Enero.....	106
Febrero.....	211
Marzo.....	338
Abril.....	401
Mayo.....	480
Junio.....	628
Julio-Agosto.....	720
Octubre.....	955
Noviembre.....	1051
Diciembre.....	1168
<b>Mensajes</b>	
Enero.....	122
Febrero.....	220
Marzo.....	346
Abril.....	415
Mayo.....	485
Julio-Agosto.....	946
Octubre.....	958
Noviembre.....	1061
Diciembre.....	1182
<b>Carta Apostólica en forma de Motu Proprio</b>	
Enero.....	131
Octubre: "Quaerit semper".....	939
Octubre: "Porta Fidei".....	941
<b>Regina Caeli</b>	
Junio.....	565
<b>Viajes Apostólicos</b>	
<b>Mayo</b>	
Viajes - Visita pastoral a Aquilea y Venecia (7 y 8 de mayo de 2011).....	495
<b>Junio</b>	
Viajes - Viaje Apostólico a Croacia (4-5 de junio de 2011).....	635
Viajes - Visita pastoral a la diócesis de San Marino-Montefeltro (19 de junio de 2011).....	653
<b>Julio-Agosto</b>	
Viajes - Viaje Apostólico a Madrid (18-21 de agosto de 2011) Jornada Mundial de la Juventud.....	723
<b>Septiembre</b>	
Viajes - Visita pastoral a Ancona para la clausura del XXV Congreso Eucarístico Nacional (11-09-2011)....	821
Viajes - Viaje apostólico a Alemania (22-25 de septiembre de 2011).....	831
<b>Octubre</b>	
Viajes - Visita pastoral a Lamezia Terme y Serra San Bruno.....	961
<b>Noviembre</b>	
Viaje Apostólico a Benín (18-20 de noviembre de 2011).....	1063



**SANTA SEDE****Marzo**

Intervención de Mons. Silvano M. Tomasi, Observador permanente de la Santa Sede ante la Oficina de las Naciones Unidas, en el XVI Periodo de Sesiones del Consejo de Derechos Humanos sobre la Libertad Religiosa. Ginebra, 2 de marzo de 2011 .....	350
--	-----

**Mayo**

Secretaría de Estado	
Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, en la Santa Misa de Acción de Gracias por la beatificación de Juan Pablo II.....	515
Congregación para la Doctrina de la Fe	
Carta del Card. William Levada para la presentación de la circular a las Conferencias Episcopales sobre las líneas guía para los casos de abusos sexuales de menores por parte del clero.....	518
Carta circular. Subsidio para las Conferencias Episcopales en la preparación de Líneas Guía para tratar los casos de abuso sexual de menores por parte del clero .....	519
Pontificia Comisión “Ecclesia Dei”	
Instrucción sobre la aplicación de la carta apostólica motu proprio data «Summorum Pontificum» de Su Santidad Benedicto XVI.....	525

**Julio-Agosto**

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 150 Aniversario de fundación de «L' OSSERVATORE ROMANO».....	760
Carta del cardenal Levada, prefecto para Doctrina de la Fe “Hacia el encuentro del 27 de octubre en Asís” ....	762
Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo 2011 .....	765

**Septiembre**

Mensaje del Card. Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, en nombre del Santo Padre, Benedicto XVI, con ocasión de la 32ª edición del Meeting para la amistad entre los pueblos.....	884
--	-----

**Octubre**

Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las Relaciones con los Estados, en la 66ª Sesión de la Asamblea General de la ONU.....	970
---	-----

**CRÓNICA DIOCESANA**

Enero .....	135
Febrero.....	227
Marzo .....	355
Abril.....	419
Mayo.....	535
Junio .....	667
Julio-Agosto .....	771
Septiembre .....	891
Octubre.....	979
Noviembre .....	1091
Diciembre .....	1195







DIÓCESIS  
DE OURENSE

---